



AÑO VI

NÚM. LXVIII

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

AGOSTO 1894

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA ENSEÑANZA EN PARÍS Á VISTA DE PÁJARO



I

LO QUE CUESTA UN VIAJE

No voy á hablar de todo cuanto París encierra en materia de enseñanza, ni siquiera de las diferentes personas y centros pedagógicos que aquí citaré, con el detenimiento que merecen. Lo primero, porque me faltan datos. El tiempo que mis amigos Buylla, Sela y yo estuvimos en la capital de Francia, no dió de sí para visitar más establecimientos que los visitados, ni para ver á más gentes de las que vimos. Lo segundo, porque no se trata en este artículo de otra cosa que de *poner en limpio* las notas mismas tomadas al día: unas veces sobre la imperial de un ómnibus ó tranvía, otras en un *bateau*, de los que constantemente cruzan por el Sena, otras en la mesa de modesto restaurant, otras, en fin, en algún banco de cualquiera de los soberbios parques que París tiene para solaz y recreo de los ciudadanos de todo el orbe.

Las monografías acerca de los establecimientos visitados, y los estudios sobre las importantísimas personalidades de la enseñanza francesa que nos hicieron el honor de recibirnos, se harán á su tiempo, según las circunstancias lo permitan.

Pero antes de pasar á copiar y á *limar* mis notas de viaje, quizá sea oportuno decir dos palabras acerca de esta excursión, de que algo se ha ocupado la prensa, sin duda por

aquello de ser una *comisión oficial* la que la hacía, aunque tal comisión fuese, como decía con perfecta razón la *Gaceta*, gratuita en absoluto, ó, para que no quepan falsas y malévolas interpretaciones, como las que un representante de Cristo (!) en la prensa, hizo, sin dietas, viáticos, ni cosa por el estilo. Los *krausistas* (como nos llamaba el apreciable... *Don Basilio*), somos así: representamos al gobierno gratis... y viajamos en tercera, almorzando por *un franco diez* ó *un franco veinticinco*, y comiendo por *un franco cincuenta* ó *un franco setenta y cinco*. Total, que hacemos nuestros viajes como sería de desear que las gentes se decidiesen á hacerlos, por una... miseria, según suele decirse.

Y conviene insistir sobre esto, porque es bastante corriente creer que no es posible viajar sin hacer grandes dispendios ó sin que el Estado asigne al efecto pingües cantidades. Nada de eso. El Estado, con poco dinero, podría enviar todos los años al extranjero una porción de gentes que poco á poco nos levantasen de la vergonzosa postración en que vivimos; y si el Estado no puede ó no quiere por impotencia moral é ignorancia invencible de los políticos, debe prescindirse de él en absoluto y viajar por cuenta propia. Mi experiencia personal lo abona. Puede irse á París, y estar allí quince días, por trescientas ó cuatrocientas pesetas. Ahora mismo, los comisionados del gobierno español, para estudiar en Francia la cuestión de los exámenes (1), recorrieron en los ferrocarriles franceses cerca de tres mil kilómetros y más de mil por los españoles, visitando más de treinta establecimientos de enseñanza y estando en Francia (Mediodía y París) cerca de un mes: todo por cuatrocientas y pico de pesetas.

No se diga, pues, que los viajes cuestan demasiado. Lo que cuesta mucho es vencer la pereza y combatir la apatía..., y no echar toda la culpa al gobierno.

(1) El tema fué propuesto con gran acierto y oportunidad por el Director general de Instrucción pública Sr. Vincenti.

II

PREPARATIVOS.—M. TARDE

Y vamos á las notas. Son las de París tan solo. Quédense para mejor ocasión las relativas á Bayona, Pau, Lourdes (que *enseña* á su manera mucho), Tarbes, Toulouse, Poitiers y Burdeos.

El primer día que pasamos en París nada hicimos en cosas de enseñanza. Dedicamos gran parte del tiempo á orientarnos. A pesar de hallarnos á principios de Junio y de no terminar el curso hasta mediados de Julio, muchas de las enseñanzas más interesantes, desde nuestro punto de vista, habían terminado. Por ejemplo, habían terminado las de M. Lavissee, el curso público de M. Marion, el de M. Larnaude, la mayoría de los del Colegio de Francia y todos los de la *Escuela libre de ciencias políticas*, que dirige M. Bontmy. Estaban en plena actividad todavía los de M. Espinas (de reciente creación), las conferencias ó conversaciones de M. Marion, bastantes cursos públicos de la Facultad de Derecho y algunos en el citado Colegio de Francia.

Visita á M. Tarde. El ilustre filósofo y criminalista, á quien por cartas conocía por haber yo traducido al español algunas de sus obras, hace poco más de cuatro meses que fué llamado á París, separándole de su tranquilo retiro de Sarlat y de su Dordoña, río poético por él adorado con entusiasmo, para ponerle al frente de la oficina de estadística criminal en el Ministerio de Justicia. La conferencia con M. Tarde no se refiere á cosas de enseñanza, por eso no insisto sobre ella.

III

UNA CÁTEDRA EN EL COLEGIO DE FRANCIA. — EN SAINT-CLOUD

Las dos primeras visitas... pedagógicas que hicimos en París de cierto interés, fueron las siguientes: la de la cátedra de M. Gaston París, en el *Colegio de Francia*, y la de la *Escuela normal de maestros de Saint-Cloud*.

Dos palabras acerca de cada una...

Serían las nueve de la mañana cuando atravesamos al pequeño patio del celeberrimo centro de cultura. En el ala de la derecha, en una aula de cortas dimensiones dispuesta con gran modestia, sin aparato de ningún género, es decir, sin tribuna, sin anfiteatro, ni nada de eso, un público, al parecer asiduo y muy reducido, esperaba la llegada de M. Gaston París. En el centro del local veíase una mesa larga, á cuyo alrededor se habían sentado en sillas de paja hasta ocho personas, todas de cierta edad, más cerca de los treinta que de los veinte años: entre ellas dos sacerdotes. Todas iban provistas de su correspondiente cartera de apuntes, su pluma y su tintero de viaje. Además de estos ocho *asiduos* había unos cuantos oyentes trashumantes, sin duda, como nosotros: la mayoría señoras. En junto, no pasaría el auditorio de diez y ocho personas.

A la hora fijada apareció el profesor M. París. Es alto, simpático, de barba gris, casi blanca ya. Gasta monoclo de doble cristal. Saluda con ligero movimiento de cabeza y se sienta á uno de los extremos de la mesa. Explica la literatura francesa de la Edad Media, y trata más especialmente en

aquel día de la formación del idioma francés. Nada de retóricas ni de aparatosas manifestaciones. M. París habla lentamente, animase á veces, consulta á menudo su cuaderno de apuntes, apoyando sus afirmaciones con las citas que los *asiduos* comprueban en sus textos respectivos, y cuando hace falta escribe en el encerado las modificaciones que entraña la historia de una palabra. No hay duda. Trátase allí del trabajo de un hombre sabio, y de un trabajo libre, desinteresado... de especialista, y aquella cátedra sencilla, de modesta apariencia, de auditorio reducido, atento, que no pierde una palabra de cuanto el maestro dice, es una cátedra ideal, al menos en lo que es dable apreciar por una tan rápida ojeada.

*
* *

Al pie del magnífico parque de Saint-Cloud, con la vista más espléndida que puede imaginarse, sobre el bosque de Boulogne y sobre París, en las dependencias mismas del Palacio de Napoleón, hállase instalada, ricamente, con todo cuanto apetecer puede el espíritu más descontentadizo, la *Escuela Normal superior* de enseñanza primaria, destinada á producir el profesorado normal de *maestros*. Su creación débese á uno de los grades reformadores de la enseñanza francesa bajo la tercer república, al ilustre M. Ferry. Instalóse primero de un modo provisional (1881) en Sevres, trasladándose más tarde á los edificios que hoy ocupa.

El director actual de Saint-Cloud lo es M. Jacullet. El fué quien nos recibió y á él debemos infinidad de noticias acerca de este importantísimo establecimiento educativo.

Saint-Cloud, para los varones, como Fontenay-aux-Rosses para las mujeres, responde á la necesidad fuertemente senti-

da en Francia, como en todas partes, de formar un profesorado adecuado para las escuelas normales, que á su vez forme el de las escuelas primarias. Penetrados los grandes reformadores de la enseñanza francesa de una cosa que no les cabe en la cabeza á la mayoría de nuestros ministros de Fomento, esto es, que nada puede hacerse sin *crear* un personal apto, entusiasta, inteligente, que sepa lo que es educar á las gentes, han empezado por fundar los dos centros pedagógicos que he citado, y á ellos, sin duda, se debe en gran parte el impulso eficaz y el florecimiento indiscutible, de la primera enseñanza en la vecina república.

Cuando en nuestra patria se debate acerca de las normales, bueno sería que los ministros se enterasen ó se dejasen enterar, de lo que han hecho en Francia, y aprendiesen que por donde nuestros vecinos empezaron debemos empezar nosotros... Pero... ¡tarea inútil! Ahora recuerdo que un ministro entusiasta y bien aconsejado, intentó transformar la Escuela Normal Central de maestras, en el sentido de la de Fontenay..., y otro ministro, desconfiado, temeroso, auxiliado por subordinados de intenciones nada elevadas, aunque profesores (!), algunos echó por tierra obra tan meritoria y digna. Siempre, siempre el tejer y destejer...

Saint-Cloud, como dejo dicho, está destinado á formar el profesorado de las normales de maestros. Al efecto, cuenta con alumnos internos en número limitado fijo—20 al año—y externos en número variable. Como los estudios de Saint-Cloud duran dos años, hay ordinariamente en la escuela cuarenta alumnos internos. Se ingresa por concurso, y para las cuarenta plazas suelen presentarse hasta doscientos cincuenta aspirantes. La enseñanza es sólida, eminentemente práctica. M. Jacoulet nos decía:—Aquí la ley de la vida es el trabajo. Nuestros alumnos, saben que es preciso entregarse por entero al trabajo, y entregarse con entusiasmo y con fe.—El plan de vida en la escuela demuestra que éstas no son palabras vanas. Los alumnos de Saint-Cloud dejan el lecho á

las cinco de la mañana, y se recogen á las nueve y media de la noche. El trabajo se compensa con grandes sesiones de juegos al aire libre y con excursiones frecuentes.

IV

LA FACULTAD DE DERECHO.—M. LARNAUDE

En la Facultad de Derecho estuvimos varios días y asistimos á algunas clases, entre ellas á las de MM. Lyon Caen y Bufnoir.

No es la Facultad de Derecho la que en París puede servir para formar más cabal idea de lo que en Francia es la enseñanza superior. Como en casi todas partes, Alemania inclusive, las Facultades de Derecho viven allí vida un tanto lánguida, apegadas á cierta tradición formalista y aparatosa. Por multitud de causas complejas y difíciles, que aquí no voy á señalar, mientras las *Letras*, las *Ciencias* y la *Medicina* han entrado en el camino de la reforma pedagógica, las Facultades de Derecho hace muy poco que en Francia han empezado á agitarse y á romper los moldes antiguos.

Por de pronto, los únicos profesores que conservan la costumbre desterrable del traje *académico* en la clase, y del *aparteur*, ó portero de frac con gran collar, al lado, mientras explican la misma lección que el año anterior, según programas oficiales casi invariables, son los de derecho. Por otra parte, según he podido advertir, son también estos profesores los que *mejor guardan* las distancias entre el maestro... que expone y el alumno que... escucha, ó que sueña ó que no asiste.

Naturalmente que hay excepciones, y, por otra parte,

como el movimiento pedagógico en Francia es fuerte y toda la Universidad lo siente, las Facultades de Derecho, sin descomponer sus antiguas y tradicionales apariencias, han empezado á moverse. Ven que la juventud se les va, que el influjo político lo conquistan otros centros, y no pueden consentirlo ni resignarse á ello.

Ya en algunas Facultades de provincias pudimos observar que bajo la correcta toga de algún profesor, late el espíritu abierto de la renovación pedagógica y el deseo de ponerse al lado de las Facultades de letras y de ciencias. En París, por ejemplo, un profesor joven, de grandes alientos y entusiasmo, M. Larnaude (1), ha roto decididamente los moldes antiguos, y por los programas de sus diferentes cursos he podido observar que es algo más, bastante más, que el reloj académico que da siempre las mismas horas con regularidad matemática. M. Larnaude explica en cada curso una serie de cuestiones distintas del Derecho público general, y trae á ellas los vientos de la novedad y el espíritu de la vida...

Además, las facultades todas, viendo que el Derecho entendido á la antigua usanza, despierta poco interés en los jóvenes, que eso de comentar eternamente el código Napoleón agota la paciencia del más Job de los estudiantes, y que la juventud moderna de un pueblo democrático no puede satisfacer su curiosidad jurídica con las Institutas, ha poco que han recabado del ministro ciertas elasticidades en los planes de estudios, creando los cursos de opción, y ahora mismo acaban de debatir la necesidad de ampliar el círculo de enseñanzas mediante la creación de un doctorado en *derecho público*, que prepare para la vida política y procure la formación del personal administrativo de la República. Lo esencial es, con este ó aquel sentido, vivificar esos organismos algo viejos de las Facultades de derecho, y traer á ellos la savia que en

(1) Director de la notable *Revue de droit public et de la science politique*.

abundancia circula ya en otras Facultades, para contribuir á educar la juventud de Francia, esa juventud que tantos problemas políticos, sociales y religiosos está llamada á resolver.

Realmente, no se explica cómo en un país de tan grandes movimientos políticos, la juventud no encuentra el impulso principal para la vida pública en las Facultades de Derecho. Sólo se puede explicar este fenómeno pensando en el falso concepto que del Derecho y de su enseñanza tienen las gentes. Si el derecho se concibiera como algo más que la ley, si se viera que toda la vida social es vida jurídica, si se comprendiera el profundo y humano sentido de una filosofía del derecho, y en su virtud de la enseñanza del derecho, ó de la educación en el derecho, irradiara el espíritu vivificante que la idea entraña ¡cómo dudarlo! la juventud buscaría en esas facultades hoy casi muertas, en su tarea infecunda de comentar textos legales, el alimento que encuentra en el estudio de la filosofía, de la historia, de la geografía, en las Facultades de letras, y de las ciencias políticas en centros especiales...

V

M. MARION.

Día 16 de Junio.—Fué uno de los días más aprovechados de nuestra estancia en París. A las diez de la mañana teníamos una cita con M. Marion el gran psicólogo y pedagogo de la Sorbona. A las once y media nos esperaba M. Worms, director de la *Revue internationale de sociologie* para visitar en el Ministerio de Comercio la *oficina del trabajo*. Por la tarde teníamos otras cosas que hacer, que dejamos para asistir al

curso *privado (fermé)* de M. Marion. Como no quiero hablar en este artículo más que de cosas de enseñanza, prescindo de la visita al Ministerio de Comercio, de la conferencia con que nos honró el ministro, etc., etc., y me limito á hablar de M. Marion que realmente llena bien el día...

En la calle de Grenelle, en una casa de bastantes pisos, después de subir todas las escaleras, hasta llegar al último, en una habitación alegre, llena de luz y... de libros, vive el ilustre sabio que ejerce de *cura... de almas* del profesorado de segunda enseñanza y de no pequeña parte del de la superior: Enrique Marion. Cuando penetramos en el pequeño despacho, M. Marion nos esperaba. Es alto, moreno, de ojos vivos y tristes, barba negra que empieza á blanquear. Sus maneras son distinguidas y suaves, su aire simpático, reposado, tranquilo. Es uno de esos hombres que atraen y seguramente dominan, no por la imposición del carácter, sino por su condición misma... porque sí.

Nos sentamos los tres alrededor del maestro. La conversación con él fué larga, ocupa muchas hojas de mi diario. Imposible trasladarla aquí más que en resumen. Después de todo, M. Marion y M. Lavissee, representan actualmente la reforma vivificante de la facultad de letras de París y acaso la reforma de esta enseñanza en Francia. Por ellos, por los esfuerzos en la filosofía del primero, y en la historia del segundo, se filtra en los Liceos el nuevo espíritu pedagógico; por ellos se restaura poniéndose en el siglo, la antigua Sorbona.

La conversación con M. Marion recayó sobre muchas cosas que he de tratar en otro lugar con más detenimiento (1). En síntesis, la conversación refirióse á lo que él hace en la Facultad de letras, y á la dirección que procura imprimir en la formación del profesorado francés. M. Marion es un filósofo, principalmente moralista, y como tal atiende, sobre todo, á

(1) Las ideas de M. Marion las expondré en mi libro *Pedagogos de acción*.

levantar el espíritu de sus alumnos, haciéndoles penetrarse del aspecto moral de su función educativa futura. «Lo esencial, dice, es formar en la práctica de la enseñanza misma un profesorado animado de buen espíritu, entusiasta por la verdad, conecedor de la juventud, un profesorado, sobre todo, bueno y honrado.»

La función que M. Marion desempeña en la Sorbona es importantísima. ¿Cómo lo cumple? Fácil es de comprender esto, con sólo atender al justo renombre de que goza y á los afectos benéficos que su acción ejerce en el profesorado. Por lo demás, para que pueda apreciarse la labor constante del maestro insigne, he aquí, en resumen, lo que todos los años hace como profesor en la Facultad de letras. M. Marion da en cada año: 1.º Un curso público, de una lección semanal sobre una cuestión pedagógica de carácter general. Este año habló acerca de la enseñanza de la mujer. Su cátedra vióse muy concurrida hasta por gentes del gran mundo. Para el año que viene quizá hable de la enseñanza en Inglaterra y en los Estados Unidos. Al efecto, M. Marion se disponía á ir para el primero de estos países con el objeto especialísimo de ver á Spencer. 2.º Una conferencia práctica de carácter familiar, á la cual asisten unos treinta ó cuarenta alumnos, futuros profesores. Es ésta el verdadero *laboratorio* pedagógico. Se asiste á ella durante el primer semestre (invierno), pasando luego los alumnos á *hacer su stage* en los Liceos para practicar la enseñanza, con la obligación de redactar informes acerca de lo que trabajan y ven. Estos informes se discuten y examinan en la conferencia privada; y 3.º Una serie de diez ó doce lecciones sobre temas de la *agregación*. A una de estas lecciones asistimos nosotros. Luego hablaré de ella.

Además, M. Marion no limita sus relaciones con sus discípulos á lo puramente oficial. Las prolonga fuera de la cátedra, las estrecha celebrando con ellos fiestas íntimas, y aun después de terminados los estudios, sus discípulos, profesores ya, continúan relacionándose con el maestro, por cartas, y

el maestro los aconseja, los guía, y, hasta llegado el caso, los defiende en el mundo burócrata, donde se le atiende y respeta muy de veras. Por eso he afirmado más arriba que tiene verdadera *cura... de almas*. Sí; M. Marion es un *director espiritual* de la más sana parte del profesorado liberal y amante del progreso, en Francia...

A las tres y media en punto estábamos en la cátedra... privada del distinguido pedagogo, en la nueva Sorbona. Un público reducido esperaba ya. Componíanlo veintidós personas; de ellas, cuatro señoritas y un sacerdote. A poco presentóse el maestro y empezó el trabajo. Aquello es una cátedra tal como ha mucho tiempo que temerosamente nos la imaginamos algunos. Nada de retóricas, nada de oratoria á caño libre. Eso puede ser bueno, como sistema único, para las obras de propaganda, no para las tareas de enseñanza universitaria. Un alumno expuso y criticó el libro de Mr. Spencer sobre *El individuo contra el Estado*. Otros le hicieron varias observaciones. Entablóse luego largo diálogo entre el profesor y los alumnos, y al fin M. Marion indicó brevemente sus opiniones acerca del asunto. La cátedra duró el tiempo necesario para el caso: siete cuartos de hora. ¡Ah! Mil veces durante aquellos dichosos momentos recordé con alegría la cátedra de mi insigne maestro Giner de los Ríos, que hace tantos años que desarrolla su curso de filosofía del derecho en el doctorado de una manera análoga...

VI

M. ESPINAS

M. Alfredo Espinas es uno de los sociólogos más eminentes de Francia. Es además un gran filósofo, aunque hoy algo preocupado con ciertas ideas sobre el patriotismo, que acaso sean un obstáculo para que su sistema, tal como en ciertas

obras suyas se anunciaba, se desarrolle plenamente y con independencia. Su libro *Las sociedades animales* es uno de los libros de sociología mejores que conozco; es uno de los que más se citan por los sociólogos de todo el mundo. M. Espinas estuvo hasta hace poco tiempo de profesor en Burdeos. En el mes de Abril último fué llamado á París para explicar la cátedra fundada por el conde de Chambrun de *Historia de la ciencia social*. La conferencia pública á que nosotros asistimos, era una de las que componen el curso breve que este año explica en dicha cátedra. Está haciendo una serie de verdaderas monografías sobre los *utopistas*. El día en que le oímos hablaba de Tomás Moro. Le escuchaba un auditorio bastante numeroso, con sus correspondientes sacerdotes y sus señoritas. Por cierto que una de éstas, según supimos luego, era nada menos que... anarquista. Otra oyente... no bajaba de setenta años.

Con M. Espinas hablamos luego; pero nuestra conversación no encaja en este cuadro. Recayó sobre sus estudios, sobre el anarquismo, sobre su concepto de las ciencias sociales. M. Espinas es un hombre simpático, de aire modestísimo, llano, abierto, que con valer mucho en sus libros y mucho en la cátedra, vale mucho más aún quizá en su conversación.

VII

LA EDUCACIÓN FÍSICA.—EL BARÓN DE COUBERTÍN Y PASCHAL GROSSET

Aprovechando nuestra estancia en París y aceptando la invitación dirigida á la Universidad de Oviedo, por el barón de Coubertín, asistimos á algunas sesiones del Congreso del Sport. Tratábase en ellas de dos temas principales: las condiciones del *Sport*, como oficio y como ocupación

de aficionados, y del establecimiento de los juegos olímpicos internacionales. Nuestras muchísimas ocupaciones nos impidieron tomar parte activa en las deliberaciones del Congreso. Lo más interesante para nosotros era conocer al barón de Coubertín, que es uno de los iniciadores y mantenedores del renacimiento de la educación física en Francia. Francamente, yo esperaba encontrarme con un *sportman* (en lo físico) y me llevé un gran chasco. El barón de Coubertín, persona finísima, agradable, que con tanto entusiasmo defiende los juegos del sport, es un hombre de corta estatura, y que bajo ningún concepto se asemeja á un atleta. No se parece á aquel Reverendo, director de Eton, á quien en 1886 conocimos en Inglaterra y que es en su país el más decidido defensor de la atlética. ¡Qué musculatura, que puños los del insigne reverendo Warre!

Lo que digo del barón de Coubertín casi puede decirse de M. Paschal Grousset. Sabido es que estos dos nombres personifican en Francia los dos grandes impulsos dados después de 1870, á la educación física. El primero representa el movimiento favorable á la atlética en ciertas esferas aristocráticas. El segundo, antiguo miembro de la *Commune*, deportado creó en Nueva Caledonia, diputado socialista hoy por París, representa ese mismo renacimiento en la burguesía y en el pueblo acaso. Es el alma de la *Liga nacional para la educación física*. Pues bien; Paschal Grousset (ó *Philippe Daryl*, ó *Andre Laurie*) tampoco es un atleta en el recto sentido de la palabra. Pero ¿qué importa? Lo es, por el entusiasmo con que mantiene su propaganda, de la cual, según nos dijo, como de la propaganda socialista, se halla completamente satisfecho.

VIII

EN EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Dos días fuimos al ministerio de Instrucción pública. En el primero visitamos al ministro M. Leygue, á quien nuestro amabilísimo embajador, el Sr. León y Castillo, nos había recomendado, y en el segundo hablamos con los tres jefes permanentes de la enseñanza.

No olvidaremos nunca la recepción cariñosa, la acogida simpática que en esta parte del mundo oficial se nos dispensó. Ni un minuto de espera en ninguna antesala. Ni la más ligera vacilación en las respuestas pedidas. Todo á nuestra disposición: informes orales, autorizaciones para visitar centros de enseñanza, recomendaciones para quien deseábamos ver, libros, memorias, en fin, cuanto nos fué preciso, tanto se nos facilitó con esa amabilidad franca y abierta que caracteriza á los buenos franceses.

El joven ministro de Instrucción pública, M. Leygue, nos recibió (pásmense los madrugadores oficinistas españoles) á las diez de la mañana en su gran despacho de la rue de Grenelle. Inmediatamente que le dimos cuenta de nuestros propósitos, ordenó lo conveniente para que estos pudieran realizarse con facilidad. Los tres jefes permanentes de la enseñanza MM. Liard, Rabier y Buisson, nos recibirían al día siguiente, y podíamos considerar que estarían dispuestos á acogernos con verdadera simpatía en todos los establecimientos oficiales.

M. Leygue apenas si hacía veinte días que estaba en el

ministerio cuando le vimos; sin embargo, no tuvo que acudir á ningún lugar común, ni á ningún secretario particular para indicarnos todo lo que podía interesarnos en París. ¡Con qué entusiasmo nos habló de Greard, de Lavissee, de Marion, de Espinas! ¡Cómo se notaba en él la íntima satisfacción de ser su jefe! ¡Qué orgullo, legítimo en verdad, no sentía al decirnos lo que la República había hecho por la enseñanza toda, y lo que el gobierno está dispuesto á hacer todavía!

La burocrática Francia, ha sabido en gran parte resolver el problema de armonizar las necesidades de la administración, que exige un personal técnico, permanente, que requiere tradiciones y continuidad, con las exigencias políticas del régimen parlamentario que impone el constante cambio de gabinetes. Una prueba de esto la ofrece el ministerio de Instrucción pública. Los ministros se suceden; J. Simón, Ferry, Goblet, Failliers, Spuller, Dupuy, Bourgeois, Leygue... pero no importa, los jefes inmediatos de la enseñanza primaria, secundaria y superior allí están para mantener el espíritu de continuidad y normalidad, para soldar los criterios distintos, para que el tejer y destejer impensado é insensato, no haga imposible la grande obra de la educación nacional. Esos tres jefes, ya los he citado. De ellos, Liard y Buissón (enseñanza *superior* el primero y *primaria* el segundo), están en el ministerio desde hace mucho tiempo. Buissón, uno de los pedagogos prácticos más eminentes de Francia, fué el colaborador de Ferry: á él sin duda se deben las reformas que han contribuido á crear el actual estado de cosas, de gran progreso y florecimiento en la primera enseñanza laica. M. Buissón, satisfecho y contento de su obra se dedica, ahora, nos dijo, á consolidarla y á mejorarla en sus detalles. En los momentos actuales se ocupa en reformar ciertos defectos de la organización del cuerpo de inspectores. M. Liard, publicista distinguido, autor de una importante historia de la enseñanza superior, hállase al presente ocupado en estudiar la reforma del doctorado en la facultad de derecho.

El jefe de la enseñanza secundaria M. Rabier, me era completamente desconocido como pedagogo. No es tan antiguo en el ministerio como sus dos compañeros. De nuestra conversación con él, saqué la impresión de que es un hombre inteligente y de valor positivo. Confieso que pocas personas he visto, que como él se penetrasen del lado pedagógico de nuestras cuestiones. Por de pronto, no le ciega el patriotismo: antes nos habló con gran sinceridad de los defectos que advierte en la enseñanza secundaria francesa. El problema de los exámenes, la importantísima cuestión del *internado* en las Liceos, las ventajas del sistema tutorial inglés, etc. etc., fueron temas sobre los cuales Mr. Rabier nos dijo cosas muy atinadas y no al alcance de todas las fortunas intelectuales.

IX

UNA ESCUELA COMUNAL

Nuestro amigo, el eminente pedagogo belga Mr. Sluys, nos decía pocos días antes de salir para Francia, en una de sus cartas. «Si van Vds. á París, es preciso ver la Escuela de la Rue de Turnefort.» En efecto, nadie que se interese por la enseñanza popular debe ir á París sin hacer una visita á ese *petite ecole* comunal. Es el prototipo de una escuela modesta, para una democracia, que quiere educar como se debe al pueblo de las grandes poblaciones. Nada de lujos *exteriores*. Un patio no excesivamente grande y varios locales; un director, seis maestros y tres ó cuatro obreros auxiliares; por último la cantina donde por *diez céntimos* almuerzan los niños que no pueden ir á hacerlo á su casa: he ahí todo: ¡Qué lástima de escuela para nuestra pobre España!

La especialidad más importante de esta escuela, está en los trabajos manuales. Es realmente admirable lo que en esto se hace. No se trata de verdadero aprendizaje, sino de que la educación sea *total*, de que la escuela prepare al hombre para las necesidades fundamentales de la vida, y que sepa, al par que leer escribir, contar, con más la historia, la geografía, etc., trabajar algo en madera y en hierro, modelar y dibujar, á fin de que, despertándose en el niño las aptitudes manuales, no tropiece en su día con dificultades insuperables para emprender un oficio, ó, simplemente, para ayudarse á vivir.

X

LA ESCUELA ALSACIANA

Se trata de un importante centro de enseñanza secundaria, creado al fin de la guerra del 70. Sus fundadores se han propuesto aplicar en Francia métodos educativos nuevos. La escuela alsaciana es una escuela neutral, desde el punto de vista político y religioso. Su ideal es abarcar mediante la educación todo el orden de la actividad posible del joven. No sólo se propone instruir, sino formar el carácter, desarrollar el cuerpo, crear costumbres y hábitos dignos de la persona culta. Quiere, ante todo, que sus alumnos aprendan á gobernarse á sí mismos, inspirándoles el sentimiento de la propia dignidad y del honor, y comunicándoles la energía y la verdadera independencia necesarias en la vida. Es, en suma, esta escuela alsaciana, un Liceo pero un Liceo que se sale de los moldes oficiales, que rompe con las tradiciones de cuartel y con la monotonía y regularidad de los Liceos franceses. Nada de internado, por ejemplo. Pero en cambio, los profesores de

este centro educativo, practican con éxito creciente, en un medio nada adecuado, el admirable sistema tutorial de los colegios ingleses, y que, como es sabido, consiste en hospedar y cuidar en familia, en los domicilios mismos de los profesores, á los alumnos que para verificar sus estudios tienen que vivir separados de sus padres.

XI

LA ESCUELA NORMAL

Breves palabras acerca de la celeberrima escuela de la *Rue d'Ulm*. ¿Quién, que no sea un ignorante en cosas de enseñanza, no ha oído hablar de la *Escuela Normal* francesa? Hoy hállase, quizá, en decadencia á causa del creciente florecer de la Sorbona; pero, ¿qué importa? con todos sus defectos de organización, con sus tradiciones especiales, la Escuela Normal es uno de esos centros de alta vida científica, que inspiran respeto profundo. Basta penetrar en aquel inmenso edificio, que tiene mucho del convento cristiano, por sus amplios y silenciosos claustros, visitar la sala de las grandes solemnidades y pasar la vista por las lápidas de mármol que adornan sus muros. ¡Qué de nombres figuran en ellas! Taine, Berzot, Janet, Fustel de Coulanges, Cousin, Nisard, Breal, Pasteur... y otros por ese estilo. Son los antiguos alumnos.

La visita que hicimos á este antiguo centro de enseñanza fué rápida. Nos acompañó, por disposición de su director, un antiguo alumno, cuyo nombre siento no recordar, geógrafo, colaborador, como nuestro Rafael Torres Campos (de quien nos habló), de M. Vidal Lablache. El edificio es soberbio. Tiene grandes cátedras, preciosas salitas de estudio y una biblioteca de 120.000 volúmenes, admirablemente distribuidos y

clasificados. El número de alumnos es limitado, 18 ó 20 para cada una de las dos secciones (ciencias y letras) en que se halla dividida, ingresan todos los años. Hay internado. La sección de Letras abarca tres años. En el primero, despues del ingreso que es por concurso, los alumnos verifican estudios comunes; en el segundo empieza á apuntarse la diferenciación, según las aptitudes y aficiones individuales. En este año suelen recibir el grado de la licenciatura (Licence) en la Facultad de Letras. En el tercero, los alumnos se preparan para la agregación. Los alumnos de esta Escuela se dedican principalmente al profesorado. Muchos continúan en la Escuela haciendo estudios especiales, y no pocos van á las escuelas de Roma y de Atenas, ó con misiones científicas á los países orientales.

XII

ESCUELA DE FONTENAY.—M. PECAUT

Día 20. Lo tengo señalado en el diario con... *pedra blanca*. Fué de los días que valen el viaje y que hacen olvidar los asientos, á veces no muy blandos, de los coches de tercera, los calores, las incomodidades inevitables de una excursión rápida... Serían las doce de la mañana cuando tomando el almuerzo... en la mismísima imperial de un tranvía, íbamos en dirección de Fontenay, atravesando una vez más los deliciosos alrededores de París. A la una descendimos del tranvía y á escape, pues había pasado con exceso la hora de la cita, nos dirigimos al edificio en donde está instalada la gran Escuela Normal de Institutrices, creación como la de Saint-Cloud (de que ya he hablado) de Julio Ferry. Se nos esperaba ya.

¡Qué cosa más hermosa! ¡Qué impresión más agradable de

limpieza, de frescura, de... poesía, se experimenta al atravesar el gracioso parque del centro! Sin necesidad de enterarse de más, desde luego puede afirmarse que las alumnas de Fontenay saldrán de allí educadas en una atmósfera de distinción, sin lujos, cuyos buenos efectos no se disiparán fácilmente.

M. Pecaute no estaba en aquel momento en la casa. Mientras llegaba visitamos una de las cátedras (la de Física), recorriendo luego la magnífica instalación de los laboratorios, que en punto á disposición para que los alumnos verifiquen trabajos personales, es de lo mejor que he visto en Francia y fuera de Francia.

Cuando terminamos nuestra visita, M. Pecaute, el inspector general de enseñanza que está al frente de Fontenay-aux-Rosses, nos esperaba M. Pecaute, pedagogo verdaderamente práctico, es un hombre muy interesante. La Francia nueva, la Francia revolucionaria, tradicional ya, que ha llegado á la plena posesión de sí misma, tolerante, expansiva, desconfiada sólo cuando se trata del clero absorbente y dominador, la representa á las mil maravillas en la enseñanza, el pedagogo insigne de quien hablo. Basta oírle hablar, con una energía nada nerviosa, poseído con sincera modestia de su papel de reformador laico, lleno de calor vivísimo para comprender lo que este hombre habrá hecho y estará haciendo en esa gran tarea de secularizar, ó desfanatizar al pueblo por la enseñanza, que la tercer República se ha impuesto. Estudiando la personalidad distinguidísima de M. Pecaute, no he encontrado nada mejor para definirla que juntar dos palabras que al pronto rabian, como suele decirse, de verse juntos: es un *místico laico*. En efecto, como el más místico de los místicos hablaría de su amor inefable, así habla Pecaute de los grandes ideales modernos. El cariño espiritual profundo, que en otras edades dominaba á ciertas almas enamoradas, bajo el influjo de la obsesión invencible de una idea, lo siente Pecaute por la suya, y se lo ve palpar en la

palabra de este pedagogo laico, cuando con calma y sin descomponerse un momento señala como enemigo mortal de la civilización, al espíritu frívolo, intolerante del ultramontañismo, que pondera la creciente necesidad de infundir en las gentes, la religión santa del trabajo, las prácticas de la tolerancia, el amor desinteresado por la libertad, la fe, en algo, que eleve y dignifique al hombre...

M. Pécaut es el alma de la escuela de Fontenay. La corrección que se advierte en su persona, parece reflejarse en todo el edificio. He aquí cómo nos explicaba el gran propósito que al fundar la escuela se persiguió.—La escuela de Fontenay-aux-Rosses, tiene por principal objeto contribuir á la educación del pueblo; el pueblo, que trabaja, y que no puede atender por sí mismo á las necesidades de una educación verdaderamente ideal. Trátase en ella de formar un profesorado femenino, entusiasta, cultísimo, que reciba las enseñanzas más sólidas y más exquisitas, para que las transmita hasta las más bajas capas sociales. Las discípulas de Fontenay están penetrados de esta misión difícil y la cumplen en las escuelas normales, y en la enseñanza primaria superior, á que principalmente se destinan.

La organización de Fontenay se parece exteriormente á la de Saint-Cloud. Hay internado. Las alumnas ingresan por concurso, están en la escuela dos años, pero pasados cuatro ó seis de haber sido colocadas fuera, vuelven á pasar otro año más para perfeccionarse, especialmente en la enseñanza de la moral y en la psicología.

A Fontenay van de cuando en cuando los hombres más eminentes de Francia, á dar sus enseñanzas especiales, contribuyendo de ese modo á la obra profundamente democrática, que la escuela fundada por Ferry persigue.

XIII

M. LAVISSE.—LA SORBONA

Visitar la nueva Sorbona, y hacer la visita teniendo como guía á M. Lavissee, es decir, al que la está formando, al que le está modelando en gran parte, según el ideal moderno más puro, es una fortuna, de que el extranjero que va á París puede mostrarse siempre satisfecho. Pues bien, esa fortuna la tuvimos nosotros. A las dos y media en punto de la tarde del día 22 de Junio, el insigne profesor de Historia, nos recogía en nuestro hotel, y á poco entrábamos en la Sorbona. Después de cruzar varios corredores y de subir y bajar unas cuantas escaleras, nos detuvimos largo rato en una de las salitas de estudio, en donde mantuvimos interesantísima conversación con el ilustre académico. Recayó esta sobre muchas cosas, pero especialmente sobre dos puntos de la más alta importancia: los exámenes y las asociaciones de estudiantes.

M. Lavissee es de los pocos pedagogos franceses que se han penetrado bien de lo que los exámenes son y significan, y naturalmente, es enemigo declarado de ellos. Perturban la enseñanza, la imprimen una dirección utilitaria, interesada, malsana, le quitan todo carácter científico, la matan, en suma... Una enseñanza educativa, de alto vuelo, rigurosamente científica, tiene que organizarse sin exámenes. A tal punto lleva su oposición á los exámenes M. Lavissee, que nos hablaba en tono semiserio, de la posible necesidad de llevar á la práctica cierto proyecto que poco tiempo hacía le había comunicado un personaje inglés, y el cual consiste en la formación de una *Liga internacional contra los exámenes*.—Excusado está decir

que le manifestamos nuestra adhesión incondicional, al proyecto del inglés.

Respecto de las asociaciones de estudiantes, la opinión de M. Lavissee, es de gran peso, porque á sus grandes y poderosas iniciativas, se debe la constitución de la Asociación general. M. Lavissee, aleccionado por la experiencia, cree imposible dominar y dirigir una asociación de miles de jóvenes de todas las clases imaginables. No ha mucho, todavía se demostró ésto por los rozamientos molestos habidos entre los profesores y los alumnos de la Asociación general, de que la prensa habló no poco. Hoy Lavissee, cree que las Asociaciones de estudiantes deben formarse, pero poco numerosas y con aquellos que son estudiantes de veras. Para ello, lo primero que hay que procurar, es atraerlos á su *hogar* natural en París, á la Sorbona. Lavissee, se esfuerza actualmente por hacer de ésta el *domicilio habitual de la juventud* que trabaja y que siente amor por el estudio, y lo consigue.

Terminada la conversación, M. Lavissee nos invitó á recorrer las principales piezas de la Sorbona, que ocupa la facultad de letras. Recorrimos la sala Dumont (biblioteca), la sala de geografía, la de artes, varios anfiteatros y la sala de las grandes solemnidades. ¡Qué riqueza! ¡Qué modo de gastar y de emplear útilmente el dinero! Y sobre todo, ¡qué manera más admirable de entender las cosas! El ideal de que poco antes nos hablaba M. Lavissee, de convertir el edificio de la Sorbona en domicilio del alumno, es en gran parte un hecho indudable. La sala Dumont, con su hermosa biblioteca, está llena de estudiantes, los cuales entran y salen cuando les acomoda y manejan los libros, por sí, sin intervención de nadie... Diez años hace que está así, y en los diez años solo ha faltado *un* volumen. La sala de artes, también á disposición de los estudiantes, cuenta ya con riquísimas colecciones para efectuar cómodamente cualquier estudio. En la sala de geografía, un alumno de M. Himly, el decano, dibuja un gran mapa mural. Al efecto, hay allí montado un taller con todo lo necesario...

Y no es esto sólo. Lo principal, es como anda M. Lavissee por entre todas aquellas gentes... ¡Qué familiaridad y que respeto! ¡Oh!, que falta hacía que la mayoría de nuestros profesores se fijaran en esto, en la necesidad de bajar, si pueden, del trípode y de vivir la vida de la juventud para contribuir á formarla y á dirigirla en el trabajo científico y hasta en la vida. M. Lavissee, el académico, el gran historiador de Alemania, una de las personas más distinguidas del mundo científico en Francia, no se desdeña de vivir la vida de sus alumnos y no cree cumplida su misión pedagógica, con explicar el programa oficial desde las alturas de la tribuna, en la clase...

XIV

EL COLEGIO CHAPTAL

Este artículo ó estas notas se alargan más de lo conveniente, mucho más de lo que yo contaba. Prescindiré, pues, de hablar de muchas cosas y personas, y con decir dos palabras de este famoso Colegio Chaptal terminaré, dedicando unas cuantas á otro centro pedagógico, el más original de cuantos hemos recorrido en este viaje.

El Colegio Chaptal, que visitamos por especialísima recomendación de M. Buisson, está situado en uno de los centros más populosos de París: hacia Batignols. Es digno de verse para apreciar cómo gastan su dinero la villa de París y el departamento del Sena en cosas de enseñanza. En primer término, el Colegio Chaptal cuenta con un edificio inmenso, lujoso, con grandes patios, magníficas aulas, espaciosas escaleras, grandes dormitorios. Cuenta además con un gimnasio

amplísimo, con laboratorios riquísimos y colecciones completas de zoología y mineralogía, con una gran sala de dibujo, en fin, como todo lo que en punto al material de enseñanza puede pedir el más exigente. Además, el Colegio Chaptal tiene un crédito grandísimo. Recluta sus alumnos entre las familias de lo que puede llamarse *pequeña burguesía*, y casi todos los años conquista los primeros puestos en las promociones de la Escuela politécnica, Saint-Cyr, naval, minas, etc.

XV

EL HORFELINATO PREVOST

El día 23, á las seis de la mañana, tomábamos en la *Gare du Nord* el tren de la línea de Treport, y á las diez nos encontrábamos en la estación de Granvilliers, pueblecillo del departamento del Oise. En un cochecito del país, la emprendimos de prisa y corriendo para Cempuis, un lugar de diez ó doce casas, en donde se halla el Horfelinato Prevost, objeto de nuestra visita. Este es el centro pedagógico á que antes me refería. Aunque está á 111 kilómetros de París, hablo aquí de él, porque está sostenido por el departamento del Sena. Y en verdad que siento disponer de tan poco espacio, porque el Horfelinato Prevost merece un estudio detenido. Es de los establecimientos de enseñanza que más me han interesado. En la imposibilidad de trasladar aquí toda mi impresión y de formular un juicio, diré en breves términos lo que allí se hace y el criterio que en sus enseñanzas preside. Esto bastará para que se comprenda la importancia de este Horfelinato, á cuyo frente, además, se halla el eminente pe-

dagogo M. Robin, y que cuenta entre sus maestros á M. Carlos Delon.

En el Horfelinato, fundado por la generosidad filantrópica de Prevost, ingresan sólo huérfanos pobres del departamento del Sena. Están en él desde los seis hasta los diez y seis años. Cuenta con más de trescientos alumnos. Los principios fundamentales de sus prácticas pedagógicas, son los siguientes: 1.º, educación integral, es decir, educación total, física (1), moral é intelectual; 2.º, trabajos manuales como elemento de educación; 3.º, nada de premios ni de castigos; 4.º, coeducación de los dos sexos. Mi opinión sintética acerca de lo que allí se hace, después de la detenida visita que hicimos, y en vista de las importantes publicaciones que de este centro de enseñanza he leído, es que el Horfelinato Prevost (que tendrá sus defectos), constituye probablemente uno de los laboratorios pedagógicos, uno de los campos de experiencia pedagógica, más importantes de Europa.

Una especialidad interesantísima del Horfelinato Prevost, y que le hace recomendable á los ojos de todos, porque demuestra la fe y la confianza de sus directores en su obra, es la de las sesiones normales de verano. Consisten éstas en un curso práctico de una semana, al cual se admiten todos los maestros que lo deseen, proporcionándoles por dos francos diarios casa y alimentación. Durante esta semana, los maestros que están en Cempuis pueden apreciar y enterarse prácticamente de las ideas y procedimientos del Horfelinato.

¡Lástima que desde España no se enviaran algunos profesores de instrucción primaria á este originalísimo establecimiento de enseñanza durante la sesión normal! Los beneficios que la visita habría de reportar compensarían el pequeño sa-

(1) He aquí un dato que hace por si solo el elogio de la educación física ó del cuidado fisiológico é higiénico del Horfelinato: en trece años han muerto allí *tres* niños tan sólo: y cuenta que el personal se recluta entre las gentes más pobres de salud, de un modo necesario.

crificio que la empresa impondría al Estado, ó á quien sufragara los gastos. Sobre todo, si se procedía con prudencia y cuidado exquisito en la designación de los comisionados...

Y termino aquí estas notas rápidas, inconexas, que, á pesar de mis esfuerzos, han salido más largas y de seguro más insulsas, de lo que yo hubiera deseado.

ADOLFO POSADA,

Profesor en la Universidad de Oviedo.

16 Julio 1894.

HUMORADAS

I

Varié mucho de amor, pero lo extraño
es que nunca varié de desengaño.

II

La ambición más legítima y más pura
para subir se arrastra hacia la altura.

III

Aunque parece necia,
nos conoce tan bien que nos desprecia.

IV

Es, Pilar, el mayor de tus placeres,
el placer de cumplir con tus deberes.

V

Después que aquí encantó con su belleza,
irá al cielo á admirar con su pureza.

VI

El grande Enrique, de pudores harto,
dijo á una joven con descaro un día:
—¿Cuál es, niña, el camino de tu cuarto?
La joven contestó:—«La vicaría.»

CAMPOAMOR *el*

callesero

3

EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

EL PALACIO

I

EMPLAZAMIENTO

El poderoso impulso de la libertad creó en España, durante el segundo tercio de nuestro siglo, gran número de instituciones que, al surgir, como surgieron, casi de repente, se hubieran hallado sin domicilio en que acogerse, y sin espacio ni asiento donde funcionar, á no haber desaparecido al propio tiempo, y movidas por la misma fuerza, otras que vivieron florecientes en pasadas épocas, y en cuyas anchurosas viviendas encontraron aquéllas un pasajero acomodo, bueno ó malo, que para algunas aún dura y durará largos años.

Esta sustitución ó acomodamiento fué general y característica en las ciudades y pueblos importantes del país, y se determinó especialmente en Madrid como en ninguno de ellos. Al través de ese período, y en fechas más próximas también, instaláronse en los conventos é iglesias de las comunidades suprimidas ó trasladadas el ministerio de Fomento, la Universidad Central, el Tribunal y Bolsa de Comercio, la Escuela Normal, los Institutos, el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, los Tribunales de Justicia, multitud de cuarteles, varios mercados, algún teatro, diversas fábricas y talleres, y el Congreso de

Diputados primero, los Estamentos de Próceres y de Procuradores luego, y el Senado y el Congreso después.

Aún celebra sus sesiones el Senado dentro de la iglesia de un ex colegio convento de religiosas, y aún se alza el Congreso sobre el solar de un convento de frailes.

El espacio que éste ocupa, así como el de los edificios cercanos, se pobló durante los primeros años del siglo XVI, ya que hasta entonces fué sólo campo ameno, cuajado de árboles y situado extramuros á ambas orillas de la pendiente *Carrera*, que unía la Puerta del Sol con el Prado de San Jerónimo. Al ser trasladada la capital de la monarquía desde Valladolid, llegó para Madrid una época de extraordinario desarrollo, y en estas afueras alzáronse palacios, conventos é inmenso caserío por los nobles, los religiosos y los nuevos vecinos, que desde todo el reino acudieron á acogerse al calor y á la vida de la poderosa corte de Felipe II.

En la Carrera de San Jerónimo, comprendida dentro de los muros desde 1565, y frente por frente al convento de Capuchinos de San Antonio, erigido en 1560, y al de las monjas Bernardas de Pinto, fundado en el ángulo de la plazuela en 1569, construyó sus casas D. Martín Cortés Zúñiga y Arellano, marqués del Valle de Oaxaca, hijo del conquistador de México, y allí vivió casado con su segunda mujer doña Magdalena de Guzmán, hija de D. Lope, señor de Villaverde.

Viuda la marquesa, y sabiendo que los religiosos Clérigos regulares *menores*, que tenían su casa en la calle del Caballero de Gracia, se habían separado del fundador de ella y que buscaban otra, les cedió una suya, en la que al principio se instalaran, y después todas las que allí poseía, que eran tres, y con ellas hizose en 1594 el convento del Espíritu Santo, en el mismo ámbito que hoy ocupa el Congreso, y el cual se unió con la residencia por medio de un arco y pasadizo que cerraba el callejón donde se abre la calle de Floridablanca, é inmediato á cuya vivienda se construyó después el palacio de los duques de Híjar.

Era la iglesia de los Menores uno de los tipos del arte imitado de Herrera, del orden dórico, de una sola nave con amplias capillas laterales, unidas entre sí á modo de naves secundarias, y un anchuroso crucero sobre cuyos arcos torales se asentaba modesta cúpula con linterna en su remate. Nunca pudieron imaginarse los religiosos que la erigieran que había de rivalizar aquel templo con el vecino de San Jerónimo, tan ostentoso, rico y celebrado en eso de servir de asilo á las Cortes del Reino y de teatro solemne á las juras de los reyes y príncipes, y, sin embargo, así hubo de ser cuando, con las mudanzas de las cosas y con las calamidades de los tiempos, el monasterio gótico del Prado quedó inservible y el de los clérigos sin condiciones para que en él continuara viviendo la comunidad.

En efecto, un gran incendio consumió casi en totalidad este convento y causó algunos daños en el templo á fines de Marzo de 1823, á la sazón en que se hallaban en él oyendo misa el duque de Angulema al frente de todo su Estado Mayor y un regimiento de la Guardia, que llenaba la nave, mientras el resto de las tropas invasoras ocupaban la Carrera y el Prado. Retiráronse los clérigos á otra de las casas de su Orden (Portaceli), y la iglesia de la Carrera quedó cerrada, en abandono y en creciente ruina, hasta que, once años después, en 1834, al instalarse de nuevo las Cortes, se dispuso el aprovechamiento de ella para celebrar las sesiones del Estamento de Procuradores. La extensa nave central quedó convertida en salón, colocándole un nuevo techo sobre la línea del cornisamento, con lo que quedaron fuera de él, por consiguiente, los arcos de la bóveda. Estaba orientada esta iglesia en su planta, como lo están todas las cristianas (excepto las de los Jesuitas, que se orientan al revés de las demás), y tenía por ello el ábside sobre la que es hoy calle del Florín, y dos entradas laterales, la principal por la calle del Sordo, y otra de servicio por la Carrera.

Cuando se transformó en palacio ó residencia del Estamento, diósele el ingreso por esta parte, levantando sobre la Carrera un ostentoso pórtico formado por doce grandes columnas

del orden dórico de Pestum, muy en moda entonces, y sobre cuyo entablamento se asentaba un sencillo frontispicio con las armas de España. El coste de la instalación fué de 1.878.096 reales y 11 maravedises. En aquel severo ámbito, que quedó lujosa y dignamente decorado, podrían lucir en adelante sus talentos, su actividad y su elocuencia, los representantes del pueblo español; allí debieran dejar escuchar su palabra hombres como Argüelles, Martínez de la Rosa, Calatrava, Toreno, Mendizábal, Gómez Becerra, Istúriz, Alcalá Galiano, López, Olózaga, Ezpeleta, Romero Alpuente, el duque de Rivas, el conde de las Navas, González, Caballero, Cano Manuel, Trueba y Cossío, Calderón Collantes, Perpiñá, Oliván, Escalante, Quiroga, Venegas, García Blanco, Sancho, Luján, Madoz, Infante, Mon, Benavides, Arrazola, Pacheco, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Egaña, Pidal, Roca de Togores, Ríos Rosas, Espronceda, Salamanca, Barrio Ayuso, Cortina, Pérez de Rivas, Cantero, Domenech y Quinto.

El nuevo salón del Estamento de Procuradores iba á honrar con la historia de su futura vida al genio español en las gloriosas lides de la elocuencia, y á borrar de hecho y para siempre la humilde memoria de los trabajos de los que antes le habitaron por espacio de más de dos siglos, y con los cuales también se habían honrado las letras españolas. Para que no se olviden, y como prehistoria del edificio en que se acomodó el Congreso y del solar en que se sentó el actual palacio, aquí se consignan, reunidos por vez primera, los recuerdos de las publicaciones debidas á los Clérigos menores del Espíritu Santo y escritas en esta casa:

Basilio Varen de Soto, madrileño, escribió (1655) el suplemento de la *Historia imperial y cesárea*, de Pedro Mexía, con las vidas de los últimos siete césares austriacos, desde Carlos V hasta Fernando IV; continuó la *Historia de España*, de Mariana, hasta el 1669, y tradujo del italiano *La Guerra de Flandes*, del cardenal Bentivollo, y la de las *Guerras civiles de Francia*, de Enrique Catarino Dávila.

Antonio Velázquez Pinto, catedrático, publicó el *Tesoro de los cristianos*, 1668.

Francisco Apolinario fué el autor de la *Suma moral* y del *Resumen brevísimo de todas las obras del doctor Machado*, 1661.

Jerónimo Pardo, madrileño, catedrático en Alcalá y en Salamanca, gran predicador, publicó ocho volúmenes de sermones y cuatro sobre el *Apóstol Santiago*, en colaboración con el arzobispo de Granada, Fr. Antonio Calderón.

Jerónimo de Salcedo, madrileño, catedrático, consejero en Roma, escribió los *Comentarios y disertaciones filosófico-teológico-histórico-políticas sobre el tratado de Santo Tomás*. De Regimine Principum, 1655.

Antonio Vázquez, portugués, dió á luz en este convento la *Conjuración del conde Juan Luis Fiesco*, de Mascardo; *Las Dos centurias* y *Avisos políticos*, de Trajano Boccalini; *El Capuchino escocés*, la *Vida de Alejandro... (?) Papa* y la *Vida de San Felipe Neri*, de Jacobo Bacci.

Antonio González de Rosende, vallisoletano, catedrático de Alcalá, prefecto de su Orden en España, escribió las siguientes obras: *Vida y virtudes del ilustrísimo y excelentísimo Sr. Don Juan de Palafox y Mendoza*, obispo de Osuna (1666); tres tomos de *Disputationes theologicas*; *Memorial por la Inmaculada Concepción* (1645), y la traducción de *El Tarquino*, del marqués Virgilio Malvezzi.

Jacinto Carlos Quintero, autor de *El Templo de la elocuencia castellana*, compuso cuatro tomos de sermones y el estudio *Commentarium in Joanni Prophetam*, que dejó empezado, y que terminó su compañero Pedro de Quirós, autor de la *Parentación real*, *Honras que hizo la ciudad de Salamanca al rey nuestro señor D. Felipe IV*.

Todos estos escritores y predicadores fueron enterrados en la bóveda de la iglesia sobre la cual se asentaron los escaños de los diputados en 1834. En la misma cripta descansaron las cenizas del gran NICOLÁS ANTONIO, del publicista insigne á quien

debe la historia de la literatura castellana la primera de las obras que posee, la *Bibliotheca Hispana* (Vetus et Nova), que escribió hacia el 1675 (1).

Como complemento de estas curiosas memorias, conste que, aun así, cual hoy se rige el Congreso por su reglamento especial, los Clérigos del Espíritu Santo tenían para su lectura obligada y servicio diario la obra en dos volúmenes de Pedro de Sousa, *In Psalmos commentariorum*; y que así como ahora acude el vecindario de Madrid á este recinto á contemplar la vida y los debates de la representación nacional, acudía antes á venerar en este sitio á Nuestra Señora de la Buena Muerte, muy afamada en toda la villa, y cuya imagen trajo de Roma uno de los fundadores de la casa.

En 1842 se realizó la demolición de la iglesia-Congreso para levantar un palacio digno de las Cortes, y entonces desaparecieron las sepulturas, epitafios y memorias. En 10 de Octubre de 1843, la reina Isabel inauguró las obras del nuevo edificio, que duraron hasta 1850, y cuyo coste fué de 17.660.914 reales y 29 maravedises.

Aparte se resumen los detalles de la historia del Congreso y los de la construcción de este palacio, que hasta hace poco tiempo fué «la única obra monumental que se había levantado en España en el presente siglo», como dijo, en la parte histórica de la Memoria descriptiva del mismo, el Sr. D. Francisco de Paula Madrazo en 1856.

(1) El epitafio de su sepultura, que se conservó hasta 1842, decia así:

«Aquí yaze D. Nicolás Antonio, Cavallero que fué del orden de Santiago, Canónigo de su Santa Iglesia de Sevilla, Agente General de S. M. en Roma y de su Consejo, Oydor Fiscal en el Real de Cruzada. Falleció en 13 de Abril de 1684. Ætatis. suæ 67.»

II

EXTERIOR DEL EDIFICIO

Las elegantes construcciones modernas que embellecen la parte inferior de la carrera de San Jerónimo dan agradable aspecto á esta parte de Madrid, en la cual se destaca como una joya artística de la corte la suntuosa fachada del Congreso de los Diputados. Dominando la masa general del cuadro ó paisaje que allí se presenta, se perciben las arrogantes y severas líneas del palacio, con sus tonos claros, gris del granito y amarillento de la caliza, sobre los más vivos de las fachadas y construcciones inmediatas, de las arboledas de la Carrera, del Prado y del Retiro, y del azul del cielo, interrumpido por los ojivales, crestearias y agujas de la iglesia de San Jerónimo.

Entre la nueva calle de Floridablanca y la antigua del Florín, y sobre un desnivel de poco más de tres metros, se extiende en una longitud de 55 la fachada, constituida por un cuerpo central avanzado y dos laterales simétricos. Forman el magnífico conjunto del primero la escalinata compuesta de gradas, que limitan los macizos de las zancas, sobre las cuales se apoyan dos leones de bronce, modelados por el escultor D. Ponciano Ponzano, fundidos en la fábrica nacional de Sevilla, cincelados por M. Bergeret, y cuyo material procede de los cañones tomados á los moros en la campaña de Africa. Sobre el descanso se alza el arrogante intercolumnio corintio exóstilo, de fustes de granito, estriados con junquillos en el tercio inferior, y con magníficos capiteles de piedra caliza de Redueña, que esculpieron D. Francisco Pérez y D. José Panuchi, y en los que, en vez del característico florón del abaco, se ven cabezas

de león. Costó cada capitel 6.000 reales. En el fondo del pórtico, cuatro pilastras empotradas corresponden á las columnas exteriores, y la puerta principal del edificio á las dos del centro. Encuadran la puerta amplias jambas con ménsulas que sostienen su sencillo guardapolvo, y la cierran dos hojas forradas de bronce, ornamentadas con escudos reales, coronas de laurel, artísticos florones y molduras, bella labor que cinceló D. José María Sánchez Pescador, costando toda esta obra metálica 251.180 reales.

En el intercolumnio descansa elegante cornisamento de piedra caliza, cuya parte central del friso y arquitrave ocupa un tablero de mármol blanco granadino, que contiene la inscripción *Congreso de los Diputados*, y sobre su cornisa se levanta un frontón en cuyo tímpano se admira esculpido el hermoso bajorelieve que cinceló en Roma el Sr. Ponzano. Destácase en el centro la figura de España alzada sobre un pedestal, cuyo regio asiento ocupa, y mientras que apoya su mano izquierda en el centro florido, abraza con la derecha á una doncella sentada á su lado y apoyada en su regazo, que simboliza á la Ley constitucional. A su izquierda está en pie la Fortaleza; al lado el grupo de las Bellas Artes, la Pintura en el centro en pie, y la Escultura mostrando á la Arquitectura el dibujo de este frontón; inmediato un niño con una lira, emblema de la Música; al Comercio, que aparece después, le ofrece sus dones la Agricultura; y termina la composición por este lado con una representación del río Ebro, que es un anciano que sostiene en sus brazos á un niño, símbolo del canal de él derivado. A la derecha de España está en pie la Justicia con radiante nimbo; á sus pies, sentado, se ve el Ejército ó el Valor, y sucesivamente se encuentran la Astronomía, la Poesía, la Filosofía, y, en el último grupo, la Paz y la Abundancia.

Esta preciosa obra, ejecutada después de público certamen, en el que salió victorioso el Sr. Ponzano, costó 132.000 reales.

Sobre la cubierta del frontón ondea siempre la bandera nacional durante la celebración de las Sesiones, y semejante cos-

tumbre tiene un origen histórico y altamente patriótico. Cuando las tropas absolutistas francesas sitiaban á Cádiz en 1823, el Congreso de los Diputados allí reunido acordó durante el bombardeo, para dar una prueba de su entereza y valor y para animar á aquel liberal vecindario, que se izara la bandera de España mientras se estuvieran celebrando las sesiones, para que el enemigo supiera adónde dirigir sus bombas si deseaba castigar y humillar á los representantes de la nación.

Tiene lateralmente el cuerpo central, en el plano del fondo, dos lienzos intermedios idénticos, divididos, como el resto de la fachada, y en el sentido de su altura, en cuatro partes: una inferior con un vano de luz al sótano; otra correspondiente al piso bajo con altas ventanas sin antepecho, repisa sobre ménsulas ó cartelas y guardapolvo sobre el friso; otra que marca el piso principal con ventana de antepecho figurado, contraejambas con ménsulas y guardapolvos, y la superior, correspondiente al ático, con la característica ventana mezanina. Idéntica distribución en su altura ofrecen los dos grandes cuerpos laterales. Sus zócalos, muy alto en el de la izquierda y muy reducido en el de la derecha por el desnivel en que se asentó el edificio, son almohadillados dobles y sin huecos; sobre su imposta se extiende el cuerpo bajo, almohadillado corrido, y con tres ventanas idénticas á la ya descrita, y sobre la imposta de éste se ve el principal, cuyos tres paños lisos limitan cuatro pilastras jónicas y cuyos vanos muestran la misma decoración que la del intermedio, así como el ático superior.

Las ventanas que se abren en la fachada corresponden á las siguientes piezas interiores: las tres primeras de la derecha de la planta baja á la antesala, despacho y gabinete de los ministros, y la cuarta del ángulo de la calle de Floridablanca á la de la Comisión de gobierno interior; las cuatro de la izquierda á la antesala, sala y despacho del presidente del Congreso; la primera de la derecha del cuerpo principal á la sala de la sección primera; las otras tres á la de la sección segunda ó salón de presupuestos; y las cuatro de la izquierda á las habitaciones

del oficial mayor. Las ventanitas altas alumbran los depósitos de colecciones de periódicos en la derecha, y las habitaciones del portero mayor en la izquierda.

Las fachadas laterales del edificio son idénticas entre sí desde la planta principal, y dan, la de la derecha á la calle de Floridablanca, y la de la izquierda á la del Florín. Tiene ésta mayor altura que aquélla por el desnivel ya indicado, y ofrece en su cuerpo inferior un basamento de almohadillado doble con pequeñas ventanas de arco escarzano, una puerta central y dos laterales más estrechas, que corresponden á los pabellones terminales. La decoración y distribución de éstos es igual á la descrita en los cuerpos laterales de la fachada principal. De granito es también todo el cuerpo bajo, y sobre él corre el principal, de ladrillo rojo agramilado, cuyas nueve ventanas, con antepechos y jambas calcáreas, como las de todas las del palacio, se destacan artísticamente del fondo oscuro de los macizos. Estas ventanas no tienen guardapolvos, sino arcos de medio punto, que dan á este cuerpo el aspecto de una elegante galería.

La puerta central de la calle de Floridablanca es la de servicio constante para los diputados, y está amparada por una sencilla marquesina de hierro y cristal. Las repisas de las ventanas bajas de este lado sirven de asientos sobre la acera. La puerta de la calle del Florín, cubierta con marquesina, da acceso á los tres pisos del palacio, y, por consiguiente, á parte de las tribunas del salón de sesiones.

Las ventanas de la fachada de la calle de Floridablanca corresponden á los siguientes departamentos: las de la izquierda de la puerta en el piso bajo, la primera á la portería, la segunda y tercera á la sala de espera para el público; la cuarta y quinta á la de recibimiento; y la sexta y séptima á la sala de la Comisión de gobierno interior; las de la derecha del mismo piso: la primera al cuarto de mazas, la segunda al del teléfono, la tercera y cuarta á las oficinas de administración del *Diario de las Sesiones*, y las restantes á la redacción del mismo.

En el principal: la que corresponde á la puerta es la de la

escalera, la primera de la izquierda al telégrafo y las siguientes á las salas de las secciones cuarta, tercera y segunda; y las de la derecha á las secciones quinta, sexta y séptima. En las de la fachada del Florín se abren, marchando en la línea baja de derecha á izquierda: la de la antesala de la presidencia, secretaria de ésta, sala de secretarios del Congreso, despacho del oficial mayor y de la secretaria; escalera; sala de oficiales y archivo-biblioteca. En el piso principal corresponden á las habitaciones del mayor, escaleras, sala de auxiliares y archivo-biblioteca.

La fachada posterior ó del testero que se alza sobre el angosto declive de la calle del Sordo, tiene un cuerpo central avanzado que corresponde al saliente de la principal y al que limitan otros dos laterales, semejantes á los ya descritos. El central consta de tres partes: una media, de gran anchura, de ladrillo rojo en todo su fondo, hasta el tercio inferior de sus ventanas bajas, cerradas con arcos semicirculares, con tres vanos en cada piso y dos laterales de resalto, con portadas á la calle de intercolumnios dóricos, basas, escalinatas y puertas de arco, sobre cuyas cornisas se indican los antepechos balcones de las ventanas que corresponden al piso principal.

Cierra los ángulos entrantes de esta fachada y el cuerpo avanzado fuerte verja de hierro. Por la puerta próxima á la calle de Floridablanca está el acceso á la tribuna pública, y por la inmediata á la del Florín el de las tribunas de orden. Las fachadas laterales del edificio tienen una longitud de 57,5 metros, y la posterior la misma que la principal, de modo que comprende una superficie de 3.162 metros cuadrados.

De las avenidas del palacio sólo son dignas de su importancia la Carrera de San Jerónimo y la calle de Floridablanca. En la primera ábrese la plazuela de las Cortes, decorada con jardinillos y arbolado, y en la cual se alza la estatua de Cervantes, que se erigió en 1835 por indicación de los Sres. Mesonero Romanos y Fernández Valera, y que fué esculpida por D. Antonio Solá, costeándose con los fondos de la Bula de Cruzada.

En su pedestal hay dos artísticos relieves de D. José Piquer. La anchurosa y breve calle de Floridablanca, abierta en el solar del antiguo convento y del palacio de los duques de Híjar, es, mientras se celebran las sesiones, uno de los puntos más animados de la corte, porque, verificándose por ella la entrada de los diputados, allí se agrupan los carruajes y en aquellas aceras pululan siempre multitud de pretendientes y de curiosos.

La calle del Florín, aunque compuesta de modernos y elegantes edificios, es estrecha. Cuando se aprobó el proyecto de construcción del Congreso propuso al gobierno la comisión constructora la excelente idea de adquirir toda la manzana de edificios comprendida entre esta calle, la Carrera, las del Turco y del Sordo, que era propia de la hermandad del Refugio, y en la cual se hallaba instalada la dirección y escuela de Minas, para dar al palacio toda la magnificencia, amplitud y desahogo que debiera tener; pero el afán del regente del reino, que deseaba que la reina Isabel comenzase su reinado, al salir de la menor edad, con un acto «solemne y grandioso, inaugurando el nuevo palacio», se opuso á aquel propósito y el edificio quedó condenado á levantarse en sus actuales estrechos límites.

La calle del Sordo, angosta en casi toda su longitud y muy pendiente, aunque ostenta buenos edificios de reciente fábrica, parece en su entrada superior, y en su unión con la de Floridablanca, aquella misma á que dió nombre en el siglo xv un avaro mesonero, tardo de oído, y la misma que alojó en sus casas al espléndido embajador duque de Villena á principios del siglo xvi.

III

EL VESTÍBULO

Abiertas las grandes y artísticas puertas del palacio, se pasa al suntuoso vestíbulo, formado por un saloncito de 16,70 me-



tros de longitud por 6,60 de anchura, de planta rectangular recortada lateralmente por dos semicírculos, cuya forma toman también los muros. Su pavimento es mosaico á la veneciana, que ejecutó D. Elías Bex por el precio de 7.900 pesetas, y está dividido en tres partes, ostentando la central el escudo de armas de España, la de la derecha la cifra de Isabel II y la de la izquierda la fecha de la construcción, 1850. En el decorado de sus paredes se alzan, sobre un zócalo imitación de mármol rojo oscuro, las cuatro pilastras que separan la parte plana de la semicircular, cuyas líneas generales imitan mármol blanco, y cuyos rehundidos, así como el friso del cornisamento general, son de jaspes perla. Los grandes recuadros intermedios tienen sus paños de blanco anteado con círculos centrales de jaspe verde los más estrechos y enteramente lisos, con jamba de ese color en claro los más anchos, constituyendo el conjunto una decoración tan elegante como sencilla. Toda la escayola, imitación de mármoles, fué obra del Sr. Bex.

La bóveda, entre pilastras, es de cañón con artesonado de casetones octógonos de rosetas y cuadros en las dos fajas de separación, y con rombales decrecentes en la concavidad de las proporciones esféricas. Una amplia lucerna ó claraboya abierta en el centro del techo, alumbra al vestíbulo cuando las puertas del exterior se cierran.

A la derecha de la entrada se ve sobre un alto pedestal la estatua de la reina doña Isabel II, magistral obra de arte, labrada en Roma en mármol de Carrara por D. José Piquer en 1860, y cuyo coste fué de 30.000 pesetas. Durante la época de la revolución se hizo retirar esta estatua al sótano del palacio, volviéndosela á su primitivo lugar en los primeros tiempos de la restauración.

Sobre la puerta principal destácase el afamado cuadro de Gisbert, *El Suplicio de los Comuneros*, adquirido en 1860 por el precio de 20.000 pesetas, en aquellos días en el que el justo renombre de su autor llenaba todos los ámbitos de la patria, y cuando, por suscripción iniciada por el Congreso, se le regaló

una preciosa corona de oro dibujada por Ponzano y esculpida por Sánchez Pescador.

En el hemiciclo de la izquierda se conserva el curioso reloj que construyó en Barcelona en 1857 el hábil mecánico Alberto Billeter, en cuya obra empleó cuatro años. Adquirido primero por el Real Patrimonio, que lo destinó á uno de los palacios del Retiro, pasó después á poder del Congreso por el precio de 30.000 pesetas. Este ingenioso mecanismo ostenta: en la parte superior, el movimiento de la Tierra y de la Luna alrededor de la órbita; en el centro, los círculos del tiempo medio, el de la ecuación del tiempo medio y el de segundos, el calendario perpetuo en cuatro círculos, que indican, respectivamente, los días de la semana, los del mes, los meses y los años en un largo período, y los de la salida y puesta del sol, y en la inferior, el movimiento de los planetas. Lateralmente, en veinte círculos, se marca la hora media de otras tantas localidades de ambos mundos, y en la línea de la base hay un termómetro, un higrómetro y un barómetro. Mientras vivió su autor, el aparato marchó á maravilla, siendo objeto de consulta y de gran curiosidad para muchos de los que acudían á la Cámara; pero habiendo caído después su dirección y arreglo en otras manos, se detuvo el movimiento y parado está hace muchos años.

Los dos grandes y artísticos candelabros que adornan la puerta del fondo, de planta triangular y de elegante dibujo, proceden de la fábrica de San Juan de Alcaraz, y estuvieron colocados durante algún tiempo en los ángulos del testero del salón de sesiones.

IV

EL SALÓN DE CONFERENCIAS

Una galería separa el vestíbulo del salón de conferencias. Forma este magnífico y afamado departamento un gran salón

de 14,30 metros de longitud en el sentido del eje del edificio, por 7,60 de anchura y 12,53 de altura hasta la base de la lucerna ó claraboya que cenitalmente le alumbra. Su elegante decoración es del Renacimiento sobre el orden jónico. Frente á la puerta de ingreso se abre la que comunica con la segunda galería, y en los extremos del eje menor existen otras dos que dan paso á las galerías intermedias de los cuatro escritorios. Las cuatro están decoradas con guardapolvos y jambas de imitación de mármol blanco, y á las dos principales coronan con sus curvas ventanas semicirculares de cristal. Sobre la de entrada á la segunda galaría está el reloj. En el corrido basamento, de color verde oscuro veteado, se apoyan, en las líneas de los lados, los divanes de terciopelo rojo, y sobre él se abren, á cada costado de aquellas puertas, las cuatro chimeneas de mármol amarillo de Cuenca, esculpidas, como todas las de la casa, por D. Santiago Jabouin, que sostienen la calefacción de la sala desde Diciembre á Mayo. Los paños de los oscuros fronteros que se extienden sobre las chimeneas hasta la altura de la cornisa, que antes eran sólidos, se han rasgado recientemente, sirviendo hoy de ventanas con vidrieras giratorias, que alumbran las galerías y que facilitan la ventilación.

El decorado general (muy deteriorado ya por los años) es de exquisito gusto. De entre el fondo de mármol rojo que aparece en el plano general destácase sobre el zócalo un primer cuerpo de pilastras jónicas, cuyas líneas exteriores son blancas y en cuyos rehundidos campea su fantástica decoración en relieve de dorados arabescos, idénticos en todas ellas. De las cartelitas de sus centros avanzan sencillos candelabros de diez luces. En las basas y líneas corridas que les corresponden, son blancos los plintos y bocelos, y dorados los toros y filetes. En el cornisamento ostenta el friso linda decoración de cabezas de león y palmetas, y resalta perfectamente la blanca faja de la cornisa. A la altura de los guardapolvos de las puertas corre una moldura idéntica á ellos que divide la altura del primer cuerpo en dos partes: la inferior, de amplia extensión, forma-

da por pareadas tablas de mármol claro con marcos dorados, y la superior, más estrecha, dividida en recuadros de bella ornamentación de arabescos, en cada uno de los cuales se destacan, dentro de una orla de cuentas doradas, dos medallones de 48 centímetros de diámetro, formando una serie en que se ven los retratos de los siguientes oradores:

EN EL MURO DEL NORTE

Sobre la ventana de la derecha, *Pacheco*.—*El marqués de Pidal*. Sobre la de la izquierda, *Alcalá Galiano*.—*D. Joaquín María López*.

EN EL MURO DE ORIENTE

Calvo Asensio, pintado por T. Avila, 1886.—*Moreno Nieto*, por P. Iniesta, ídem.—*Romero Ortiz*, por M. Laredo, ídem.—*Posada Herrera*, por S. M. del Rincón, ídem.—*Marqués de Gerona*.—*Sancho*.—*Figuerras*, por M. Laredo.—*Nocedal*, por S. M. del Rincón, 1886.—*Ríos Rosas*, por Iráldez Acosta, 1882.—*Rivero*, por E. Morera, ídem.

EN EL MURO DEL MEDIODÍA

Sobre la ventana de la derecha, *Calatrava*.—*Pastor Díaz*. Sobre la de la izquierda, *Valdegamas*.—*Gómez Becerra*.

EN EL MURO DE PONIENTE

Escosura, por Nin y Tudó, 1884.—*González Bravo*, por J. Jiménez, 1878.—*Aparisi*, por Nin y Tudó, 1884.—*Ayala*, por F. Iniesta, 1886.—*Duque de Rivas*.—*San Miguel*.—*Arrazola*, por S. M. del Rincón, 1886.—*Conde de San Luis*, por ídem, ídem.—*Bravo Murillo*, por P. Pardo González, 1878.—*Olózaga*, por S. Pescador, ídem.

Cada retrato costó 500 pesetas.

En los lienzos del ático, separados por pilastras ornamentadas con grutescos en relieve, están representadas las provincias y los cuatro ríos mayores de España.

Siguiendo aquel orden, he aquí su distribución:

Frente del Norte, tres cuadros: Granada, Castilla la Nueva y Extremadura.

Lienzo del Oriente, cinco cuadros: río Tajo, Valencia, Cataluña, Murcia y río Guadalquivir.

Frente del Mediodía, tres cuadros: Baleares, Asturias-León y Galicia y Toledo.

Lienzo de Poniente, cinco cuadros: río Duero, Canarias, Castilla la Vieja, Provincias Vascongadas y río Ebro.

Los cuadros de los dos frentes los pintó D. Isidro Lozano por el precio de 2.500 pesetas los centrales, y de 1.250 los pequeños. Los laterales fueron obra de D. Germán Hernández y de D. Francisco Aznar, por los mismos precios.

Sobre la cornisa del ático voltea la curva de la bóveda un suave chaflán, formado con un friso decorado con ángeles, flores y animales, separados por recuadros que contienen emblemas de las ciencias, artes y letras; en la concavidad superior, dividida con arreglo á la distribución de los cuerpos inferiores, se ven cuatro cuadros centrales que representan otras tantas partes del mundo, y en los dos intermedios de cada lado están figuradas la Justicia, la Religión, la Ley y la Abundancia. En los cuatro ángulos de la bóveda, ángeles con trajes de reyes de armas, sostienen tablas doradas, en las que se lee:

D. Alfonso V de León.—Cortes celebradas en 1020.

Instalación de las Cortes en 1810.—Independencia nacional.—Gobierno representativo, 1812.

Doña María Cristina, Reina Gobernadora.—Establecimiento del Gobierno representativo, 1834.

Doña Isabel II, Reina de las Españas.—Mayoría de la Reina declarada en las Cortes, 1843.

Cierra la bóveda con el plano en que se asienta la amplia

lucerna, orlada por un recuadro exterior de geométrica ornamentación, en cuyos espacios se ven bustos de ángeles, aves y flores.

El autor de la pintura de este techo fué D. Vicente Camarón, á quien se abonaron 88.000 reales por ella y por la de los techos de los cuatro escritorios inmediatos.

Dos elegantes arañas doradas, de treinta y seis luces, penden de la armadura de la lucerna. En el centro del salón hay una mesa-velador con tablero de mármol, apoyado en un eje y en cuatro sirenas aladas, que se adquirió por 3.000 pesetas en 1853.

En los cuatro ángulos se ven, sobre postes de jaspe, los artísticos bustos de los señores conde de Toreno, Argüelles, Martínez de la Rosa y Mendizábal, esculpidos en alabastro por Piquer y otros insignes artistas, y cada uno de los cuales costó 5.000 pesetas.

El pavimento, de mármoles de colores, es de escaso gusto y exige una renovación completa.

La escayola de mármoles imitados de este salón fué ejecutada por D. Francisco Poncini, y la talla de los arabescos por D. José Panuchi.

R. BECERRO DE BENGUA.

HAMLET Y DON QUIJOTE ⁽¹⁾

La primera edición de la tragedia de *Hamlet* y la primera parte del poema de Cervantes *Don Quijote* aparecieron en el mismo año, al comienzo del siglo XVII.

La imaginación se complace en evocar la imagen de los dos poetas contemporáneos, muertos en el mismo día (2), el 23 de Abril de 1616.

Todo induce á creer que Cervantes no conoció á Shakespeare; pero el gran trágico, en su retiro de Strafford, donde pasó los tres últimos años de su vida, pudo haber leído la célebre novela, traducida ya al inglés á la sazón.

¡Qué asunto de un cuadro para un artista que fuese pensador: Shakespeare leyendo el *Quijote*!

La aparición simultánea de *Hamlet* y de *Don Quijote* es significativa: estos dos tipos son las dos caras opuestas de la naturaleza humana, los dos polos del eje alrededor del cual gira.

¿No pertenecen más ó menos todos los hombres á uno de estos dos tipos? ¿No tiene cada uno de nosotros más ó menos de Don Quijote ó de Hamlet?

Verdad es que en nuestro tiempo existe mayor número de

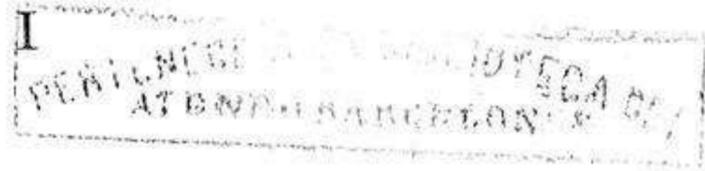
(1) Publicamos el presente artículo en cumplimiento de la oferta hecha en nuestro programa de dar á conocer en esta Revista los más importantes estudios de publicistas extranjeros referentes á España.—
(NOTA DEL D.)

(2) No aceptada en Inglaterra entonces la corrección gregoriana, el 23 de Abril es una fecha diferente en dicha nación y en España, con casi dos semanas de diferencia.—(N. DEL T.)

Hamlets que de Quijotes; sin embargo, éstos no han desaparecido por completo.

Y es que siempre habrá dos maneras de concebir el ideal: una lo pone fuera de la naturaleza humana; otra dentro de ella. O se coloca en primer término el *yo*, ó cualquiera otra cosa exterior al *yo*; y la cual se prefiere á él.

Estas dos maneras de concebir el ideal, que en la vida pueden sucederse una á otra en un mismo hombre, se han encarnado en dos tipos opuestos: HAMLET y DON QUIJOTE.



Ante todo, hay que renunciar al propósito preconcebido de no ver en Don Quijote más que el Caballero de la Triste Figura, un personaje creado con la mira de poner en ridículo los libros de caballería.

Sabido es que la importancia de este personaje se agigantó en manos de su inmortal creador; y que el Don Quijote de la segunda parte—el amable interlocutor de duques y duquesas, el sabio mentor de su escudero el gobernador—ya no es de ningún modo el Don Quijote de la primera parte de la novela, el extravagante y ridículo Don Quijote de los comienzos, para quien son los golpes el pan nuestro de cada día. Para comprenderlo, es preciso penetrar en el alma misma de la obra.

Don Quijote expresa por encima de todo la fe, la fe en algo eterno, inmutable, la fe en la verdad, en la verdad que está fuera del individuo, que no se entrega fácilmente á él, que exige culto y sacrificios, que no se da sino después de largos combates y de grandes actos de abnegación.

Don Quijote está compenetrado todo él por el amor del ideal; para alcanzar ese ideal, está pronto á sobrellevar todas las privaciones, á sufrir las humillaciones todas, á dar hasta la vida.

Por supuesto, la vida no tiene para él más que un mérito: es el medio que le permite perseguir el ideal, apoderarse de él, y hacer triunfar sobre la tierra la verdad y la justicia.

¿Qué importa que Don Quijote haya tomado ese ideal del fárrago fantástico de las novelas de caballería—este es precisamente el lado burlesco de su carácter—si ha sabido desprender la idea pura de toda mezcla y conservarla en toda su integridad?

Don Quijote encontraría indigno de él vivir para sí mismo, tomarse cuidados por su persona.

Vive por entero—si así puedo expresarme—fuera de sí, para los demás, para sus hermanos; vive para extirpar el mal, para combatir contra las fuerzas enemigas del hombre, los gigantes, los encantadores, es decir, todos los que oprimen al débil.

No hay en él huellas de egoísmo; su pensamiento nunca se encamina á sí propio. Es todo abnegación, sacrificio. En una palabra, cree, tiene fe y marcha adelante, sin echar ni una sola mirada atrás.

He ahí por qué es intrépido, paciente, y sabe contentarse con el más frugal yantar, con los vestidos más pobres. ¡Ni siquiera siente esas miserias!

¡Su corazón es humilde, grande y heroica su alma! Su devoción enternece no pone trabas á su libertad; exento de vanidades, sin embargo no duda de sí mismo, ni de su misión, ni aun de sus fuerzas físicas; su voluntad es una voluntad que nada puede quebrantar.

Esta continua tensión hacia el mismo fin da uniformidad á su pensamiento; es limitado su saber, mas no necesita aumentarlo; sabe lo que le importa saber, sabe cómo debe conducirse, sabe qué misión tiene que realizar. ¿Qué más necesita?

Puede parecer un verdadero loco, porque la realidad más palpable se funde como cera al fuego de su entusiasmo y se consume. Los muñecos de madera son temibles moros, los reconoce clara y distintamente; como toma por caballeros arma-

dos de todas armas á unos pacíficos carneros reunidos en rebaño.

En otros momentos puede parecer Don Quijote un hombre mediano, porque es lento para la compasión y tardo para el regocijo.

Y es que le resulta difícil pasar de un objeto á otro; parece un árbol secular, cuyas raíces se sumergen profundamente en el suelo, y no se le puede cambiar de sitio. No es libre de mudar de opiniones; y el temple firme de su ser moral comunica una fuerza y una grandeza particularísimas á sus ideas, á sus palabras, á toda su persona, á despecho de las situaciones grotescas y humillantes en que cae de continuo.

Don Quijote es un entusiasta, un fanático, el servidor de una idea; y esta idea le cubre con su nimbo de luz.

II

Hamlet es, ante todo, el análisis y el egoísmo; hasta es la incredulidad.

No vive más que para él; es un egoísta, y como tal no puede creer en sí mismo. ¡Sólo se puede creer en lo que está fuera y encima de sí!

No obstante, ese *yo* en que no cree Hamlet, lo tiene agarrado con fuerza en el corazón. Es un centro al cual vuelve constantemente, porque no encuentra nada en este mundo á que pueda aficionarse con toda el alma.

Este escéptico está siempre ocupado en su propia persona; piensa siempre, no en sus deberes, sino en su situación.

Hamlet, que duda de todo, no tiene piedad para sí mismo. Su ingenio es harto desenvuelto para satisfacerse con lo que en sí encuentra. Reconoce su debilidad, se flagela á sí propio con delicia, exagera sus faltas, se estudia sin cesar, penetra eternamente dentro de su alma, conoce sus debilidades hasta en

los menores repliegues, las menosprecia, se desprecia él, y á la par vive y se alimenta de ese menosprecio.

Y es que toda conciencia de sí mismo es una fuerza. De ahí la ironía de Hamlet, que forma tan brioso contraste con la fe ardiente de Don Quijote.

De ahí también las contradicciones de Hamlet. No cree en sí mismo, y sin embargo es vanidoso; no sabe lo que quiere, su vida carece de objetivo, y, no obstante, ama la vida.

Puede exclamar:

«¡Oh, que esta carne harto sólida se derrita y se evapore como el rocío!... ¡Oh, si el Eterno no se hubiese declarado contra el matador de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Cuán fastidiosos, rancios, ramplones, inútiles, me parecen todos los hábitos de este mundo! ¡Mal haya la vida; oh, mal haya! ¡Esto es un jardín inculto, donde las plantas brotan en semillero; llénanla toda cosas rudas y groseras!»

Pero se guardará bien de sacrificar esa vida fastidiosa y gastada. Piensa en el suicidio ya mucho tiempo antes de aparecersele el espectro de su padre, largo tiempo antes de ser investido con la terrible misión que ha de anonadar su voluntad ya quebrantada. Y, á pesar de todo, no se mata.

El amor á la vida transpira hasta en sus pensamientos de suicidio. Todos los jóvenes de diez y ocho años conocen ese estado de ánimo.

«Es la sangre que hierve, es la savia que se desborda.»

Sin embargo, no hay que ser severo en demasía con Hamlet; sufre, y sus sufrimientos son más dolorosos y más penetrantes que los de Don Quijote. Mientras que el caballero de la Mancha, después de haber dado libertad á los cautivos, recibe golpes de los mismos á quienes acaba de libertar, y groseros pastores le maltratan á más y mejor, Hamlet se zurra á sí mismo, se desgarrá á boca qué quierres. También él tiene una espada en la mano, la espada de dos filos del análisis.

Preciso es convenir en que Don Quijote es en absoluto ridículo. Tal vez su figura sea la más cómica que poeta alguno

haya inventado jamás. Su nombre ha llegado á ser un mote divertido hasta en labios del mujik y evoca en la memoria de todo el mundo la imagen de un personaje macilento, anguloso, de nariz muy aguileña, rígido dentro de su coraza, una verdadera caricatura del caballero, montado en un esqueleto de caballo. No se puede menos de otorgar á ese infeliz Rocinante trasijado, siempre hambriento y siempre molido, una especie de conmiseración medio jocosa, medio conmovida.

Sí, Don Quijote es risible, pero en la risa va contenida una virtud conciliadora, una expiación, de ser cierto el dicho popular: «De aquel de quien te has reído, serás servidor amigo.» Y puede añadirse: cuando te has reído de alguien, ya le has perdonado y estás cerca de amarle.

El exterior de Hamlet, por el contrario, es atractivo. Su melancolía, su tez pálida y su ligera gordura predisponen á favor suyo. Su vestido de terciopelo negro, la pluma del sombrero, los elegantes modales, su palabra elocuente y el perpetuo sentimiento de superioridad que transpira en sus discursos á pesar de todo el cuidado que en humillarse pone, todo en él nos agrada y seduce. Todo el mundo se ensancha al oirse calificar de Hamlet, y nadie se pavonea por verse apellidado de Quijote.

¿A quién se le pasaría por las mientes burlarse de Hamlet? A nadie; y eso le condena. Es imposible amarle, porque él no ama á ninguno.

Simpatizamos todos con él, porque, quién más, quién menos, nos encontramos parecidos á sus rasgos.

Hamlet es hijo de un rey, muerto por su propio hermano, usurpador éste del trono; el monarca asesinado sale de la tumba, «de las mandíbulas del infierno», para dar á su hijo la orden de vengarlo. Pero Hamlet vacila siempre, es astuto consigo mismo, se devora á sí propio con cruel voluptuosidad; y, cuando atraviesa á su suegro, este acto se debe á un accidente casual.

Este rasgo psicológico tan profundo no siempre se ha com-

prendido, y críticos de mucho ingenio, pero un poco superficiales, se han permitido motejárselo á Shakespeare.

Don Quijote es pobre, casi indigente, privado de recursos, sin relaciones, sin familia, de edad madura; y solo, entregado á sí mismo, se confiere la misión de enderezar tuertos y tomar la defensa de los oprimidos de toda la tierra, que son extraños para él.

Poco le importa que su primera tentativa de dar la libertad tenga como consecuencia acarrear dos males en vez de uno al inocente á quien quiso proteger. Así es que cuando exime á un muchacho de la corrección que su amo le impone, no sospecha que en cuanto vuelve la espalda, el amo redobla el castigo.

¡Qué le importa su yerro tampoco cuando cree combatir contra gigantes malandrines y, en realidad, acomete á los molinos de viento que son muy útiles!

El aspecto jocoso de esas escenas no debe ocultarnos su sentido profundo y escondido.

Cualquiera que, en el momento de sacrificarse, tratara de prever las consecuencias posibles de su acción y quisiera pesar su utilidad, nunca realizaría su sacrificio.

Hamlet, con su ingenio penetrante, agudo y escéptico, no puede incurrir en los burdos errores en los cuales se descarria Don Quijote. No tomará molinos de viento por gigantes, porque no cree en los gigantes; y, por otra parte, si los encontrase, los dejaría tranquilos.

Tampoco le acontecerá afirmar, como Don Quijote, que la bacía del barbero es el yelmo del encantador Mambrino, y exhibirla ante todo el mundo. Pero también podría presentarse ante sus ojos la verdad en persona, sin que lo reconociese... Diría para sí: «¡Quién sabe! Tal vez no haya Verdad, como no hay gigantes...»

Podemos sonreirnos de la credulidad de Don Quijote; y, sin embargo, ¿quién de nosotros, al examinarse con toda conciencia, se atrevería á afirmar que siempre ha sabido discernir la bacía del barbero, del yelmo del encantador?

Por eso, una sola cosa importa: la sinceridad y la fuerza de las convicciones.—En cuanto al resultado, está en manos del Destino. Sólo el Destino puede decirnos si hemos combatido contra un fantasma ó contra verdaderos enemigos, y hacernos saber con qué casco nos hemos cubierto la cabeza.

El deber consiste en tomar las armas y luchar.

III

Es interesante estudiar las relaciones de Hamlet y de Don Quijote con la muchedumbre, con el pueblo.

Polonio representa junto á Hamlet la muchedumbre, y Sancho Panza desempeña el mismo papel junto á Don Quijote.

Polonio es un viejo de capacidad, práctico, sensato, aunque sea á la vez muy limitado y muy prolijo. Manifiesta ser un excelente administrador, y es un padre ejemplar, según puede juzgarse por las instrucciones que da á su hijo Laertes en el momento de partir éste para el extranjero. Pueden compararse con las órdenes y las sentencias dictadas por la cordura del gobernador Sancho Panza en su insula.

A los ojos de Polonio, Hamlet más que loco es un niño; y si no fuese un regio niño, lo menospreciaría á causa de su completa inutilidad y de su impotencia para poner en práctica sus ideas. La escena de la nube, citada tan á menudo, viene en apoyo de esta interpretación (acto III, escena II):

«POLONIO.—Señor mío, la reina querría hablar con vos, y en seguida.

HAMLET.—Un instante. ¿Ves aquella nube, que tiene casi la forma de un camello?

POLONIO.—¡Por la misa!, en verdad que es un camello.

HAMLET.—Creo que es como una comadreja.

POLONIO.—Tiene el lomo de una comadreja.

HAMLET.—¿O como una ballena?

POLONIO.—Enteramente como una ballena.

HAMLET.—Entonces, iré al momento á ver á mi madre.»

¿No es evidente que Polonio es á la vez un cortesano que se empeña en agradar al príncipe, y un hombre razonable que no quiere contrariar á la criatura enferma y caprichosa? Polonio no cree una palabra de lo que dice Hamlet, y tiene razón. Está asimismo lleno de presunción, cree que toda la locura de Hamlet proviene del exceso de su amor á Ofelia; no cabe duda de que se engaña; pero, sin embargo, su apreciación del carácter de Hamlet siempre es exacta.

Los Hamlet son inútiles al pueblo; no le dan nada, no le conducen á ninguna parte, porque ellos mismos no persiguen un fin.

Aparte de eso, los Hamlet desprecian á la multitud: el que no se estima á sí propio, no puede estimar á los demás. Y luego, á los ojos de Hamlet, ¿vale la pena la multitud de que se ocupen de ella? ¡Es tan grosera, tan sucia! No es el nacimiento lo que únicamente ha hecho de Hamlet un aristócrata.

Sancho Panza se nos presenta muy de otra manera que Polonio. Se burla de Don Quijote, sabiendo que está loco de remate; pero abandona tres veces su país, su casa, su mujer y su hija por servir á ese loco; le sigue los pasos, aguanta por él todo linaje de vejaciones y se le manifiesta devoto hasta la muerte; cree en él, está orgulloso de él, y solloza de rodillas ante el pobre lecho mortuorio de su señor.

Esa abnegación no puede explicarse por motivos interesados, por el cebo de la ganancia. Sancho Panza tiene harto buen sentido para no comprender que el escudero de un caballero errante sólo puede conseguir golpes como recompensa.

Obedece á un móvil más alto; esa devoción tiene su raíz en aquella sublime cualidad que las turbas poseen, la de abrazar á ciegas una causa honrada y buena (¡ay! también conoce otras ceguedades), en su facultad de entusiasmarse por todo lo grande olvidando su propio interés, lo cual quiere decir en el pobre «olvidarse de lo necesario».

Esta es una gran cualidad, de una importancia capitalísima y universal. Las turbas acaban siempre por aclamar y seguir, con una fe sin límites, á los hombres á quienes comenzó por insultar á gritos y á quienes ha maltratado y maldecido más, si tienen éstos el valor de afrontar sus persecuciones, sus maldiciones y sus carcajadas de burlas, sin detener ó retardar su marcha adelante, fijando sus miradas de inspiración en una meta que sólo ellos pueden discernir; buscan siempre, caen, se levantan y por fin encuentran... Y eso es de justicia, porque el corazón es quien encuentra.

Vauvenargues lo dijo hace mucho tiempo:

«¡Los grandes pensamientos nacen del corazón!»

Los Hamlet, por el contrario, nada encuentran, no descubren nada, y sólo dejan como huella de su paso por este mundo el recuerdo de su propia personalidad; no tienen herencia espiritual que legar.

No aman y no creen. ¡Cómo habían de encontrar!

IV

Las relaciones del príncipe de Dinamarca y de Don Quijote con la mujer no son menos características.

Don Quijote ama á una criatura imaginaria, Dulcinea; está dispuesto á morir por ella. Cuando se mira vencido, derribado por tierra, bajo la lanza del vencedor, exclama: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad.» Ama con pureza, idealmente, hasta el punto de no sospechar nunca que no existe el objeto de su pasión; cuando se le presenta Dulcinea bajo el aspecto de una aldeana zafia y puerca, no da crédito al testimonio de sus ojos y declara que ha sido transformada por los maleficios de un encantador.

También hemos visto nosotros en el curso de nuestra vida más de un hombre que ha dado la suya por una Dulcinea imaginaria ó en pro de cualquiera cosa tenida por él como grande y bella y que era vulgar y torpe; y cuando ve desvanecerse el ideal ante la realidad, también él ha acusado de esa transformación á los perversos, á los malhechores, á los accidentes desastrosos, iba á decir á los encantadores.

Sí, hemos visto hombres de esos; y cuando haya desaparecido su raza, ciérrrese el libro de la Historia... ¡nada tendrá ya que enseñarnos!

No hay vestigios de sensualidad en Don Quijote; todos sus ensueños son puros y castos; hasta es permitido creer que en el fondo de su corazón no espera poseer algún día á Dulcinea, antes parece más bien temer esa unión.

¿Y Hamlet? ¿Es capaz de amar? Aquel creador tan potente, aquel profundo conocedor del corazón humano, ¿había de dar á un egoísta, á un escéptico empapado en todo el sutil veneno del análisis, un corazón amante y rendido?

No. Shakespeare no incurre en esa contradicción, y el lector atento descubrirá sin trabajo que Hamlet es un hombre sensual y hasta libertino en secreto; no sin intención se sonríe con malicia el cortesano Rosenkrantz cuando Hamlet dice en presencia suya que han llegado á serle importunas las mujeres.

En fin, el mismo Shakespeare nos declara que su héroe no sabe amar, que simula el amor, y aun así, débilmente.

En la primera escena del tercer acto, dice á Ofelia:

HAMLET.—Te amé un día.

OFELIA.—Príncipe, me lo hacías creer...

HAMLET.—No hacía falta creerlo... No te he amado...

Al pronunciar estas palabras, Hamlet está más cerca de la verdad de lo que él mismo se figura.

Sus sentimientos por Ofelia, un ser inocente y puro como una santa, son con frecuencia cínicos, por ejemplo, cuando la pide permiso para poner la cabeza en el regazo de ella. Y

para expresar su amor no encuentra más que frases redundantes y enfáticas, como cuando exclama: «¡Cuarenta mil hermanos no pueden amarla como yo! ¡Apilad sobre mí millones de montañas!»

En sus relaciones con Ofelia sólo se busca á sí mismo, no está ocupado sino de su propia personalidad. Y en ese grito de «¡Oh ninfa, ruega por mí!» no vemos más que un profundo sentimiento de su debilidad propia, de su impotencia para amar. Y la conciencia de esa debilidad es lo que le obliga á arrodillarse supersticiosamente ante «la santidad de la pureza».

V

Pero basta de insistir en los aspectos sombríos del carácter de Hamlet, aun cuando esos aspectos son para nosotros tanto más comprensibles cuanto que nos tocan más de cerca. Trate-mos ahora de apreciar lo que en él hay de humano, y, por eso mismo, de inmutable.

Hamlet encarna el elemento de la negación, ese mismo elemento que otro poeta nos ha presentado con los rasgos de Mefistófeles. Hamlet es Mefistófeles encerrado en un círculo de la naturaleza humana más estrecho; así, en el héroe de Shakespeare, la negación no es un mal y hasta lucha ella misma contra el mal. El escepticismo de Hamlet duda del bien, pero no pone en tela de juicio la existencia del mal; y emprende una guerra á muerte contra este elemento.

Hamlet duda del bien, es decir, no confía en él, no cree en su realidad, en su sinceridad, lo ataca no por ser el bien, sino porque lo toma por un falso bien, por una máscara con la cual se disfrazan el mal y la mentira.

Hamlet no se ríe con la risa endemoniada é incompasiva de Mefistófeles; en la más amarga de sus sonrisas se transparenta

la melancolía, una tristeza que nos revela sus sufrimientos y nos reconcilia con él.

El escepticismo de Hamlet no es indiferencia, y eso es lo que le da valor y alcance; el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo hermoso y lo feo, no se confunden para él en alguna cosa accidental, ciega é inconsciente.

El escepticismo de Hamlet, aunque le induce á no creer en la realización inmediata de la justicia, no le impide entregarse á una lucha encarnizada contra la injusticia y llegar á ser uno de los principales campeones de aquella verdad en la cual no puede creer por completo. Pero la negación encierra, cual el fuego, un poder devastador. ¿Y cómo mantener ahora esa fuerza dentro de los justos límites; cómo enseñarla dónde se debe detener, lo que debe destruir y lo que debo respetar, cuando estas dos cosas están unidas por un vínculo indisoluble?

Aquí es donde se descubre el lado trágico de la naturaleza humana, según se ha advertido á menudo: para obrar, hace falta la voluntad; para obrar, hace falta también el pensamiento; pero la voluntad se ha separado del pensamiento, y cada día se acentúa más ese divorcio.

«Así, el vivo color de la voluntad ingénita se borra con el pálido reflejo del pensamiento», dice Shakespeare por boca de Hamlet.

Y he aquí por qué vemos de un lado los Hamlet pensativos, conscientes, comprendiéndolo y abarcándolo todo, y al mismo tiempo muy inútiles y condenados á la inmovilidad por la propia esencia íntima de su ser; y de otro lado los semilocos de los Quijotes, quienes sólo son útiles á la humanidad y la hacen marchar adelante porque no ven más que un punto del horizonte, punto que con frecuencia no existe en realidad como ellos lo ven.

VI

Un *lord* inglés (buen juez en materias tales) declaraba á Don Quijote el modelo del perfecto *gentleman*.

Y verdaderamente, si la sencillez y las maneras tranquilas son el rasgo distintivo de un hombre de buena educación, Don Quijote tiene derecho á este título.

Es un verdadero *hidalgo*: continúa siendo dueño de sí mismo en el crítico momento en que la criada del duque, por mostrarse del caballero de la Mancha, so pretexto de rasurarle, le deja todo chafarrineado de jabón. La sencillez de sus maneras proviene de la ausencia en él, de lo que llamaremos, no presunción, sino alto concepto de sí mismo.

Don Quijote no se preocupó nunca de su persona; se respeta y respeta á los demás; no se le ha ocurrido la idea de *aparentar*. Al paso que Hamlet, á despecho de su séquito de príncipe, tiene á veces cosas de un caballero hecho de prisa, es perturbador, inquieto, impertinente á veces; se da importancia y se burla de los otros.

Pero al mismo tiempo tiene el don de expresarse de un modo original y con vigor. Esta facultad es inherente á toda persona que medita y analiza, y por esa razón carece de ella Don Quijote. Es verdad que Hamlet ha estudiado en la universidad de Wittemberg, y que su penetración y sutileza de análisis débense, en parte, á lo vario de sus conocimientos. Tiene el gusto formado y casi intachable. Es un crítico excelente: sus consejos á los actores son notables por lo exactos y chispean de ingenio. El sentimiento de lo bello es tan fuerte en él como el sentimiento del deber lo es en Don Quijote.

El caballero de la Mancha respeta profundamente todas las instituciones preexistentes, la religión, la monarquía, la no-

bleza, y al mismo tiempo quiere ser libre y reconoce la libertad ajena.

Por el contrario, Hamlet injuria á los reyes y á los cortesanos, y en su conducta se manifiesta tiránico é intolerante.

Don Quijote apenas si sabe leer, mientras que Hamlet ha debido de llevar un diario íntimo por escrito; Don Quijote, á despecho de su ignorancia, tiene ideas muy fijas acerca de los asuntos públicos, del Estado, de la administración; Hamlet no tiene tiempo de formarse opinión y no se cuida de forjar teorías.

VII

Se ha censurado mucho á Cervantes por los innumerables golpes que regala á Don Quijote.

En la segunda parte de la novela, el infeliz caballero ya no recibe golpes, según hemos hecho notar antes. Sin embargo, no debe olvidarse que esas tribulaciones de Don Quijote hacen mucho más divertido el relato, que sin eso no gustaría tanto á los niños, y á nosotros mismos se nos aparecería el héroe con un aspecto falso, pareciéndonos entonces frío y arrogante, en contradicción con su carácter.

Acabamos de decir que en la segunda parte ya no le pegan más. Sin embargo, al final, después de la derrota de Don Quijote, vencido por el caballero de la Blanca Luna, cuando el caballero de la Mancha llega á abdicar de la caballería, poco antes de su muerte, es atropellado por una manada de cerdos.

Esta escena ha dado lugar á muchas críticas, y se le ha acusado á Cervantes de repetir añejas burlas trasnochadas. Pero eso es injusto; Cervantes ha sido felicísimamente guiado por el instinto de su genio, y esa aventura burlesca encierra profundo sentido. Los Quijotes siempre son arrollados por los cerdos, y sobre todo en sus últimos momentos: es el supremo tributo que tienen que pagar al destino grosero, á los hombres

que no les comprenden y siguen indiferentes é insolentes... es la bofetaba del fariseo. Después de haberla recibido, pueden morir en paz: han pasado por todo el fuego del crisol, han conquistado la inmortalidad, y se abre ante ellos.

Hamlet puede mostrarse en ocasiones astuto y hasta feroz, como en su discurso acerca de la muerte de Polonio, á quien acaba de matar.

Por otra parte, nos vemos obligados á reconocer en Don Quijote el honrado y el justo, cierta propensión al engaño medio inocente, á la ilusión.

Lo que más enaltece á nuestros ojos á Hamlet es la amistad que le tiene Horacio. Este carácter es excelente, y para honra de nuestros tiempos, encuéntrase á menudo en nuestra sociedad. Horacio es el tipo del discípulo, tomando esta palabra en su mejor acepción. Con su carácter estoico y recto, con su corazón expansivo, Horacio tiene un ingenio un poco *corto*, siente su debilidad y es modesto, cualidad rarísima en los ingenios limitados. También es ávido de instruirse, reverencia al chispeante Hamlet y se aficiona á él con todas las fuerzas de su alma honrada, sin pedir la recíproca de su afecto. Le obedece, no por ser príncipe, sino á causa de su superioridad.

Uno de los más importantes servicios que prestan los Hamlet á la humanidad consiste en producir y desarrollar hombres como Horacio. Horacio toma de Hamlet las semillas del pensamiento, las hace fructificar en su corazón, y las difunde por el mundo entero.

Los términos con que Hamlet confiesa al valor de Horacio hónranle á él mismo, porque expresan la elevada idea que se forma de la dignidad humana, y muestran cuán altas son sus aspiraciones que ningún escepticismo ha podido extinguir.

Un escéptico pundonoroso estima siempre á un estoico. En los tiempos en que el mundo antiguo se desplomaba en ruinas, así como en todas las épocas perturbadas, los hombres escogidos echábanse en brazos del estoicismo, cual único refugio donde no quedase aniquilada la dignidad humana. Los escépti-

cos, cuando no tenían valor para partir «á ese país de donde no ha vuelto ningún viajero», se hacían epicúreos.

Es un triste fenómeno fácil de comprender y de sobra conocido.

VIII

Hamlet y Don Quijote mueren ambos de una manera conmovedora. ¡Pero cuán diferente es su fin!

Las últimas palabras de Hamlet son hermosas: se humilla, se sosiega, ordena á Horacio que viva, y levanta su voz á favor del joven Fortimbrás. Su mirada no descubre lo futuro. *¡The rest is silence!* «Todo el resto es silencio», dice el escéptico al morir, y, en realidad, se calla para siempre.

La muerte de Don Quijote sume el alma en una ternura inefable. En aquel momento supremo, salta á la vista de todos toda la grandeza, toda la significación de ese personaje.

Cuando, para consolarle, le dice su escudero que bien pronto irán en busca de nuevas aventuras: No—responde el moribundo—todo eso pasó para siempre y pido perdón á todos; «dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*.»

Esta frase es asombrosa. Ese nombre, mencionado por primera y última vez, se apodera del alma del lector. Sí; es la única palabra que conserva aún su valor ante la muerte.

Todo pasará, desaparecerá todo. Los títulos más altos, el poder, el genio que abarca todas las cosas... ¡todo caerá hecho polvo!...

«Todo lo que era grande en la tierra, se dispersa como el humo.»

Pero las buenas obras no se borrarán. Son más duraderas que la belleza. «Todo pasará—ha dicho el apóstol;—sólo quedará el amor.»

IVÁN TURGUENEF.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA



El criterio nacional, que es en puridad lo que el señor Cánovas del Castillo, en su admirable conferencia del Ateneo en 29 de Junio, llamaba el factor más importante de la opinión pública, á la cual se aventaja en nuestro concepto por lo consistente y racional, calidades que muchas veces faltan á la opinión, que suele proceder por impresiones y estallidos pasajeros, ha hecho en nuestro país tan gloriosos alardes, que sin ellos no se comprende nuestra historia, principalmente en el tiempo que sirvió de prólogo á la universal moderna. Tampoco es posible desconocer que la opinión, en determinados casos, haya influido en el criterio nacional de un modo peligroso, torciéndolo y desvirtuándolo, quizá por su misma persistencia y tenacidad, que en el espíritu de las colectividades como en el individual, la tensión excesiva no puede prolongarse mucho sin llegar al cansancio y caer en la anemia; pero cuando esto acontece, los grandes hechos y las grandes aspiraciones suelen estar ya realizadas en lo que tienen de armónico y consustancial al pueblo que las siente; y los extravíos en que al apoderarse de ellos incurre la opinión de última hora, por decirlo así, afectan, por regla general, únicamente á los detalles menudos que el criterio omite antes fatigado que imprevisor. Este, bajo tal concepto, presta á las grandes evoluciones históricas la sustancia, mientras la opinión les da la forma.

Al terminar el siglo décimoquinto, por ejemplo, España se creyó con razón llamada á representar una nueva Edad de

Oro más gloriosa y más positiva que la soñada por los poetas clásicos, y tenía la conciencia de que los nuevos caminos abiertos por ella á la humanidad en el espacio y en el tiempo, sin su esfuerzo y su inteligencia, volverían á ser prontamente bosques bárbaros de bárbaros guarida. En efecto, sin la tenacidad heroica de la raza ibérica en contener el avance de los mahometanos sobre Europa, en ensanchar los horizontes de la civilización por América y Asia, y en modificar y dirigir por último los elementos disolventes que el Renacimiento entrañaba, probablemente esa civilización no existiría, por carecer las otras naciones continentales del espíritu de sacrificio, de la santa vocación al martirio que nos había inspirado una lucha siete veces secular por la nacionalidad y por nuestra fe religiosa.

De siete siglos los sangrientos soles,

que cantó Zorrilla con hermosa frase, nos habían calentado el corazón y educado la inteligencia, para concebir y realizar las obras más maravillosas. Por nueva y providencial maravilla coincidió este suceso con el más grande que ha presenciado la humanidad, desde la venida de su Redentor al mundo, y con el imperio de unos monarcas que, comprendiendo la grandeza de su misión, empezaron por educar al pueblo para sus nuevos destinos. Y fué en verdad sorprendente el espectáculo que entonces presentó ese pueblo, al salir de su letargo histórico y de su aislamiento forzado como la Minerva de la fábula, armado con todas las armas que la nueva lucha homérica requería. Abrióse, por decirlo así, todas las venas de su alma para fecundar todas las grandes ideas, todos los grandes principios encarnados en el torbellino de la nueva era, y al propio tiempo en génesis interminable, creó cuantos instrumentos humanos iban á hacerle falta, capitanes para la guerra, navegantes y conquistadores para el Nuevo Mundo, teólogos para los concilios, maestros para las cá-

tedras, reformistas para las Ordenes religiosas, políticos para los Consejos, poetas y escritores para difundir el verbo nuevo, y, en fin, madres y familias cristianas para mantener incorrupto é inagotable aquel venero de producción genesiaca que nunca será explicado por causas naturales, sino por la intervención de la Providencia, visible, notoria, casi material.

Ni esbozar siquiera tan hermoso cuadro es hoy nuestro propósito, que requeriría mayor palenque y estudio, limitándonos á ligeras indicaciones sobre las causas que produjeron en la raza española, entre otras calidades nuevas, un espíritu de expansión y proselitismo de todo punto antitético á las anteriores tendencias nacionales; y similar en cambio á la modesta crisálida, que encogida y aprisionada largo tiempo en su capullo, al sentirse mariposa por virtud de la primavera, sácala inmediatamente al sol irresistible instinto de lucir sus galas que á ella misma la sorprenden y enamoran, matizando el espacio con reflejos y cambiantes, en que la luz se quiebra con diminutos arco-iris. Humilde también, aunque no menos bella que la mariposa, es esa faz que vamos á estudiar nosotros del espíritu de expansión que se despertó en España, al sentirse con alientos para traspasar sus fronteras, faz relacionada con un género de literatura popular de que fuimos inventores y maestros.

Las gestas y romances de trovadores y juglares, ahogados en los castillos, desvanecidos en la plaza pública, donde apenas se dignaba la tradición oral recogerlos, sintieron al advenimiento de la imprenta, aquella necesidad de nueva forma que aquejaba á los elementos sociales del tiempo, adivinando que los moldes de Guttenberg daban perpetuidad á la palabra escrita y á las ideas resonancia y eco por todos los ámbitos del mundo. Entonces las gestas y romances se convirtieron en *Relaciones* y papeles volanderos, que ensanchando poco á poco su esfera de acción, en cuantas interesaban á los pueblos solían tomar parte, viniendo á ser como páginas diarias de la historia universal, que á la sazón estaba tejiéndose.

Cuando sea conocido el inventario de esta riqueza nuestra, que formó un erudito empleado de la Biblioteca Nacional, y obtuvo el premio de bibliografía en el certamen de 1865, sobre poder apreciarse el verdadero tesoro que constituye, proporcionará á la historia muchos elementos de que hasta hoy ha carecido en España, principalmente esa iluminación interior, por decirlo así, que pone de relieve los matices, el claro oscuro, el sentido interno de las épocas, los sucesos, los personajes y las costumbres.

La primera muestra de gallardía que en el corazón de Europa hizo la España de los Reyes Católicos, tuvo por ocasión aquel doble enlace con la casa de Austria, cuyos frutos maravillosos iban á influir por manera tan decisiva en el próximo siglo xvi. Nuestros príncipes doña Juana y D. Juan, los mejores partidos de Europa á la sazón, se habían casado por poderes en Valladolid, con Felipe y Margarita, hijos de Maximiliano, electo emperador y rey de romanos. A ratificar el matrimonio por su parte, salió nuestra princesa del puerto de Laredo, en 22 de Agosto de 1496, con la más hermosa flota y la más tierna despedida que hasta entonces se habían visto, pues las mismas playas cantábricas se enternecieron con los sollozos de su triste madre doña Isabel la Católica, que había dormido á bordo las dos últimas noches con doña Juana para animarla á tan peligroso viaje, que entonces, á la verdad, en corazones muy viriles ponía pavora, cuanto más en una niña de diez y siete años. Aquella misma escuadra debía de traer á la princesa Margarita á los brazos del príncipe don Juan, su esposo.

Gobernábala como su capitán general el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez. Ciento veinte navíos de alto bordo, muy bien aderezados y provistos, según documentos

de Simancas, que extracta el Sr. Rodríguez Villa en su hermoso libro *Doña Juana la Loca*, trasportaban 15.000 hombres de guerra, mandados por D. Sancho de Bazán, amén de un cortejo lucidísimo, donde por camarera mayor iba la condesa de Camiña, doña Beatriz de Távora; por dueñas de honor doña María de Velasco, madre del almirante, doña Ana de Beamonte, hermana del condestable de Navarra y doña María de Villegas. Número y calidad de las simples damas, helos aquí ahora: doña María de Aragón, hija del condestable de Navarra; doña Blanca Manrique, sobrina del duque de Nájera; doña María Manuel, hija de D. Juan Manuel, favorito después asaz funesto del archiduque; doña María Manrique; hija de D. Pedro Manrique y sobrina del conde de Osorno, doña Francisca de Ayala, doña Aldara de Portugal, doña Beatriz de Bobadilla, sobrina de la marquesa de Moya, y doña Angela de Villanova. Los oficiales altos y bajos para el servicio de la princesa eran asimismo no pocos, y para el de su alma llevaba al obispo de Jaén D. Luis Osorio, siendo su capellán mayor D. Diego de Villaescusa, maestro en sagrada Teología.

La admiración que este viaje causara en Europa demuéstrase llanamente con el hecho de haber abandonado el puerto de Midelburgo en Zelanda ochenta naves bretonas, por temor al encuentro con las nuestras. El desembarco en Rotterdam duró cuatro ó cinco días, á pesar de haberse perdido en el Monje, uno de los bancos de Flandes más famosos, la carraca que conducía al camarero de la archiduquesa, con una gran parte de la recámara y un caudal de joyas de las damas de la corte. El obispo de Jaén murió por el camino

No obstante la tibieza de carácter de Felipe el Hermoso, que tardó muchos días en reunirse con doña Juana, excitando ya las pasiones de ésta en grado excesivo, hiciéronla en Amberes pomposo recibimiento, al decir de las historias, que aun así no debió de ser digno del que preparaba España á la princesa Margarita. Documentalmente constan al mismo tiempo

tales tacañerías de aquella corte que parecerían increíbles sino estuvieran con hechos justificadas, como el de haberse muerto de hambre y frío más de nueve mil personas de las que fueron con doña Juana. Tenía el emperador Maximiliano el triste apodo de *Poco dinero*, según la *Historia del siglo XVI*, que escribió el protestante M. Durand, y así el padre como el hijo el más apático y ruin carácter, por lo cual desde el primer día antipatizaron españoles y austriacos en tanto grado, como era decreciente y á vista de ojos desatinado el amor de doña Juana á su hermoso marido. Más que rendida sierva de su pasión, ni curaba de las quejas de los españoles, ni del arreglo de su misma casa, de cuyos cargos fueron éstos desposeídos con más violencia que maña; y si alguna intentona hizo por ventura su dignidad de mujer, debió de serle contraproducente, pues escribían de allá á los Reyes Católicos de secreto, estar *la señora tan atemorizada que no puede alzar cabeza*. Consta igualmente que á sus indicaciones respecto á la paga de su servidumbre, le respondieron que «más se debía á los naturales de la tierra que á los suyos». ¿Qué mucho si sus amorosos padres los reyes de Castilla, se vieron muy pronto precisados á reclamar enérgicamente el cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales, que en punto á las urgencias femeninas de doña Juana andaban completamente desatendidas?

Fr. Tomás de Matienzo, uno de los mensajeros secretos de que hemos hablado, y que por cierto fué de la princesa mal recibido, la notó cierta tibieza para sus amores de España y aun para sus mismas prácticas religiosas, atreviéndose otro Padre llamado Fr. Andrea, cuyo escrito se conserva en Simancás, á aconsejarla que no entregase su conciencia á frailes franceses, como uno á quien «había dado treinta florines para hacer buenas xiras por esos bodegones de París». En suma, añadía el P. Matienzo, en *esta tierra más honra fazen por el bien beber que por el bien vivir*, y en cuanto al pan nuestro de cada día, ni á los embajadores ni á los obispos se lo daban, según

otro corresponsal de los Reyes Católicos, *ni á hombre alguno del mundo*.

Aun así, las galantes musas españolas, que pugnaban por secundar el movimiento de expansión de la raza ibérica, tomando en los sucesos del mundo el puesto principal que nos correspondía, iniciaron aquella serie de coplas, romances y relaciones, que los juglares, los ciegos y los soldados iban á popularizar, enseñando á Europa un nuevo género de literatura, venero inagotable de la historia, madre del moderno periodismo, al cual se adelantó solícita para morir en sus brazos desnaturalizada. El más raro incunable que de este género existe, es un papel de cuatro hojas á dos columnas en 4.º, letra de Tortis, sin lugar ni año de impresión por supuesto, aunque pudiera ser de Burgos y de Fadrique de Basilea; papel así titulado (con las abreviaturas propias de aquel tiempo, que en gracia á los lectores suprimimos en su mayor parte).

Coplas fechas

sobre el casamiento de la hija del Rey de España

con el hijo del emperador

duque de Bergoña (sic)

conde de Flandes, archiduque de Austria (sic).

Son treinta y una coplas, de las cuales sólo conocemos la primera, que es la que citan los bibliógrafos que han examinado este rarísimo documento. Dice así:

Altos reyes poderosos
por mano de Dios ungidos
tan discretos animosos
justicieros piadosos
nunca vieron los nacidos
perdoná los mis sentidos
pues tomaban tal empresa
caballeros muy lucidos
del imperio son salidos
por casar la archiduquesa.

Después de narrar las justas y torneos que en España se habían hecho á los embajadores de Maximiliano cuando vinie-

ron á ajustar las bodas de los príncipes Felipe el Hermoso y Margarita con los nuestros, refiérese que doña Isabel acompañó á su hija hasta Laredo, y algo se dice también de los festejos con que en Flandes fué la princesa doña Juana recibida.

Allá no se cuidaron de hacerlos públicos por la imprenta, ni se imitó esta nueva moda española hasta más adelante, como veremos.

Análogo contraste se observa en el recibimiento y trato que tuvo en España la infanta Margarita, la cual llegó á Santander con la escuadra el 8 de Marzo de 1497, por haberse perdido mucho tiempo en Flandes esperando los bonancibles. Corrieron inmediatamente á su encuentro D. Fernando el Católico y el príncipe D. Juan con la flor de la caballería española, viniéndose luego todos juntos á Burgos, donde esperaba la reina Isabel para celebrar las bodas, que fueron tales, que no sólo se justificó otra vez más el *caput Castellae*, reuniéndose allí la primera nobleza de Castilla, sino que hasta los diputados de Aragón y Valencia acudieron á Burgos por orden expresa del Rey Católico, á besar la mano á la princesa austriaca.

Siguiendo el ejemplo dado con ocasión del de doña Juana, la musa española celebró este casamiento con otro papel no menos raro, que registró el P. Méndez en su *Tipografía española*, habiéndolo poseído también el marqués de la Romana en su selecta librería, hoy de la Biblioteca Nacional, donde ya no se encuentra. Helo aquí:

Obra hecha por

HERRANDO VAZQUEZ DE TAPIA

escribiendo en suma algo de las fiestas y recibimiento que se hicieron al tiempo que la muy esclarecida y excelente Princesa nuestra Señora doña Margarita de Flandes, hija del emperador Maximiliano desembarcó en Santander, y asimismo de cómo fué festejada del señor Condestable de Castilla y de cómo vinieron el rey y príncipe nuestros señores á su alteza. E de como el reverendísimo señor Patriarca en un lugar que se dice Villasevil (valle de Toranzo) tomó las manos al príncipe y princesa, y de cómo llegaron todos juntamente sábado de ramos á la ciudad de Burgos adonde los príncipes nuestros Señores fueron suntuosamente recibidos. E de las fiestas solenes que en su casamiento se hizieron, que fué luego lunes de quasimodo.

Hay algún dato de que se imprimió en Sevilla en el mismo

año de 1497 este papel gótico, cuyo simple título es una página de historia cándidamente detallada. Fórmanla 152 octavas de arte mayor, según Méndez, que principian

Quando en este mundo lanzados nos vemos

y describe las grandes fiestas que hizo á la princesa el conde de Haro al recibirla en Santander, las músicas, danzas, toros y juegos de cañas, que le dedicaron, en Burgos el concejo y en Valladolid el duque de Alba, así como Salamanca y Medina del Campo otras solemnidades. Ofrece esta relación la curiosa circunstancia de ser un verdadero símil de Heráclito y Demócrito, símil á su vez de la existencia humana, pues alcanza hasta la prematura muerte del príncipe D. Juan, por lo cual tiene tanto de elegía como de epitalamio. Antes que ella debieron de llegar á la imprenta otras *coplas*, quizá del mismo autor que hizo las del *casamiento de la hija del rey despaña*, el cual las tituló ahora

COPLAS

*fechas a los altos estados
de los reys (sic) nuestros señores
de como salieron á misa con el alteza
del muy alto príncipe et princesa despaña
et de los caballeros que con sus altezas
salieron.*

Cuatro hojas de letra de Tortis, sin lugar ni año de impresión, dedicadas principalmente á describir el brillante acompañamiento que llevaron los príncipes á su velatorio.

las altezas superiores
hazen grand ayuntamiento
duques grandes y señores
de sus reynos los mayores
para el alto casamiento.



Esta relación, según hemos indicado, no alcanza á la muerte del novio, aunque fué tan inmediata casi como primer cambio de la luna de miel.

Igualmente se conserva inédita una lista de los regalos de boda, con título de *Memorial de las joyas, collares, tapezerias é camas de brocados e de todas las otras cosas y plata que se han dado á la señora princesa por sus altezas y por el señor príncipe en Burgos*. Con esto, y con el *Libro de la cámara del príncipe D. Juan*, que dejó manuscrito Gonzalo Fernández de Oviedo, y ha publicado en nuestros días la Sociedad de bibliófilos españoles, libro que es un verdadero inventario de la casa que en Salamanca habían puesto al príncipe sus padres, puede formarse cabal idea de la magnificencia con que se estableció el joven matrimonio.

Más notable acontecimiento fué por sus consecuencias para el mundo y para España, el que ocurrió en Gante á 24 de Febrero de 1500, con venir á la luz de la vida un príncipe austro-español, que recibió en la pila bautismal el nombre de Carlos, duque de Luxemburgo, y por la opinión pública la designación para muy altos destinos por hallarse la descendencia de los Reyes Católicos, por extraña fatalidad perseguida. A los pocos meses de casado había muerto en flor el príncipe D. Juan, dejando á doña Margarita de Austria con un fruto en el vientre, que también malogró la mala estrella, teniendo que volverse la triste princesa austriaca á su país más agradecida al nuestro y á nuestros reyes que á su fortuna. Recayó, pues, la sucesión á la corona en la princesa Isabel, hija mayor de la Católica y de Fernando de Aragón, la cual, de su segundo casamiento con D. Manuel de Portugal, había tenido un hijo que le costó la vida tan instantáneamente, que ni el dolor dió tiempo á la alegría, ni los pueblos acertaban á feli-

tarse ó entristecerse. Este príncipe hispano-portugués, á quien se puso por nombre Miguel en su bautizo de Zaragoza el 4 de Setiembre de 1498, era, pues, legítimo sucesor al trono cuando nació en Gante D. Carlos, cuyo padre y abuelo, más ganosos de los bienes de fortuna que de la paz de la familia, habían hecho visibles esfuerzos, á la sazón temerarios, para que en el niño gantés recayese el principado de Asturias contra las leyes de Castilla y el voto de las Cortes. La muerte iba á colmar su ambición bien pronto, llevándose del regazo de su abuela al príncipe D. Miguel, en Granada á 20 de Julio de aquel mismo año, acabando de amargar la triste vida de aquella dama incomparable, juntamente con sus altos propósitos de unificar toda la raza ibérica, poniendo á España y Portugal bajo un solo cetro y una sola mano. ¡Misterios del destino, que desviaba á la civilización moderna del cauce trazado por una mujer digna de los tiempos bíblicos, para llevarla por otro quizá más brillante y espléndido, pero de seguro menos sólido y patriarcal!

Bien que el niño portugués fuera endeble como su madre, bien que la inteligencia privilegiada de la reina católica leyese lo porvenir, es el caso que más de un cronista, y entre ellos Galíndez de Carvajal, aseguran que por haber nacido Carlos de Gante el día de San Matías, lo tuvo su abuela y disputó desde luego por rey de España futuro, habiendo dicho á su esposo D. Fernando al recibir la noticia: «Tened por cierto, »Señor, que este ha de ser nuestro heredero, y que la suerte »del reino ha caído en él como en San Matías para el aposto- »lado.» Acordábase, en efecto, de que en la Sagrada Escritura se cuenta que aquel apóstol lo fué por elección.

Ya esta vez se impuso á la cicatera corte de Maximiliano la bizarría española, haciéndose á D. Carlos un bautizo digno de Valladolid ó Burgos, quizá comprendiendo que de lo contrario las *Relaciones* españolas iban á dejar á la casa de Austria muy al descubierto. Ya había regresado á Flandes la viuda Margarita, asombrando á todos con la relación de los

obsequios que había recibido en Castilla, y muy principalmente con las joyas y preseas que llevaba en memoria de sus suegros y su difunto esposo. Tan satisfecha iba, que pleiteó mucho porque se pusiese al recién nacido el nombre de Juan. Igualmente fué curiosa la discusión que hubo después de bautizado, «como se llamaría por nombre de dignidad», según escribió á los Reyes Católicos el obispo de Astorga, que lo era ya aquel teólogo Villaescusa que había llevado la princesa por confesor; «porque el primogénito desta casa (dice) se suele llamar conde de Charloes e señor de Betuna; y así se llamó el duque Charles, y porque ahora el archiduque es mayor que sus antecesores, acordaron que se llamase Duque. Algunos querían que se llamara duque de Borgoña, y porque á otros pareció que sería escandalizar á Francia y aun porque pareció más honroso el título en que no fuese sujeto á algund Rey, finalmente se acordó de le llamar Duque de Lucemburch».

En la colección de Salazar, que forma parte de la biblioteca de la Academia de la Historia, hay una curiosísima relación así rotulada por quien no entendía otro francés que el que chapurraba el vulgo:

*La forma que se tovo
en el baptismo de mossior de lucenburch*

Así la portada. La cabeza á su vez dice:

*La forma que se tovo
en el baptismo del excelente principe charles
fijo de los illustrisimos príncipes y señores
philipe e iohana
archidukes de austria duques de borgoña
en la villa de gante de la diocesi de tornay
sabado syete de marzo de mill e quinientos años
es la siguiente*

Esta relación fué remitida á nuestros reyes por el obispo Villaescusa, y alguna otra por el estilo corre extractada por Jerónimo Zurita, en sus *Anales de la corona de Aragón*.

Desde el palacio de los duques hasta la iglesia de San Juan, estaba el tránsito, que es de unos trescientos pasos, barreado y cubierto de tapices, con 1.250 candelabros portátiles y ciertos arcos ó puertas de vistoso adorno, llamadas de la Sabiduría, de la Justicia y de la Paz, por las figuras simbólicas y tarjetones que ostentaban. Pequeños arcos laterales ostentaban á su vez sendos escudos de los heredamientos que al recién nacido esperaban, y que copiamos en el lenguaje de la época: «Duque de Borgoña—de Lotric—de Bravante—de Lenburch—de Gueldres—conde de Flandes—de Artoes—de Borgoña—Palatin de Henaute—de Holanda—de Zelanda—conde de Namur—de Zuitfen—marqués del Santo Imperio—señor de Frisa—de Salinas é de Malinas»; escudos propios del archiduque; luego venían los del abuelo, rey de romanos, á saber: «Xili—Cesat—Hasburch—Tirol—Carinte—Carniole—Estiere—Altarixa—Orlenburch—Neleburch—Portenan—Terenci—Tarrreta—Hiburch—Burgami—Esclavonia y Estule.»

Aun siendo importantes algunos de estos Estados, eran en realidad más ruido que nueces, para el niño que cinco meses después podía añadir á esa nómina: «España y el Nuevo Mundo.» Una sola alusión se hacía á esta eventualidad, que copiaremos de la relación al pie de la letra: «Poco adelante, quasi x pasos, estaba un castillo de madera é en medio de él una torre de quatro puertas abiertas é debaxo de la torre una donzella con un leon en la falda, que son la devisa de Gante. En lo alto, en las dos esquinas, havia dos escudos de armas de España, é entre los dos escudos unos versos que dezian: *Ecce nouam januamque domum quam cernitis omnes, haec est illa potens burgundi principis aula.*»

Sin las antorchas fijas en el tránsito, ni las que sacaron los vecinos, que serían más de cuatro mil, y sin las iluminaciones de las torres de San Juan y San Nicolás, había otra maravillosa desde esta última torre á la de la Casa de la villa, por haberse tendido entre ambas una como puente de maromas, de las cuales pendían tantas linternas y faroles como si estu-

vieran las dos torres unidas por un balconaje aéreo é incendiado. Es curiosa la forma que se había tenido en anunciar al pueblo de Gante y á sus cercanías el nacimiento del príncipe, que fué colocar sobre el más alto de estos campanarios un gran barril lleno de resinas y materias combustibles, al cual, en el momento oportuno, se le pegó fuego que de muchas leguas se veía.

El bautismo se verificó entre siete y ocho de la noche. Abría la marcha el concejo de Gante, que «se llaman husieres, secretarios, schavines é burgometres é balio» (bailío) con sendas hachas encendidas. En igual manera seguían los gentiles-hombres del Archiduque, en número de unos sesenta. El Consejo de Flandes, precedido de sus maceros, el canciller de Borgoña y el Consejo privado del Archiduque, precedían, con sus correspondientes hachas encendidas, á la clerecía con riquísimas vestiduras y á los heraldos y reyes de armas que acompañaban seis trompetas y ocho farautes. Finalmente, á los grandes de Borgoña, portadores de los utensilios para el bautismo (salero, toalla, aguamanil, etc.), seguía un palanquín que la relación llama «sylla en los ombros de cuatro hombres», cubierta de brocado, y en ella madama Lagrande con el niño en los brazos, envuelto «en una mantellina de brocado rico, enforrada de armiños». A su lado la princesa viuda de Castilla, que iba á ser la madrina, «con el manto é tocado castellano», cerrando el cortejo buen golpe de caballeros con sus luces encendidas en las manos.

Ministrado el sacramento por el obispo de Tornay, cantóse el *Te Deum* con gran solemnidad, echándose al pueblo monedas al grito de ¡largueza! ¡largueza! (¿en castellano?), y la comitiva tornó á palacio por el mismo camino. Al día siguiente hubo una justa en que fué mantenedor el Archiduque con tres caballeros casados, lo que sin duda advierte la relación para añadir que los aventureros fueron veintidós «no casados». Concluye ésta con la observación siguiente: «El día que nació este Señor, que fué vigilia de santo mathia apóstol, el

pueblo folgó é no hizo obra alguna, é en la noche ovo muy grandes fogueras y grande alegría; y en todas estas fiestas la mayor ganancia fué de los taberneros.»

Por manera tan caballeresca y suntuosa iniciáronse las manifestaciones de la influencia de España fuera de España, y la conversión de la corte de Maximiliano *poco dinero* en la más espléndida y concurrida de Europa, merced á aquel niño que venía á realizar las aspiraciones de un gran pueblo. Representaba el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo un cambio de postura de la humanidad preñado de misterios y conflictos, por coincidir con otras evoluciones sociales no menos preñadas y peligrosas, como el desarrollo de la imprenta, el neo-paganismo del Renacimiento en los estudios, que aspiraba claramente á una reforma religiosa, la creación de los grandes ejércitos y del arte de la guerra, el espíritu, en fin, de expansión y propaganda, que en el orden moral se daba la mano con la andante caballería y en el material engendraba el mercantilismo con sus envidias, concupiscencias y malas pasiones, capaces de anticipar cuatro siglos el caos en que hoy se mira el mundo envuelto. Los Reyes Católicos, que habían sentido brotar bajo su mano estos gérmenes antinómicos de grandeza y disolución, habían educado un pueblo con aptitud para manejarlos y dirigirlos, y ese pueblo necesitaba un representante que se diera á su vez la mano con los Césares de la antigüedad, con los caballeros de la Edad Media y con los pensadores del mundo moderno.

¿Cómo pudo nacer tal hombre de una neurótica como doña Juana la Loca, y de un calavera insustancial como Felipe el Hermoso? ¡Curiosa materia de estudio!

V. BARRANTES.

CRÓNICA INTERNACIONAL

La Encíclica del Papa. — La entrada del sultán Abdelazis en Fez y en San Juan de Luz del pretendiente D. Jaime. — La Cámara de los Lores y el presupuesto de los radicales. — Debates sobre las leyes contra los anaquistas en la Cámara francesa. — Conflicto con la prensa. — Proyectos de reconciliación entre Francia é Italia por la presencia del escritor Bonghi en París. — Observaciones acerca de un internacional acuerdo para combatir el anarquismo. — Los terremotos de Constantinopla. — Las nuevas conquistas de Italia en el desierto. — Reflexiones. — Conclusión.

I

H *abent sua fata libelli.* Tienen los escritos su hado correspondiente, su buena ó mala suerte. Pocos tan excelsos, ¿qué digo pocos?, ninguno de los recién publicados, como la postrer Encíclica dictada por León XIII. Y, sin embargo, habiéndose difundido en los días de la cruel muerte de Carnot, no despertó en Europa todo el interés que merecía tan sublime documento. Leyéndolo, no sabe uno qué admirar más en su contexto, si lo clásico de la forma, ó lo profundo de la idea. Escribe León XIII la lengua latina como si fuera su lengua maternal. Así, corre fluida con una sencillez y naturalidad tan extrañas, que la tomariais por lengua viva hoy bajo su diestra pluma. Cuando uno lee los difusos y artificiales humanistas del Renacimiento, nota que se han puesto sus mejores vuelillos de veneciano encaje, para extraer con estilete áureo esmaltadísimo de un tintero cince-

lado por Cellini, parrafadas un tanto enfáticas, que tienen su correspondiente calco en magistral arenga de Cicerón ó en épico capítulo de Livio. Pero León XIII parece Horacio en prosa, por la nitidez del estilo diáfano y la propiedad del vocabulario selecto. Correctísimo sin rebusco, elocuente sin esfuerzo, razonador sin sequedad, metafísico sin oscuridades, teólogo sin argucias, quedarán las obras maestras suyas en el acerbo eclesiástico de este siglo, como insuperables modelos de bien decir, en los que á una muy armoniosa proporción arquitectónica externa se une con sabiduría el interno enlace de los pensamientos sistematizados con matemático rigor. En cuanto al fondo, la Encíclica encierra una trascendental idea, que, sembrada no más, y lejanísima de sus germinaciones, puede servir de levadura en los progresos futuros á los pueblos, para compenetrar el alma ó vida de cada cual con las otras, respirando la idea de humanidad, y unirse así á Dios, en cuanto cabe, reconociendo su propia unidad como un reflejo de la unidad divina. El Papa se dirige á los pueblos orientales y les recuerda cómo profesan el credo fundamental de la Iglesia católica en sus dogmas, y cómo fueron con esta Iglesia en comunicación continua durante los tiempos más gloriosos de su historia secular. Y con efecto, si bien el Cristianismo se contiene todo entero en la revelación cristiana llamada Evangelio, cuya más genuina representación se halla en la Iglesia romana, imposible se desconozca, ni aun por los más ortodoxos, que, merced á su reconocida universalidad, encierra y contiene cuantos caudales de ideas fluyera en su desarrollo, por un tiempo, análogo en grandeza, no en duración, á la misma eternidad, el humano espíritu. Jerusalén dió al Cristianismo la teología y la moral; Atenas, y sus discípulos inspirados, los maestros alejandrinos, dieron al Cristianismo su metafísica; Roma su derecho, su organización, su poder, el Estado que remata y dirige toda sociedad, como su necesaria cabeza. Los Padres de la Iglesia más elocuentes y más profundos griegos son ; y en la serie de Concilios orientales, que se dilata desde

el primero de Jerusalén hasta el ecuménico de Nicea, se fija y se concreta y se formula el dogma católico, tal como está en el símbolo de griegos con latinos, según reza y predica nuestra fe. Recordando León XIII las palabras de San Agustín, al recomendar en lo necesario la unidad y en lo discutible la variedad, promete á los cristianos de Oriente una seguridad completa de guardar su liturgia y sus especiales tradiciones, con tal que reconozcan ellos, cual antes de Focio, un solo dogma y una sola cabeza en la Iglesia universal. No se ocultan á León XIII las dificultades, por la naturaleza misma de los pueblos á quienes promete todo esto en su efusión, opuestas al divino pensamiento de unidad. Pero late un deseo tan intenso de paz en las entrañas de toda la grande sociedad cristiana, que palabras caídas desde una cúspide, al cielo tan cercana, como la sede primera del Catolicismo, deben resonar como un divino reclamo en todos los corazones, y acercarlos al fin del odio que precederá seguramente al fin de la guerra, si ha de ser nuestro planeta ensangrentado y oscuro como un reflejo etéreo del cielo creador.

II

Tenemos tal necesidad de este bien divino, de la reconciliación universal, que, viendo desaparecer un síntoma de guerra en cualquier horizonte, descansamos, como si del aire se fuera un miasma de peste ó del suelo un amago de terremoto. Dos viajes, á primera vista muy dispares, y sin embargo con relaciones y analogías entre sí, hannos traído ahora un soplo de paz. Me refiero á la entrada del sultán Abdelazis en Fez y á la entrada en San Juan de Luz del pretendiente D. Jaime.

Los españoles no tienen más que un factor de guerra extraña, el imperio marroquí; no tienen más que un factor de guerra civil, el partido carlista. Nosotros podemos reirnos de cualquier amenaza perturbadora mientras las provincias del Norte se hallen serenas y tranquilas, como de cualquier complicación extraña mientras no se remueva y agite Marruecos. Vecinos en el Nuevo Mundo á pueblos de libertad y de trabajo, no de guerra y conquista, como los pueblos asentados en el golfo de Méjico, y en el Norte y en el Centro de América; vecinos en el Viejo Mundo á pueblos como Francia y Portugal, sabedores de que por nada les agrediremos nosotros y de que nadie nos arrancará nuestra deliberada y consciente neutralidad, no tenemos puntos vulnerables más que las plazas de Africa, rodeadas de tribus belicosas, las cuales nos detestan en el fondo de sus almas y continuamente nos asedian. Algo parecido en lo interior. Por fuerza, ó por convicción; haciendo de la necesidad virtud, ó alcanzando como aparecen el orden y la libertad consustanciales ya; todos los partidos, inspirados en el espíritu moderno, se van recluyendo cada día más en el seno de la legalidad, y apartándose de aquellas tristes conjuraciones en busca de pronunciamientos, difíciles hoy, si no imposibles, por la proclamación y ejercicio de todos los derechos, por la disciplina cada día mayor de nuestro ejército y la profunda calma de nuestras liberales muchedumbres. Sólo queda una tea humeante, sólo vibra un arma todavía desnuda, sólo se oye un resuello de odio, aumentado por la desesperación, en las terribles reservas carlistas, capaces de abortar aún otro cura Santa Cruz que nos diezme, y dejar desde las montañas de Olot á los abismos del Enguzquiza montones de cadáveres que recuerden los degüellos asiáticos y los sacrificios humanos. La entrada de Abdelazis en Fez nos promete que por ahora no debemos temer nube preñada de guerra en lo exterior, como el ignorado viaje de D. Jaime y su entrada en San Juan de Luz que por ahora no debemos temer nube preñada de guerra en lo interior. Un sultán marro-

quí penetrando sin resistencia en Fez, y un pretendiente legitimista recorriendo los dominios de sus pretensiones sin conmoción alguna, dicen cómo no será nuestra patria víctima de la mayor plaga que ha sufrido en todo tiempo, de la guerra. Mohamed, el hermano preterido por su padre, muerde ahora el polvo al freno de Abdelazis vencedor, como el pretendiente Jaime observa que no habrá fuerza humana bastante á retrotraernos al comienzo del siglo y obligarnos á que respiremos en atmósferas inferiores, después de haber diluido por nuestras venas el oxígeno de la libertad. Así es que los dos viajes, el viaje de nuestro enemigo natural externo, Abdelazis, y el viaje de nuestro natural interno enemigo, D. Jaime, nos prometen un período de paz que debemos aprovechar, como tantas veces he dicho, en bien de nuestros progresos económicos y en aquistamiento de una mejor administración.

III

Felices los pueblos que no tienen pretendientes á la jefatura del Estado, y que van, bajo leyes amplias y por el fácil camino de su progresiva legalidad, al derecho plenísimo y á la democracia pacífica. Tal Inglaterra. Por más resistencias que opongan los torys al progreso de Irlanda, y por más ingratos que los irlandeses puedan mostrarse con sus libertadores, como el ilustre Morley, ardiente partidario suyo en el gobierno, á quien han dado estos días un gran disgusto, no puede negarse que todo progresa por el método evolutivo, y que habrán de progresar también los principios de autonomía irlandesa, sin menoscabo, ni detrimento, ni peligro alguno, de la unidad nacional. Cuando una causa cuenta con estadistas como el re-

flexivo Rosebery, con oradores como el afluente Morley, con hacendistas como el consumado Harcourt, con mayorías tan disciplinadas como las que mantiene al ministerio progresista, y con hábitos de jurisprudencia parlamentaria como los arraigadísimos en Inglaterra, no hay nada que temer por el progreso; podrá pararse ó detenerse alguna vez, no podrá jamás interrumpirse. Ahora lo vemos en la cuestión del presupuesto. No le han tocado buenos tiempos al ministro de Hacienda. Gastosos y pródigos de suyo los torys con la Marina y su presupuesto, han tenido los liberales que pagar en su tiempo y gobierno tales despilfarros y que cubrir un déficit abierto por anteriores dispendios, encaminados á mantener numerosas armadas, cuyos mayores barcos corren como enigmas pavorosos á una sobre la superficie del mar, pues no sabemos á ciencia cierta para qué sirven y si podrán en lo sucesivo precaverse contra los estragos posibles que pueden desparramar los torpedos y otras máquinas infernales llenas de horrorosos y destructores ingredientes. Bien es verdad que se ha desquitado el ministro de Hacienda descargando en lo posible las espaldas del contribuyente modesto y gravando en un 6 por 100 de su total importe las transmisiones de la gran propiedad por muerte y por herencia.

No han dejado los señores territoriales de sentir el gravamen puesto sobre sus inmensos dominios; ni de levantar la voz como cualquier pobre y herir el firmamento con sus quejas. Pero el gobierno les ha respondido con energía; y el presupuesto, votado ya por los Comunes, ha ido á los Lores. Por cierto que, habiéndole dirigido al buen Harcourt, algunas observaciones sobre gabelas impuestas á los aristócratas, ha dicho unas palabras, recibidas por la oposición como un dardo, dirigido, con deliberada intención y firme propósito de mortificarle, al primer ministro: «Todo eso no sube á lo que les cuesta, dijo, cualquier caballo que compran y crían los patrios para correr el premio anual en las carreras.» Como todo el mundo sabe, nadie aventaja en estas aficiones hípicas á lord

Rosebery, y como también sabe todo el mundo cual en materias de mal humor las gasta el ministro de Hacienda con el primer ministro, usurpador de la jefatura liberal, con que aquel señora desde luengos tiempos, han puesto el mayor posible veneno en la punta de tal frase y hanla removido en el corazón de la víctima. Pero, muy campechano y corriente Rosebery, se habrá de hombros encogido y habrá para su capote pensado que tales inconvenientes llevan á todas partes consigo las humanas victorias. Mucho costará ciertamente al Senado británico admitir un presupuesto dirigido contra los senadores; pero, como Labouchère se ha curado en salud, el gran agitador, y dicho que si el Senado desecha el presupuesto, pedirán los radicales á la nación que deseche al Senado, no teniendo éste facultad de enmendar tamaña ley, sino de rechazarla ó admitirla en su totalidad, hará de las tripas corazón y la votará, conjurando así graves y temerosos peligros.

IV

Mayor agitación todavía en la Cámara de los diputados franceses que en la Cámara de los lores británicos. Espantada la conciencia pública por el continuo efecto de atentados que han traído desde terribles explosiones en el Parlamento hasta la muerte del jefe de la República, se ha movido pidiendo al gobierno defensa; y el gobierno, por su parte, ha recurrido al Parlamento para que proveyese á esta necesidad y acallara el unánime clamoreo. Ministerio más bien de concentración republicana que de conservación republicana, el ministerio Dupuy no acierta con las orientaciones indispensables á un sistema verdaderamente conserva-

dor; y dejando el todo por una parte insignificantísima, en vez de afirmar y prometer las medidas conducentes á la restauración del poder público y su indispensable autoridad, se emperra, sin renegar de su carácter propio radical, en perseguir á los radicales con leyes de violencia y excepción, las cuales únicamente sirven para exacerbarlos y no para someterlos. Un gobierno de opinión como el gobierno republicano, difícilmente puede mostrar desconfianza de instituto como el Jurado, sin atentar á sí mismo y destruir la legitimidad del propio mandato. Si el pueblo no puede juzgar, como magistrado natural, á sus iguales; ni distinguir aquello que distingue con mayor claridad la conciencia, el bien del mal ¿cómo podrá conocer, elector nato por el sufragio universal en los altos problemas políticos, ni asumir con deliberación madura y conocimiento cierto aquella parte de autoridad y de soberanía que le corresponde y toca de derecho en una libre democracia? Bajo la pesadumbre de tamaño argumento no han podido revolverse los ministros contra sus impugnadores; y alabando mucho la institución del Jurado, han opuesto el motivo de la dificultad en sus reuniones periódicas y de la tardanza en sus procedimientos particulares para excluirlo del conocimiento en los procesos contra el anarquismo. Pero á esta excusa del primer ministro y del ministro de Justicia no ha faltado la congruente respuesta, salida con oportunidad de labios del diputado Goblet, quien ha pedido que se abreviaran los plazos del sorteo de jurados y se aumentara el número de sus vistas. Lo cierto es que, imaginándose los radicales del Parlamento, amenazados por los duros cánones del proyecto de ley, so pretexto de que tiran en apariencias al anarquismo y en realidad así á sus personas como sus ideas, han muy largo tiempo consumido en mostrar las diferencias entre las dos escuelas anárquica y comunera. Mas, cuando ya las creían demostradas, han apelado á cuantas obstrucciones les han sugerido las tracamundanas habituales á los que quieren frustrar una medida cualquiera, por saludable que sea. Mas

no llega la obstrucción en Francia jamás á donde suele llegar entre nosotros; y levantándose con arrogancia M. Dupuy en la tribuna, claramente ha dicho no admitir á su plan enmienda ninguna y rogar un voto de la ley, tal como está redactada, que aparezca también como un voto de confianza, pues sin esos resortes de gobierno cree imposible mantener el orden público en un Estado malherido por la frecuencia y audacia de tan terribles crímenes. Aquí fué Troya. Capitaneados por el austero Brisson, cuyas austeridades pueden matar, no una, cien Repúblicas, armaron tales ataques de guerrillas, que parecía iba la sesión á convertirse por culpa de todos en una espantosa de club, donde hablan los vociferadores á un tiempo y nadie oye, levantando tal marimorena, según decimos en familiar lenguaje, que apaga el empresario las luces del gas y llama los guardias de fuera, poniendo á los perturbadores en la calle.

V

Así, en este gran estruendo, fueron expulsados aquellos escritores que forman el personal de la prensa, enviado por cada periódico á historiar las sesiones. Importante, la penúltima del debate sobre las leyes excepcionales, rebosaba de periodistas la tribuna de éstos, muy dados á en todo mezclarse con irreprimibles interrupciones. Habíase llegado al artículo prohibitivo de la publicación del proceso, cuando es un anarquista el procesado, amigo de la vanagloria que procura la publicidad, siquier sea ésta escandalosa é infame. Debía por ley natural tamaña prohibición suscitar argumentos en contra, encerrando, como encierra, patentes reaccio-

nes á los tristes inquisitoriales tiempos en que no existía el juicio público y oral. Un diputado argüía contra la disposición, cuya futilidad surge observando cuán fácilmente podía burlarse con sólo publicar los procesos en extranjera tierra y extenderlos luego por todas partes. Sin desconcertarse á este argumento persuasivo y de fuerza, el defensor de la ley respondió diciendo que se prohibiría la repartición á cuantos impresos burlaran los códigos franceses. Un rumor ligero, y reprobatorio del argumento, le siguió, promovido por los periodistas. Y entonces, encarándose un diputado con la tribuna de éstos, preguntóles á voces y en frase dura si pretendía el periodismo ser una industria privilegiada y aparte. Al ver la corporación puesto su oficio tan alto intelectual por modo bien despreciativo al mismo nivel que cualquier oficio vulgar, recordando lo elevado del sacerdocio propio y el concepto muy extendido que los declara cuarto poder del Estado, protestaron, é interrumpieron por ende con tales protestas á grito pelado la solemnidad del debate. Reuniéronse, al presenciar aquello, los señores que componen la comisión de gobierno interior, y como si los galos estuvieran á las puertas de Roma, decidieron despejar la tribuna. Pero, así como la comisión exageró su poder allende los límites convenientes mandando despejar la tribuna de periodistas; por su parte, y á su vez, los periodistas exageraron su resistencia, negándose á cumplir órdenes dadas por autoridad competente. Y no hubo más remedio que, ó dejar á los periodistas en sus puestos ó dejar la competente autoridad malherida. Y hubo que apelar á un extremo penoso, á despejar la tribuna por medio de las armas. Salieron los soldados y echaron á los escritores. La emoción producida por este incidente parece grande, primero por la extraña índole del caso, y después porque pueden agrandarla como quieran aquellos que transmiten á los nervios del telégrafo las vibraciones de sus propios nervios. Pero no creo llegue á mayores la cosa. Una tarde que se armó gran ciclón en la Cámara española, decíame cierto diputado carlista, cómo por aquel

espectáculo y otros semejantes, él imaginaba perdido sin remedio el régimen parlamentario en Europa. No se asuste usted, le dije, ni se le antojen los dedos huéspedes. El Parlamento es como el Océano, invasor, acerbo, tormentoso; pero así como el planeta no sería sin el Océano y sus corrientes y sus evaporaciones y sus oleajes habitable, no serían tampoco habitables las sociedades modernas sin el Parlamento. Cuando se levanta enfurecido el Océano, porque lo azota y encrespa el viento, parece que se subvierte y lo subvierte todo, mientras se renueva el mismo, y renueva y refresca nuestro vital aire.

VI

Las cuestiones europeas van calmándose poco á poco, y los asuntos más temibles volviendo á su centro de gravedad respectivo. Siempre que se halla el rey Milano dentro de su Serbia parece que Serbia está fuera de su asiento. Desde los días, en que declararon los divorciados reyes, padres del Alejandro reinante su reconciliación; y decidieron los tribunales eclesiásticos revocar el divorcio entre los cónyuges, por estos mismos tribunales decretado, no se pueden calcular los fenómenos sociales, ofrecidos al observador en Serbia y los temores de múltiples desastres que tales fenómenos han generado en la susceptible irascibilidad europea. Mas ahora comienza una especie de calma, reinstalado en París el rey padre y continuando en Biarritz la reina madre, como si no hubiera sucedido cosa ninguna y todo quedara en el anterior estado, cuando hay nueva constitución, distribuciones nuevas de los partidos, un mozo inexperto con una corona combatida en la frente,

y unos diplomáticos muy en pugna, disputándose la influencia y el poder moral respectivos sobre tan maltrecho Estado. Pero el rey Milano tiene ya una cesantía de setecientos mil francos anuales y deja en paz á su hijo, instalándose, hasta que nuevos inesperados acontecimientos le soliciten á otro viaje, aquí, en su palacio parisién sito á las puertas del Bosque. Por Bulgaria tampoco se ha extremado la política. Sigue todo como estaba, y Stambuloff de menos en el poder. Gritan los estudiantes contra las tiranías del antiguo ministro; sacan los cautivados por las violencias de éste las cabezas de sus mazmorras pidiendo la libertad que creían traerles aparejada la desgracia del perseguidor implacable; se incoan procesos por despilfarros municipales, atribuidos á partidarios del dictador; mas, así en las relaciones con las potencias como en el gobierno interior de Bulgaria, no se descubre alteración de ninguna clase y ni siquiera se han calmado un poco los desabrimientos á Rusia, libertadora de aquel pueblo en la última guerra oriental. Así, como toda la política va lo mismo, no debemos maravillarnos si todo el mundo habla de los dos fenómenos generales que predominan en el viejo continente. Son éstos las dos acrecentaciones de gastos militares arriba y abajo de facciones anarquistas. No puede negarse que los innumerables perturbadores de la sociedad están por la fuerza del numeroso ejército muy contenidos; pero tampoco puede negarse que los excesos en gastos militares, y el aislamiento económico entre los pueblos por los mutuos altísimos aranceles, y la carestía de los artículos de primera necesidad á esta calamidad consiguiente, agravan la miseria; y tan triste agravación de la miseria trae consigo un aumento del credo y del partido anarquistas, que se nota bien á las claras con sólo volver los ojos á cualquiera de las mayores y más cultas naciones en la moderna Europa. Y decir que, siendo tan manifiestas las injusticias internacionales, y tan fáciles de reparar en paz por un común acuerdo; cuando todo muestra cómo los pueblos se completan mutuamente, necesitándose

los cambios entre sus respectivas ideas y sus respectivos productos cómo se necesitan los gases y los fluidos contrarios para el aire y para la vida, reinan rivalidades asesinas y se preparan guerras asoladoras bajo el peso de una insoportable paz armada, cuyos estragos diarios poco á poco exceden á los estragos posibles en súbita y profunda catástrofe. Aunque la última Encíclica de León XIII no tuviera otro pensamiento más que su acre censura de la paz armada, sería para mí un documento de primer orden, irradiando verdadera luz intelectual, que hasta en los huesos penetra y que impele hacia divinos ideales y hacia esperanzas sublimes los espíritus afligidos, secundándoles la plegaria dicha de continuo en la Misa, que proclama la gloria excelsa de Dios en los cielos y la paz de los hombres en el mundo. Así debemos aplaudir sin tasa los discursos, á este fin dirigidos, que acaban en París de pronunciarse sobre la reconciliación entre Francia é Italia y que han resonado con grata resonancia en cuantos corazones aman las tierras y las razas latinas. Digo esto por el banquete dado al ilustre publicista Bonghi, en el cual banquete se han recordado por franceses á servicio de Garibaldi en los combates que dieron á Italia su independencia, y por italianos que siguieron á este caudillo inmortal en su defensa de la República francesa por los campos de Borgoña, los lazos inquebrantables de unión existentes de antiguo entre los pueblos latinos, quienes, como tienen hoy una sola alma, por fuerza tendrán en lo por venir una sola patria. Verdaderamente suscribimos todos á este gran ideal y lo ponemos como sacratísima cosa sobre nuestra frente. Pero un poco de propio y peculiar esfuerzo entre los soberanos, haría más por el bien de todos y por la inteligencia entre todos, que cuantos votos puedan hacerse y cuantos discursos decirse en efusiones magníficas por los entusiasmados asistentes á unas cordiales agapes. Lo primero, que debían intentar los gobiernos, es un acuerdo para la disminución del excesivo armamento, y lo segundo es otro acuerdo para la mayor amplitud en los aranceles mutuos

que aislan á las naciones unas de otras y encarecen los artículos de primera necesidad. No hay acuerdo en lo posible y se intenta en lo imposible. No pueden avenirse á cesar en sus amenazas y quieren avenirse á tratar la calamidad del anarquismo con un mismo procedimiento y bajo un solo ideal, como si no hubiera circunstancias varias de situación social, de estado político, de supersticiones y costumbres, hasta de latitud y de clima, que imponen las variedades y las diferencias en la medicación á una plaga, muy calamitosa y cruel, pero también muy transitoria y fugaz.

VII

No conozco peores actos que los cumplidos á impulsos del miedo. Verdad que tras los infames atentados al general Martínez Campos, tras la catástrofe de Barcelona, tras las bombas á cuyas explosiones han saltado tantos edificios y muerto tantas personas, tras locuras como las de Vaillant y las de Caserio, el espíritu más claro se asombra y el más fuerte ánimo se perturba so la obsesión de ignorados peligros, y cada cual se cura únicamente de sí mismo y de su conservación propia, como en los terremotos y en los naufragios. Así, han salido de la prensa, de la tribuna, de los órganos más autorizados por la pública opinión, proyectos y planes dirigidos á obtener un código internacional común contra los anarquistas y el anarquismo. No desconozco la intensidad del mal que provoca la urgencia del remedio. Mas, por lo mismo que parece cosa urgentísima el atender al daño, dudo de que ningún remedio pueda pronto combinarse; y, aun después de combinado, dudo de que pueda con seguros efectos apli-

carce. Necesitariase una larga comunicación entre los gobiernos reunidos en una especie de Parlamento, el cual daría disposiciones, que, si llevaban consigo fuerza obligatoria, mermarian la independendencia de cada cual; y si no la llevaban, resultarían inútiles y ociosas. Las condiciones de cada legislación serán siempre congruentes con un estado social que no puede cambiar á impulsos de fortuitas é inopinadas circunstancias. Si Noruega, pacífica, libre, feliz, con una gran igualdad política y social, no ha engendrado el nihilismo, como lo ha engendrado Rusia en el seno de la servidumbre, ¿por qué pretender que aquella pida remedio á un mal no experimentado en su organismo robusto y poderoso? Locura increíble la pretensión de convenir comunes códigos ó leyes entre Rusia, que se halla en el período de las expulsiones, como se ha visto con los judíos tantas veces, é Inglaterra, que se ufana de asilar á todos los expatriados y ofrecerles la seguridad completa de su hogar con la disposición libérrima de sus facultades. Y, sin embargo, el terror llegó tan lejos en los últimos días, que un estadista de madura experiencia y de sabia circunspección como Salisbury, jefe de los conservadores ingleses, ha presentado en la alta Cámara célebre proyecto de ley contra los anarquistas, semejante á las disposiciones que tomaron los sajones del Nuevo Mundo contra los chinos. Tratándoles como los dolientes de físicas enfermedades contagiosas, el gran procer propone la incomunicación absoluta con ellos por medio de sucesivas expulsiones que preserven al pueblo y al gobierno inglés de su contacto. Pero, ¿qué vamos á castigar con pena tan cruel? Preguntan los radicales de Inglaterra. ¿El acto cometido en otra nación? Pues para tales actos, cuando tocan en los senos del crimen patente y caen bajo la jurisdicción del Código penal, ya tenemos tratados de saludables extradiciones á los que debemos recurrir en satisfacción de la social vindicta. Pero si hay que castigar la intención, el propósito, el pensamiento secreto, el hecho de conciencia oculto á todas las miradas, no queda otro remedio sino derogar los grandes

principios que fueron gloria y fuerza de la Gran Bretaña, y hundirla de nuevo en la barbarie del despotismo. Así, no me maravilla que la *Gaceta del Norte de Alemania*, representando como representa uno de los gobiernos europeos más firmes y robustos, el imperio alemán, se haya con estas pretensiones alarmado y puéstolas en el sitio de las utopías irrealizables, pues nadie tan instruido como ella en las dificultades que pueden suscitarse, aun bajo las leyes más represivas, para obtener una represión eficaz. Contra el catolicismo dió Alemania las leyes de Mayo, sabiamente dispuestas por un jurisconsulto de primer orden como Gneisth; y cuando el emperador Guillermo I, herido de perdigonada cruel en las calles de Berlín por un socialista criminal, yacía en cama, bajo el peso de dobles dolores físicos y morales, dió Bismark en persona unas leyes draconianas contra el socialismo, donde se llevaba primero la precaución para evitar los delitos y luego la represión para perseguirlos y castigarlos á los excesos mayores y á las violencias extremas. Pero no correspondieron los resultados con los esfuerzos. El poder coercitivo del imperio alemán jamás pudo llevar al seno de la conciencia su fuerza coercitiva. En estos días ha muerto el hábil Schloezer, á quien autorizó el canciller en Roma con el objeto de que le procurase un modo de conjurar las iras del Pontificado, que no le dejaban vivir; y también ahora, en estos días, hase publicado un trabajo científico de primer orden, demostrando cómo á las mismas cláusulas puestas por Bismark en sus leyes preventivas contra el socialismo, se debió el progreso de la secta llegadas hoy á una importancia tan extraordinaria, que aparece ya en el Parlamento alemán árbitra en los litigios entre los feudales y el gobierno, salvando á este último en asuntos que le importan por modo tan extraordinario cual sus tratados mercantiles con Rusia. Nada más fácil que caer en vulgaridades generadas y difundidas por efectos tan deprimentes como el pánico que á las muchedumbres ataca. Pero, si ese pánico se sube á la cabeza

de los gobiernos y pierden éstos la serenidad indispensable para dirigir el Estado en medio de los escollos, no hay salvación. El piloto no puede bajar á la bodega del barco en los ciclones. Pero la paz internacional reina en Europa.

VIII

Reina la paz en el suelo social de nuestra Europa; mas no reina en el suelo terrestre. Un sultán, como el reinante hoy en Constantinopla, que parece haber ya en definitiva conjurado las plagas traídas al Oriente por una guerra continua, se ha visto de terremotos asaltado, los cuales terremotos, por las bocas de sus grietas abiertas con terribles bostezos, han devorado los vivos y escupido los muertos. Nada tan terrible como los contrastes bruscos entre los paisajes sonrientes y las plagas naturales. En aquella celeste cinta del Bósforo, al pie de los alminares concluidos por esferas y adornados por celosías áureas, donde los cipreses y terebintos están unos á otros unidos con rosales y jazmines, mientras los estrechos brazos de mar con pintadas conchas y corales rojos, extendiéndose como un idilio desde las cumbres del Olimpo donde vivieron los dioses, hasta las ensenadas y recodos celestiales donde se juntan Europa y Asia, deben centuplicarse los horrores del bramido que retumba en lo profundo, de la firme tierra que se arremolina como los oleajes del mar en espantosa tormenta, del subsuelo que os atrae al abismo insondable y á la eterna noche abierto por sacudimientos epilépticos, del temblor universal que os enloquece, al quitaros de los pies el apoyo que los sustentaba; convertida en madrastra cruelísima, que os hiere y ahoga, esta madre tierra que os sustenta-

ra y os nutriera. Cuentan y no acaban los que han presenciado esta terrible tragedia del espanto que sobrecogió á las tribus asentadas en el Bósforo, quienes, religiosas y guerreras al mismo tiempo, poseen para combatir á la muerte lo muy curtidas que se hallan en el combate y lo muy dispuestas á cambiar esta vida de un día por la vida eterna. Sin embargo, cuando la sólida casa en que guardáis vuestros hijos tiembla y oscila como en el alta mar la nave; cuando se abre de par en par el sepulcro, que parecía sellado por el silencio eterno, y no deja ni á los cadáveres en reposo; hay para temblar, si á esto se unen aldeas que desaparecen, islas que bambolean, playas que surgen como volcánicos betunes en las erupciones ardientes, muertes sembradas por doquier como en la peste y en la guerra. Un grito de horror ha salido del seno de Constantinopla bajo el azote; y á este grito de horror ha contestado un sentimiento de compasión en la Europa cristiana. Convinceos, pues, de que á todos los afectos van en nuestra especie hoy sobreponiéndose aquel afecto, á cuyo calor el planeta tomaría otra forma nueva, el afecto y sentimiento de humanidad. En otro tiempo, los odios entre sectas y sectarios hubieran cerrado todo respiro á la caridad y todos los corazones á la compasión. Ahora no preguntamos á qué raza y religión pertenece quien se adolora y se queja; oímos el llanto y corremos á enjugarlo, reconociendo que sobre los templos, cuyas torres y aras han servido como de reductos á mutuas guerras históricas, se levanta el Dios único que nos ha criado, y sobre las legiones de pueblos en pugna y en guerra perdurables el género humano á que todos pertenecemos. Así, el dogma de la paz universal irá creciendo en todos los espíritus.

IX

Profunda la paz; pero no ceden por ella los costosísimos armamentos. Hablad á los italianos de rebajarlo todo, hasta el sacratísimo interés de aquellos préstamos, á cuyas anticipaciones debieron el rescate de la patria; pero no les habléis de rebajar un céntimo del presupuesto de sus fuerzas marinas ó terrestres. En cuanto se habla de tan racional propósito, comienzan las agorerías terribles, los presagios nefastos, los anuncios de un conflicto inminente, las frases preñadas de recelos y sospechas, el espectro fatídico de la guerra europea. Cada estío, al despedirse los gobiernos de las Cámaras y votarse los presupuestos corrientes, anúnciase para Mayo y Abril el apocalíptico encuentro; mas, á cada primavera, la golondrina vuelve para regocijar nuestros ánimos y el ruiseñor gorjea para sumirnos en el éxtasis encantador, sin que veamos por ninguna parte los aleteos del buitre y del cuervo que husmean la matanza y presagian la guerra. En vano decís á los italianos cómo les apremian problemas al bien de Italia más urgentes cual mejorar su administración pésima de propios; destruir el feudalismo territorial de Sicilia, donde los caciques encadenan al pobre jornalero y roban al modesto propietario; abrogar la ley de domicilio coatto, á cuya sombra pierden los campesinos la seguridad de sus personas y la inviolabilidad de sus hogares proclamadas por el Estatuto Nacional; precaver para lo sucesivo atrocidades como las acontecidas en el Banco de Roma que á tantos les costara la honra y aun la vida; recabar de la corte una mayor neutralidad en la conservación de ciertos gastos del presupuesto que suponen sospechas de re-

volución dentro y amenazas de conflicto fuera; extraer los recursos, indispensables al mantenimiento del Estado, de ingresos bien medidos y tributos bien impuestos, y no de usurarios empréstitos que arruinan á las generaciones presentes y arrebatan á las generaciones futuras toda esperanza de crédito, entecas é insanas como vendrán á la vida por el pecado original de bancarrota hereditaria y atávica; fertilizar por administradores competentes y administraciones sabias la producción, abriendo sus clusos mercados al comercio activo internacional y colocando la salud y el bienestar públicos sobre las ficticias grandezas y sobre las temerarias conquistas. Mas parece la Providencia empeñada en castigar á Italia, según las tentaciones que al dispendio le ofrece y le presenta con empeño, así que la necesidad y la experiencia suelen inclinarla en repetidos escarmientos á la economía y al ahorro. Mientras en el Senado se discutía el proyecto económico de Sonnino, llega una noticia feliz equivalente á una desgracia cierta. Entre los errores cometidos por la política italiana en los tiempos últimos, ninguno tan terrible como sus esfuerzos colonizadores en tierras tan ingratas, como las que se extienden desde las áridas riberas del Mar Rojo á las hermosas riberas del río Nilo. Aquella porción de Africa que unas veces acapara el Egipto; y otras veces en sustitución del Egipto acapara Inglaterra, quien ya expide á sus abrasados senos el heroico Gordon, ya deja morir á éste; y otras veces, en competencia con Inglaterra y con Egipto, acaparan los reyes de Abisinia y los santones feudales del desierto, no podía ofrecer ventaja de ningún género á nación como Italia, que tanto necesita concentrarse dentro de sí, para obtener una convalecencia indispensable y cicatrizar las heridas que le han abierto los hierros de la servidumbre y los horrores de la conquista. Ya se mantenía su heroico y pacientísimo ejército allí, más bien por el pundonor que por el provecho. Una buena política hubiera concluido por evacuar aquel territorio y por divertir las fuerzas italianas de tan teme-

rario empeño. Pero en estos mismos días rompe con heroísmo el general Baratieri, jefe del ejército italiano, por aquellos desiertos; corre á las poblaciones que circundan el Sudán, como la célebre y fuerte Kasala, campamento y mercado al mismo tiempo; combate todo aquello que á su paso encuentra y lo arrolla; ríese de las cóleras de aquel pueblo y de los horrores de aquel clima, hasta someterla y libertar los cautivos que yacen amontonados en las mazmorras y que santifican la victoria con el santo espectáculo de su libertad. Apuesto cuanto se quiera, lo apuesto, á que tales inesperados laureles, en las orillas del Mar Rojo recogidos por los italianos, hacen perder al gobierno la cabeza y le impelen á mayores dispendios. Yo, sin embargo, tengo que recordarles una grande autoridad, la del ministro inglés de Hacienda Mr. Harcourt, uno de los primeros economistas demócratas que hay en el mundo, como muestran sus sabios presupuestos, quien dice que las naciones empeñadas en gastos excesivos de guerra y abrumadas por el gravamen de sus armamentos, podrán ser fuertes naciones pero no democráticas, no libres, no necesarios órganos del progreso continuo y de la humana libertad. Me llamarán machacón y testarudo; pero ningun pueblo necesita en el grado que Italia un presupuesto de paz y libertad.

EMILIO CASTELAR.

CRÓNICA CIENTÍFICA

El trabajo y la investigación científica en verano.—La estación de Biología en Santander.—La Comisión del Mapa Geológico.—Viajes y excursiones.—Dos libros y dos opiniones.—Estadística de la población en Italia.

Si el pasado mes hallábamos dificultades para escribir una crónica de ciencia, y de ciencia nacional, ¡cuáles no serán éstas en este Agosto, mes el más veraniego y estéril del año!

Inútil es buscar ahora libros, publicaciones ni trabajos que analizar; quimera pensar en cursos, conferencias y exposición del trabajo y la labor que se extinguen con los calores estivales. Y es que el calor, fuente de vida y origen del movimiento, tiene como límites y excepciones la vida y el movimiento de la inteligencia.

Verdad, y verdad profunda, es la singularísima distribución de las zonas y centros de civilización y cultura en aquellos climas y latitudes medias de un lado, allí donde no viene ese enervamiento que imposibilita el trabajo por exceso de una temperatura que solo aprovecha la fecunda naturaleza, reina y soberana en las zonas tropicales, y de otro, donde la falta de medio, la carencia de vida, el frío de la inercia no permiten que la inteligencia, al fin y al cabo, hija y consecuencia del medio, haga excepción en esta ley suprema de equilibrio y armonía universal.

Las ciencias naturales son por excepción de las que durante el verano tienen una labor y una fisonomía especial en su

trabajo. Y mejor que las ciencias naturales todas, la Historia natural más particularmente, tiene sus campañas estivales, dedicándose en ellas el geólogo, el botánico ó el zoólogo á cosechar datos y materiales, recogiénolos en la naturaleza misma para interpretarlos y relacionarlos después, constituyendo el edificio científico en las soledades del gabinete ó el laboratorio, allá cuando los fríos del invierno concentran la actividad toda en el cerebro, cuando la energía no se exterioriza, cuando á la no interrumpida labor interna de la naturaleza corresponde idéntico trabajo de la inteligencia.

Las otras ciencias de la naturaleza parecen no tener misión especial en este tiempo; la homogeneidad misma de sus procedimientos oblígalas á suspender toda investigación y estudio. El físico abandona sus gabinetes al ver subir el mercurio de sus escalas termométricas; el químico huye del fuego de sus hornillos y retortas; sólo el naturalista se adapta al nuevo medio, se aprovecha de las galas y riquezas que el objeto de su estudio le ofrece. Si es geólogo, recorrerá el país en todos sentidos, anotará direcciones y yacimientos de los estratos, recogerá rocas que le cuenten su composición y le refieran el aparente enigma de su origen, coleccionará fósiles que le permitan determinar la época de su formación y reconstituir la cronología terrestre, medirá dislocaciones y fallas que le den la historia de sus cataclismos y revoluciones en esa lucha, oculta al observador superficial, pero clara é interesante para el iniciado que no ve en la tierra un cuerpo inerte y eternamente el mismo, sino un organismo activo en su secular labor, desconocida hasta ser comprendida por genios como Lyell, Beaumont, Sues y los fundadores de la fisiología y la dinámica del planeta.

El botánico utiliza la riqueza inmensa del reino vegetal recogiendo plantas, determinando sus áreas y zonas de dispersión, estudiando su distribución hipsométrica desde las vegas de variada y numerosa flora hasta las sierras de pelada roca y los ventisqueros de vegetación alpina, pobres en especies y exiguos en individuos.

El zoólogo explora tierra y vegetación en busca de las infinitas formas que les pueblan y animan, recoge ejemplares y anota datos y circunstancias en lo que á su vida y costumbres se refiere, recorre las playas y sondea las aguas para completar el catálogo y sentar las bases de una zoología que deja de ser una lista escueta de nombres imposibles y adquiere el carácter filosófico de la ciencia, que ha planteado en el segundo tercio de este siglo las más elevadas cuestiones de filosofía natural.

«Las campañas científicas en el verano» podríamos, pues, titular esta crónica, ya que de las que se llevan á cabo en nuestra patria hemos de ocuparnos.

*
* *

Aunque permanente y no de verano es la labor científica de la *Estación de Biología Marina* en Santander, por la índole de su trabajo, por su misma situación en una de las capitales del Norte de España, tierra predilecta de todos los españoles en esta época, y porque su actividad aumenta en estos meses, cúmplenos ocuparnos, en primer lugar, de tan importante establecimiento científico.

Para ello consultamos apuntes y evocamos recuerdos de nuestras visitas, y acudimos á la amabilidad, sólo superada por su ciencia, de una de las personas más competentes, sin duda alguna en España, de estos asuntos, el Dr. D. Manuel Cazorro y Ruíz, que, siendo zoólogo de reputación europea, como lo acreditan sus publicaciones respecto á los ortópteros, os pólipos y otros animales, es especialista en estas materias, ha sido pensionado en la célebre Estación Zoológica de Nápoles y comisionado para la instalación de la que hoy nos ocupa.

Obtuvimos, pues, un *interview* científico, que en esta época de reporterismo tiene tanta justificación al menos, como los que á diario nos da á conocer la prensa política.

Es hoy día la zoología marina tal vez más interesante que la clásica zoología terrestre. Hay en el mar más riqueza de formas, mayor variedad de organismos que en la tierra; presentan, además, los animales marinos una estructura más esquemática y típica, que simplifica y aclara las relaciones y la filogenia de todos los grupos, y hállase en el fondo de los océanos el problema del origen y de los albores de la vida, meta ideal, suprema aspiración tal vez de toda la biología.

No es de extrañar, por tanto, que después de los clásicos trabajos de Milne-Edwards y Haime en Vilmeré y Concarneau, háyanse ido creando en todas las naciones variadas estaciones y laboratorios de biología marítima, que puede decirse bordean hoy las costas de todos los países que marchan al frente de la cultura científica, para resolver los problemas que á la organización, estructura y vida de los seres marinos se refieren.

Figura, sin duda, á la cabeza de estos establecimientos científicos la magnífica fundación del profesor Dorn, en Nápoles, que puede considerarse como una institución internacional, pues á ella acuden sabios de todos los países á recibir, por así decirlo, la investidura en estos estudios hoy en moda. Posee Italia otro establecimiento de igual índole, aunque de menor importancia, en Génova.

Francia es la nación de mayor número de estaciones zoológicas: en la costa del Atlántico están la de Roscoff en Finisterre, agregada y dependiente de la Sorbona de París; la de Concarneau, muy próxima á la anterior y la más antigua de todas; la de Vimereux en el Paso de Calais, dependiente de la Facultad de Ciencias de Lille, y la del Havre. En el mar Mediterráneo hállanse la llamada de Arago en Banyuls-sur-Mer, del departamento de los Pirineos orientales y dependiente de la Facultad de Ciencias de París, dirigida, como la de Roscoff, por el célebre naturalista Lacaze Duthiers; la de Cette, en el Herault, que es un laboratorio de la Universidad de Montpellier; la de Marsella, dirigida por Marion; la de Villefranche, en los Alpes Marítimos, y otras varias.

El resto de Europa posee varias, correspondiendo á Inglaterra las de San Clelier y Granton; á Bélgica la de Ostende, creada por Van Beneden; á Holanda, las de Helder y Berg-op-Zoom, y al Austria la de Trieste.

La zoología americana dispone de la Anderson Schoee en Penikese, Estado de Massachusetts, la de Cheseapeake y New-Port. Por fin, en Australia, el Japón y otras naciones, no faltaban hace años estas instituciones científicas.

No pudo sustraerse España á esta corriente de la cultura científica, y pensionando primero para el estudio de ella á varios naturalistas, preparó la creación de la Estación de Santander aprovechando las especiales cualidades que para dirigirla recaían en el profesor Linares, y el auxilio que á una empresa fomentada por él no podían menos de prestar el ayuntamiento y la diputación de la culta capital de la Montaña.

Allí, por tanto, se estableció la Estación. Conócenla todos los que visitan á Santander: situada en uno de sus más rientes panoramas, allá en lo último de la gran playa del Sardinero, dominando la costa en que se abre la entrada del puerto, ocupa una posición tan hermosamente situada, que resulta agradable retiro y envidiable estación de veraneo lo que se propuso sólo ser un laboratorio y un establecimiento de enseñanza.

Pero no fué la belleza del paisaje ni lo agradable del lugar lo que determinó su colocación. Razones más elevadas y en armonía con su fin, llevaron á Santander la Estación de Biología, y de tal fuerza y calidad son los fundamentos científicos de su instalación, que puede afirmarse que *ninguna* Estación zoológica reúne las condiciones que la única que posee nuestra patria. Hállase cerca de uno de los más grandes fondos europeos, lo que aumenta la riqueza de especies de un modo considerable, pues á corta distancia de la costa hállase el gran canal submarino de la Plegona y el famoso valle del Travailleur, estudiado por los zoólogos franceses. Además, la costa y la bahía es variadísima en estaciones de diversidad de condiciones de vida, lo que lleva una variedad proporcional en los seres que allí pueden

vivir. Y por último, las comunicaciones con el resto de España, y especialmente con Madrid, de cuya Facultad de Ciencias depende, son facilísimas.

Creóse la Estación en 1886, y su personal hállase compuesto del director, que, como hemos dicho, es el conocido Dr. Linares, catedrático de la Facultad de Ciencias, el ayudante señor Rioja y dos pensionados anuales que debían ser nombrados por oposición. Cuenta con excepcionales condiciones económicas, en esta penuria en que viven nuestros establecimientos científicos, y merced á ellos posee un material completísimo é inmejorable en esta clase de establecimientos.

En el reducido local en que se halla provisionalmente, cuenta con cuatro laboratorios independientes, además de una preciosa sala de aparatos, una rica biblioteca en la especialidad en que se ocupa y las salas-acuarios y de exposición de animales y plantas marinas que hacen las delicias de los veraneantes de tierra adentro, que jamás sospecharían la existencia de tales y tan hermosas maravillas y bellezas de forma como presentan los habitantes del mar.

Una visita á los acuarios es una aparición de un mundo desconocido para la gran mayoría de curiosos que no conocen del mar más que unos cuantos peces y varias conchas. Si la visita se hace bajo la dirección del Dr. Linares, resulta de una utilidad y una atracción imponderables: tiene fama justa y merecida de expositor y maestro, no al modo bastante general, por desgracia, del clásico tipo de los sabios áridos y sin condiciones de vulgarizadores, sino á la manera de los filósofos de la naturaleza, que se fundan sí en el detalle y en el hecho aislado para construir la ciencia, pero que la presentan de modo general y sintético haciendo ver los nexos y relaciones de los aparentemente desligados é incoherentes materiales.

Si él os dirige, contemplaréis el *Espirografis*, gusano que presenta un espléndido penacho de branquias como la elegante copa de la palmera, que retrae y oculta al más pe-

queño contacto del inoportuno visitante. No pasarán desapercibidas las curiosísimas *holotarias* ó cohombros de mar. Os fijaréis sin duda en las delicadas *Actinias* de variedad infinita y organización delicada. Quedaréis asombrados si os muestra los esqueletos de las esponjas, verdaderas maravillas de construcción que no pueden idear los más soñadores artistas ni igualar los artífices más hábiles. Y aclararéis, por fin, con la vista de corales vivos extraídos de cien brazas de profundidad por los palangreros, las confusas ideas que sobre el animal-planta lleváis á la visita.

Y no se goza sólo con la vista de tan ignoradas bellezas con seres tan humildes, pues escúchase con deleite la relación que consideraríamos novelesca sin la autoridad del que la refiere, de la vida y costumbres de aquellos seres, con una ojeada de su sociología, la de un cangrejo marino, el *pagurus*, por ejemplo.

Constituye el *Pagurus* una curiosísima sociedad con una *Actinia*, un gusano llamado *Nereis* y una concha; vive el *Pagurus* como en cenobítico retiro, en una concha que le protege, y á la que cubre fijándose en ella, una *Actinia* que la enmascara, ocultando concha y cangrejo bajo su inofensiva cubierta, á la que se acercan sin temor todos los animales de pequeño tamaño, que no lograría cazar el *Pagurus* si viviera descubierto y libre. Paga el encubrimiento y la complicidad á la *Actinia*, proporcionándola una parte de la presa que ella se vería imposibilitada de obtener de otro modo, y dejan ambos sus desperdicios y sobras al *Nereis*, el gusano que habita en el fondo de la concha, y que, miserable y rastrero, vive de aquel comensalismo. Y subirá vuestro asombro de encontrar tan complicada sociedad en seres tan inferiores, al saber que múltiples experiencias han confirmado que si separáis el *Pagurus* de la concha, llevándole á otra, siguele la *Actinia* á su nueva habitación, forzada para vivir, á prestar y recibir la protección de tan singular sociedad, y tras ella marcha el *Nereis* á vivir de las liberalidades de ambos comensales.

¡Curioso y singular esbozo de la asociación, que si varía en los accidentes, es enteramente igual en lo esencial, en las humanas sociedades, que en la formada por aquel *Paguro*, que representa la fuerza, aquella *Actinia*, que simboliza la astucia, y el despreciable *Nereis*, que utiliza de ambas sin tener ninguna de las cualidades!

Como no es nuestro objeto, ni puede intentarse en esta crónica, exponer los trabajos y resultados de la Estación Biológica, nos bastará consignar que el Sr. Linares viene estudiando, con la minuciosidad que le caracteriza y que llega á perjudicarle en lo que influye retardando sus publicaciones, los hidrozos y las esponjas; el conocido doctor Simarro, huésped veraniego del laboratorio, ha hecho allí sus trabajos sobre el cerebro y nervios en los animales; el Sr. Madrid y Moreno estudió las algas marinas; el catedrático Sr. Cazurro terminó su trabajo sobre las actinias empezado en Nápoles, y allí han trabajado también el inolvidable Janer, joven naturalista, recientemente fallecido, y los Sres. Tánago, Rubio y otros.

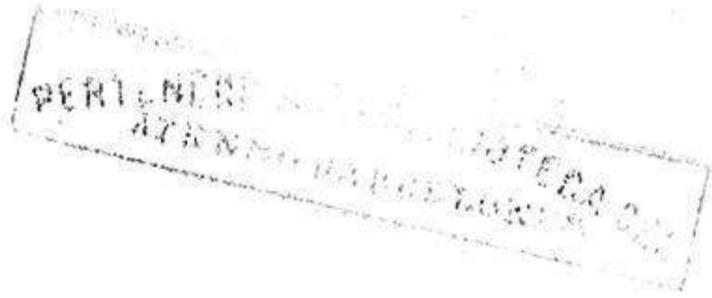
Sin intentar juzgar los resultados de la Estación, creemos que podía y debía ampliarse su radio de acción por dos diversos y utilísimos caminos. Cumpliría su fin pedagógico si se dieran allí las enseñanzas de zoología general y de animales inferiores, y botánica criptogámica cuando menos, si bien no es esto todo lo que podía intentarse en este su principal objeto.

Llenaría una verdadera necesidad tecnológica y de aplicación inmediata, á que deben tender hoy todos los establecimientos científicos si quieren tener relación y apoyo de la opinión general, dedicándose á ser una institución que estudiara los problemas todos de la pesca marítima que tanto interesan hoy á nuestras zonas costeras, dadas las crisis que por el desconocimiento de ellos atraviesan á veces.

Inténtese algo en los dos sentidos, y dejará de ser la Estación Biológica un centro solamente asequible á verdaderos

especialistas, y una institución que es justo orgullo de Santander, llegando á formar parte de la enseñanza más elevada y á interesar á todos los españoles que se preocupan por la vida científica de nuestro país.

*
*
*



Algo más que la anteriormente descrita Estación de Biología marina de Santander existe en España, lo cual indica que no es un hecho aislado y esporádico en la cultura científica del país, sino que ya se ha entrado de lleno en esta clase de ciencias y establecimientos.

Debido á la iniciativa particular, existe en San Sebastián un establecimiento dedicado también á los estudios de la vida y los seres que pueblan el mar. Está dirigido por el señor conde de Peracamps, fundador y director de un Acuario-Laboratorio, en el que con un carácter práctico y de vulgarización, se recogen, exponen y hacen algunos estudios de animales marinos, si bien la falta de una dirección y un criterio severamente científico, no permite por hoy, á pesar de los buenos deseos de sus fundadores, colocarle al nivel de las verdaderas estaciones-laboratorios.

Trátase también de crear en Barcelona, como complemento y para estudiar la fauna y la flora mediterránea como el de Santander lo hace con la cantábrica, otro laboratorio dependiente del ministerio de Marina, y en el cual recibieran la necesaria instrucción en esta cultura tan precisa hoy á los marinos, los guardias marinas de nuestro país. Para tal proyecto, utilizaríanse las aptitudes de distinguidos oficiales de la armada que, como los Sres. Navarrete, Borja, Anglada y otros, han estado, enviados por el ministerio de su ramo, en la Estación Zoológica de Nápoles.

Ya que de investigaciones pelágicas tratamos, es casi im-

posible dejar de citar el nombre y los trabajos del príncipe de Mónaco que, como se sabe, es un verdadero investigador que dedica su posición, su actividad y su dinero á estas campañas científicas de que tan alejados andan por lo general todos los personajes de su rango, contentándose cuando más con hacer el papel de protectores, pero nunca el de actores en tales empresas.

España debe especial atención á dicho príncipe, que es capitán de su marina; pues además de haber recorrido nuestras costas en su yath *Alicie*, dando á conocer la fauna y la orografía y relieve de las mismas y regalando colecciones á nuestro Museo de Historia natural, ha enviado recientemente á su secretario, el naturalista Jules De Guerre, con encargo especial de invitar á algunos de nuestros zoólogos, como el catedrático Sr. Bolivar, para las campañas de exploración que vuelve á emprender por el Atlántico con dirección á las Azores. Además, conviene hacer constar que ha publicado algún trabajo, como el relativo á sus aparatos para las grandes pescas, en los anales de nuestra Sociedad Española de Historia natural.

*
* *

Es sin duda el organismo oficial que más frutos ha dado en España, la *Comisión del Mapa Geológico*, creada por decreto de la República en 1873; y continuación, después de una solución de continuidad que hicieron forzosa nuestras luchas políticas, de la Junta de Estadística que legó su buena historia á la Comisión del Mapa.

Tratar en una crónica de verano de ella, podrá parecerles irrespetuoso á algunos, pero es lo cierto que sus publicaciones, que han mantenido el nombre científico de España en el extranjero casi exclusivamente en algunos años, son producto de

las excursiones de que hablamos al comenzar la crónica, llevados á cabo por los ingenieros de minas que son, sin duda, el cuerpo de ingenieros que más historia y valer tiene en nuestro país. Por eso creemos justificado dedicar unas líneas á esta institución, sin pretender por hoy hacer su historia, ni exponer, y menos criticar, sus trabajos, que exigirían por sí solos una crónica, en la serie de las destinadas á dar á conocer los organismos científicos del país.

Una verdadera biblioteca de geología y paleontología hispana, constituyen hoy los cuarenta ó más volúmenes publicados en los veinte años de existencia que cuenta la Comisión del Mapa y que han bastado para terminar la magna empresa y la labor vastísima de dar á conocer la constitución geológica de nuestro suelo, trazando un completo mapa geológico que en dos diversas escalas acaba de publicar la Comisión y que compete con los publicados por las demás naciones del continente. Terminada esa empresa, que pudiéramos considerar sintética y general, creemos que los posteriores estudios de los geólogos españoles se han de dirigir por los nuevos rumbos que, iniciados ya en las incomparables publicaciones del *Geological Survey* de los Estados Unidos, se precisan y sintetizan bajo unidad de método y criterio en obras como la recientemente publicada por el profesor Walter de Iena (*Ein leitung in die Geologie als historische Wissenschaft*), «Introducción á la geología como ciencia histórica,» y que establece todo un nuevo método de investigación en la historia de la tierra.

En realidad, ha pasado el tiempo en que la geología era una lista interminable de rocas y un catálogo de fósiles: hoy, para ser digna del carácter especulativo y filosófico, necesita presentar todos los hechos unidos y ligados por una trabazón que la eleve á la categoría científica desde el arte puramente taxonómico en que se ha desarrollado. La geología es una reconstitución de la historia terrestre; y no basta conocer sus personajes que dan los fósiles y sus épocas que marcan los terrenos, hay que hallar las condiciones de vida retrospecti-

va, fundada en las relaciones entre ambos elementos. Su objeto final es reconstituir la vida de un período, trazar el cuadro de lo que fué nuestro planeta en una época cualquiera del pasado, de modo tan detallado y completo como se hace hoy por los naturalistas al describir una región determinada.

Para cumplir el trazado plan, es preciso caminar de lo conocido á lo desconocido, resolviendo por comparación con lo actual, los problemas de las edades pasadas, haciendo de la ciencia una especie de visión retrospectiva que sondee las oscuridades del pasado con los potentes medios que la observación, el análisis y la experiencia misma, pues á ella se acude hoy en geología, prestan á esta clase de investigaciones.

La labor es ardua, exige mucho estudio, porque muchos son los documentos que hay que compulsar; necesita mucha observación y muchos viajes para recoger y contrastar los datos. Pero esos medios y esas condiciones las tienen los que han llevado á cabo la publicación de lo que pudiéramos llamar la historia externa del suelo patrio, faltándoles completar su obra con la historia interna del mismo. Así se ha procedido en la historia humana y así se hará en la vida de la tierra.

Gráficamente puede formarse idea de los trabajos de la Comisión viendo el mapa de España, en que aparecen marcadas las provincias que al empezar ésta sus trabajos, poseían, ya un estudio completo, ya un sencillo avance, ó no se conocía nada de su constitución geológica: hoy, el mapa se ha unificado de color, todas las provincias de la península están estudiadas y los nombres de Donaire, Maureta, Cortázar, Maestre, Adán de Yarza, Tarín, Mallada, Egozcue y otros muchos, repítense en el estudio de varias de ellas, siendo preciso no olvidar la cooperación prestada, ya publicando trabajos generales, ya monografías, ó bien dirigiendo las publicaciones por Fernández de Castro, Olavarria, Mallada y otros que no pertenecen al Cuerpo de minas pero que han colaborado en la gran obra como Mac-Pher-son, Calderón, Quiroga y Almería.

En resumen, los trabajos científicos de la comisión mere-

cen, no sólo el aplauso, sino la protección de los gobiernos y de la opinión pública.

¿Cuándo, como complemento y á imitación del mapa geológico, tendremos el agronómico, el forestal, el zoológico y el antropológico ó étnico de nuestra patria?

*
* *

Cumpliendo imparcialmente mi deber de cronista de la vida científica en nuestra patria, he de ocuparme de dos libros, en el uno de los cuales no puedo ni debo emitir opinión ni juicio, porque al frente de él va mi nombre; pero esto no me lleva á la hipócrita inmodestia de pasar por alto su aparición, pues si no contribuye al progreso y conocimiento de una rama científica aquí poco conocida, culpa será de mi incompetencia, que no de mi voluntad; y como por otra parte yo no escribo para mí sino para los lectores de la REVISTA en la cual se publica la única crónica científica que aparece en nuestra patria, justificase con esto el que cronista é historiado aparezcan unidos por esta vez. Añadan á esta explicación el que transcribo un juicio de quien no había de ser cómplice en mi inmodestia, y creo explicado el caso á satisfacción de los más asustadizos por mi atrevimiento.

También merece unas palabras el que no ejerza por esta vez funciones de crítico con la otra obra de que puedo ocuparme; impídenme el hacerlo, ante todo mi escasa competencia en la mayoría de las cuestiones de que trata la obra, después mi amistad con el autor, que es circunstancia bastante para que no figuren en la crónica juicios que podían ser influidos por ella; y, finalmente, lo discutida que en su tendencia, pues no en su valer científico, ha sido la obra que me ocupa.

Llámase la obra *Tratado racional de gimnástica y de los ejercicios y juegos corporales*, y se debe á la laboriosidad del

doctor Fraguas, catedrático de dicha materia en el distrito Universitario de Valencia. Cumple, pues, solamente á nuestro propósito, transcribir traducida la carta en que el eminente profesor de fisiología é ilustre pedagogo, el doctor Angelo Mosso, autor de *La Fatiga*, *El Miedo* y la *Educación física de la juventud*, entre otros trabajos, emite su autorizada opinión sobre dicho libro. Dice así:

« Ilustre colega: He recibido el primer tomo de la obra que habéis empezado á publicar, agradeciéndoos el placer que me habéis proporcionado con su lectura.

» Ante todo debo confesaros mi gran sorpresa al encontrarme con que en España la educación física se haya interpretado tan científicamente con la novedad y competencia demostrada por V., en quien saludo al compañero de ideales, hermanados recientemente por mí, en el capítulo « La evolución de la Gimnástica » de la *Educación física de la juventud*, publicada en este año y posterior á sus estudios, que desconocía.

» La obra es más grande y completa que mi libro, que tan sólo es la recopilación de los estudios que venía publicando en *La Nueva Antología*, felicitándole porque la lengua española es hablada por más pueblos que la italiana, los cuales, además de las raras y lujosas ilustraciones, podrán gozar con las bellezas de la forma y erudición de su obra, que ha resultado amena é instructiva hasta para mí.

» Prometo á V. ocuparme de sus trabajos cuando me ocurra hacer otra edición de mis libros sobre la educación, en los que me he limitado á hacer notar el desarrollo de la Gimnástica en la época del Renacimiento, limitando el resto de mis datos de la parte histórica á un solo capítulo.

» Tenga V. presente mi más profundo agradecimiento por haber estudiado mis trabajos al ocuparse de la Gimnástica en Italia, pues no tienen otro valor que los de un simple *dilettante* que se ocupa de estos estudios en las horas perdidas.

» La obra de V. y la del coronel Amorós son la continuación del principio de la evolución científica de la Gimnástica, rena-

cida en España y digna del aplauso y del reconocimiento de la Europa.

»Reciba mi más sincera enhorabuena, persista en sus estudios y téngame por un compañero suyo devotísimo.—*A. Mosso.*»

En la revista que se publica en París con el título *L'Anthropologie*, dirigida hasta ahora por Hamy, profesor en el Museo de Historia Natural, Topinard, de la Escuela de Antropología, y Cartailhac, autor de *Les Agès Préhistoriques de l'Espagne*, aparece firmada por el Dr. Vernau, considerado por el sucesor del gran Quatrefages, la siguiente nota bibliográfica:

«*Luis de Hoyos Sainz. Técnica Antropológica. Madrid. Un volumen en 16.º*»

En diversas ocasiones he tenido ocasión de señalar el desarrollo que han tomado en estos últimos años los estudios antropológicos en España. Hoy día la historia natural del hombre está reconocida por nuestros vecinos como una ciencia, cuyo estudio se impone. Ya digimos que en la Universidad central había sido creada una cátedra de antropología, y que el doctor Manuel Antón había sido nombrado profesor de la misma. Nadie mejor preparado que él para esta enseñanza, y ya cuando sólo era director del Laboratorio de Antropología, había creado alumnos que hacen honor al maestro.

Entre estos alumnos figura el primero D. Luis de Hoyos Sainz. Después de 1889 ha publicado un cierto número de memorias especiales y originales que han llamado justamente la atención de los que en Europa se interesan por estos estudios. El libro que acaba de publicar no ha de dejar de proporcionarle las felicitaciones de todos los antropólogos.

El *Manual* de D. Luis de Hoyos está llamado, no únicamente á prestar servicio no sólo á los españoles que quieran dedicarse á estudios originales, sino á los sabios de otros países. No es en modo alguno una traducción de alguno de los tratados que nosotros poseemos, sino una verdadera obra original, nueva, clara y concisa, en la que el autor ha expuesto los métodos y los procedimientos seguidos en los diversos países de Europa. Ha

tenido en cuenta los trabajos todos, incluso los más recientes, y describe aparatos de los que no se hallaba todavía descripción en parte alguna.

Un manual de antropología no es una obra que se presta á ser resumida. Por lo tanto, nos limitaremos á decir que la *Técnica Antropológica* de D. Luis de Hoyos está concebida con un nuevo método, y trata en cuatro partes todas las cuestiones que importa conocer á las personas que deseen contribuir al progreso de la ciencia del hombre. El autor ha colocado al principio de su libro algunos párrafos que serán muy útiles de consultar cuando se quieran recoger, preparar ó conservar piezas y objetos destinados á ser estudiados más tarde.

Después de una primera parte consagrada á las generalidades y á la descripción de los materiales de estudio y de los instrumentos, viene una segunda parte en la que son expuestos los caracteres del esqueleto y cráneo, y los diversos procedimientos empleados para evaluar estos caracteres; un capítulo se ocupa del cerebro. La tercera parte, que tiene por objeto el estudio del vivo, es por sí sola una buena guía de antropometría. La cuarta parte, verdaderamente original y metódica, demuestra cómo es preciso operar y comparar para obtener resultados de la observación é inducir consecuencias lógicas. Por fin, el apéndice que termina el libro contiene la descripción de algunos procedimientos especiales y dos capítulos que tratan, el uno de la antropología criminal, y el otro de los problemas de la antropología.

En el libro que presentamos á nuestros lectores, el Dr. de Hoyos ha demostrado á los antropólogos que cuentan, al lado de allá de los Pirineos, con un nuevo colaborador é investigador, perfectamente preparado para contribuir á los progresos de la ciencia.—R. VERNEAU, *Profesor de Antropología en el Hôtel de Ville*.

Sólo una advertencia final hemos de añadir á lo transcrito. Que corresponden los elogios por completo á nuestro maestro el Sr. Antón y á nuestro amigo y colaborador Sr. Aranzadi.

Y ya que de lo nuestro nos ocupamos, no hemos de terminar sin manifestar que el *Avance á la Antropología de España*, que en unión del Dr. Aranzadi hemos escrito, acaba de ser publicado en alemán con el título de *Vorläufige Mittheilung zur Anthropologie von Spanien*, por el profesor de la Universidad de Munich el Dr. Ranke, y la ayuda del patriotismo de la infanta doña Paz de Borbón.

*
* *

Las mismas corrientes de aumento en la población que hicimos notar en una crónica pasada respecto á Alemania, se manifiestan en la nación italiana.

En efecto; comparando la población de Italia de 1893 con la de 1892, encontramos un aumento para el primero de 348.442 habitantes, ó sea 11,34 por cada 1.000, cosa que no concuerda muy bien con el decrecimiento en el número de matrimonios; pues mientras éstos se dieron en proporción de 7,49 por 1.000 en 1892 y de 7,50 en 1891, en 1893 sólo se han verificado 7,34 por igual número de habitantes.

Comparando el número de nacimientos de los últimos años, resulta que el último año ha excedido á los dos anteriores; pues que las cifras por cada 1.000 habitantes fueron 36,62 para aquél, 36,37 para 1892 y 36,31 para 1891.

Cosa inversa ha sucedido con las defunciones pues la cifra que por 1.000 habitantes ha sido en el último año de 25,28, se elevó á 26,29 en 1892 y á 26,21 en 1891. Los coeficientes menores de mortalidad, fueron los de Venecia (20,72), Piamonte (22,07), la Liguria (22,84) y Toscana (23,54).

La impresión que sacamos de estas cifras, es la de que sólo Francia es la castigada en el último año de un modo terrible por el decrecimiento de población. Y verdaderamente es ex-

traño el hecho de que Italia, cuyos habitantes pasan hace años difícil y calamitosa vida, y que lleva en su seno el germen mortal de un extendido pauperismo haya superado á Francia, cuya mayor prosperidad es innegable, en la cifra relativa de nacimientos y haya quedado por bajo en la de defunciones.

LUIS DE HOYOS SAÍNZ.

LUIS VIVES

CONTINUACION

I

EXPOSICIÓN DE LAS DOCTRINAS DE VIVES SOBRE LAS CAUSAS DE LA CORRUPCIÓN DE LOS ESTUDIOS

Ocúpase el libro II en la decadencia de la gramática, cuyo antiguo y amplio concepto restablece Vives en el sentido de la filología con la distinción entre *γραμματικός* (*litteratus*) y *γραμματιστής* (*literator*), saliendo en este punto al encuentro de la escasa estima que á la gramática conceden los escolásticos. El idioma pertenece al pueblo, y es mudable hasta el extremo de que al cabo de cien años apenas se entiende lo que antes se hablaba y escribía. De aquí la necesidad de que haya quien vigile y custodie el tesoro de la literatura: este es el oficio del gramático, que desde el punto de vista pedagógico tiene primeramente que dirigir la pronunciación y la mano del niño, pero luego formar también su espíritu de suerte que pueda acercarse á las demás ciencias provisto de abundante arsenal de conocimientos tomados de los autores que el gramático le ha hecho leer. No hay duda de que Vives pensaba, ante todo, en el contenido del autor y su explicación precisa y objetiva. Sigue una polémica contra los que señalan al idioma lími-

tes demasiado estrechos y pretenden que se proscriba toda palabra que no hayan leído en sus contados autores selectos, desechando así más de una tercera parte de las palabras castizas latinas indispensables muchas de ellas en las ciencias y en las artes. Las hay en gran número, y también frases y giros que no salen más que en un solo sitio; si por casualidad se nos escapa éste, podremos rechazar voces genuinas romanas. Dirige de igual modo sus censuras contra Lorenzo Valla, á quien, por otra parte, considera altamente y que de seguro tuvo influjo eficaz sobre Vives por varios conceptos.

Es otra principal causa, de haber decaído la verdadera gramática, el prejuicio que suele oírse á menudo de que los estudios humanistas son dañosos para el cristianismo, y que las lenguas, es decir, su cultivo preciso con arreglo á la filología, encierran un semillero de errores. Vives discurre prolijamente contra tal preocupación, tratando de probar, entre otras cosas, que los católicos tienen, por lo menos, estilistas tan notables como los protestantes. Hay que tener en cuenta, para juzgar debidamente este pasaje que en modo alguno se dirige contra los protestantes, sino contra el partido monacal que trataba de herir con aquel reproche á los adeptos de Erasmo. «¡Cuánto deben esos calumniadores (exclama Vives irónicamente) al latín mismo que persiguen con tanto encarnizamiento! Si de esa suerte injuriasen cualquier idioma nacional, serían arrojados á silbidos por el pueblo; pero como mascullan una especie de latín, no solamente se los tolera, sino que hasta son reverenciados porque para el vulgo no hay en la lengua latina más que puros misterios. Por último, hasta se han dado maña para introducir en la gramática las rencillas escolásticas. Claro está que al preguntar quién dió fin á la primera guerra púnica, ó dónde desembarcó Eneas después de la tormenta que arrostraron sus naves, no cabe sino saberlo ó no saberlo, sin que sea posible disputar mucho sobre ello. Así y todo, han llevado á la gramática del campo de la dialéctica la doctrina de las definicio-

nes y las divisiones, los argumentos, la mayor, menor y conclusión; de la metafísica, la «realitas», «formalitas» y «entitas», el «modus significandi», etc., y enuncian la cuestión de por qué es masculino este nombre y neutro aquél; un verbo activo y otro deponente.» Declara Vives que es de lo más necio que se ha imaginado nunca.

A seguida el autor, fiel á su amplio concepto de la gramática, viene á la crítica de la poesía y de la historia, si bien en este punto, dada la limitación de su sentido, no ocupa su debido lugar en la poesía el elemento estético, con lo cual está mal formado el juicio en conjunto. Así, por ejemplo, acrimina fuertemente á Homero por haber presentado como el modelo de un príncipe al cruel é inhumano Aquiles, y como el de un sabio al imprudente y falaz Ulises. Lo mismo hace con Ovidio, que osa decir de su poesía: *Est deus in nobis*, y llega hasta sentar el principio de que la poesía sólo consiste en la forma y no el contenido. Con que haya no más un poeta que engrandezca la mentira, por nada quiere oír hablar de poesía. Respecto á la comedia, ensalza á los poetas modernos, por lo que hace al fondo, sobre los antiguos, Aristófanes, Plauto y Terencio, porque aquellos tratan, en general, de unir al goce doctrinas provechosas; en cambio, fueron los antiguos grandes maestros de la forma, y se lamenta de que las hordas bárbaras de las emigraciones hayan destruido aquel delicado sentido de los antiguos para el ritmo y la cantidad de las sílabas, teniendo que introducir el sonsonete de la rima para satisfacer sus asnales oídos.

Lleva esta sección de literatura (cuyos principios estaban muy difundidos entonces, aunque sin haberse sacado de ellos las consecuencias tan hábilmente como lo hizo Vives) una breve crítica de la historia, que puede contarse sin vacilar entre las más importantes partes del libro, no obstante contener sus faltas de equidad, sobre todo, en el juicio excesivamente duro que forma de los escritores griegos comparados con los latinos, y prescindir en absoluto de la mitología,

á causa de que para Vives las cosas son verdaderas ó no lo son; y en este último caso, les aplica en seguida el dictado de mentira. Pero á la vez que esto, hállanse tentativas ingeniosas para hacer derivar los errores históricos, ya de la interpretación literal de las expresiones poéticas, ya de la confusión de personas que tenían el mismo nombre, ó de la carencia de una cronología cierta, etc., etc. Además, tienen en esto gran culpa, la manía de exagerar y la vanidad nacional de los pueblos; en Grecia, principalmente por el excesivo número de personas de talento, pues cada cual se creía en el deber de presentar cosas lo más grandiosas é increíbles que pueden, á fin de sobresalir entre los demás. Vives se mantiene fiel á sus aspiraciones de paz: encuentra altamente reprochable que la historia ensalce á un César que había causado la muerte de tantos hombres en la guerra civil; y civiles son, en el fondo, todas las guerras; *quid aliud sunt omnia inter homines bella quam civilia* (1)? Termina el libro con una ojeada á los escritores modernos, siendo de mencionarse la acritud con que condena las leyendas; dice que, así como los historiadores profanos toman un partido conforme al punto de vista nacional que les conviene, igualmente los autores de leyendas tratan á sus santos según su personal devoción y afecto, de suerte que no es el amor á la verdad el que inspira la historia, sino la inclinación y los sentimientos apasionados. Censura en duras frases la «*Leyenda Áurea*»; de ella afirma que no es de oro, sino que está escrita por un hombre *ferrei oris, plumbei cordis*. No halla nada más simple que tal libro, y los cristianos debían sonrojarse por no brillar mayor fidelidad histórica en la vida de sus hombres más santos. Dice de otros escritores, que son más guardadores de la verdad, pero cometen el yerro de transmitirnos sólo cosas accesorias y callar las principales; otros, en cambio, asustan por su estilo, pues aunque lo esencial en la historia es la verdad, el lector se ve

(1) Tomo VI, pág. 106, ed. Mayans.

atraído por la narración de los Tácitos, Livio y Tucídides, mientras retrocede ante la manera de escribir de los modernos. Encuentra también Vives fastidiosos los escritos en las lenguas actuales, cosa tanto más deplorable, cuanto que inclina á la gente hacia los libros de recreo y de mentira. El libro acaba con una fuerte censura de las novelas caballerescas, como las de Amadis, Florisandro, Lanzarote, los caballeros de la Tabla Redonda, Rolando, etc., cuya lectura estropea el espíritu, lo mismo que las golosinas el estómago.

Especial cuidado revela la redacción del libro III (decadencia de la dialéctica), y es de un gran valor, no sólo para la histórica de la escolástica sucesiva, sino por las excelentes y delicadas observaciones que sobre el mismo Aristóteles contiene. Aquí, no obstante, es imposible dedicarle demasiado espacio, porque rebasaría los límites de lo pedagógico, ni conviene tampoco extractarlo con exceso si ha de quedar una idea clara del mismo. Podemos también remitirnos, en cuanto á la mayor parte de su contenido, á lo dicho con ocasión del tratado contra los pseudodialécticos, cuyo tenor reaparece ahora con mayor amplitud y razonamiento más sosegado. Empieza Vives con una crítica de Aristóteles que, en opinión de nuestros modernos filósofos, no es otra cosa que haber realizado con clara y penetrante mirada la idea de una «lógica formal», frente á la confusión de lógica y metafísica de que Aristóteles adolece, bautizada hoy, sin embargo, por los actuales aristotélicos de «teoría del conocimiento», mucho más elevada que el concepto de la lógica común, y en la cual debe consistir la esencia de la de Aristóteles. Prueba aquella crítica, no sólo que Vives llevó á cabo con absoluta y fundamental claridad la reducción de la lógica aristotélica, sino que también contiene pruebas individuales que hasta hoy todavía no han alcanzado igual firmeza y precisión en su desenvolvimiento. Vives sólo indica los puntos capitales de la cuestión exponiendo lo necesario y nada más con suma brevedad. Con igual rigor que el factor metafísico, separa de la

lógica el gramático, aunque concediendo que Aristóteles—el cual no hallaba una ciencia de la gramática—admitió con razón algunas explicaciones gramaticales que no obstante están lejos de ser para nosotros de valor decisivo. A este mismo título separa Vives de la lógica (fundadamente, á nuestro juicio, según en otra parte confiamos demostrar) la doctrina entera de la modalidad de los juicios, con la notable afirmación de que no deben considerarse los conceptos de la modalidad sino como otros adverbios análogos; que la expresión «imposible» no quiere decir en lógica otra cosa que «nunca»; necesario equivale á «siempre», y «posible» vale tanto como «alguna vez». Por más que esta explicación no agote completamente el asunto ni abarque las significaciones del término «posible», ha de confesarse que en lo esencial acierta siempre. Verdad es que la teoría de la modalidad es á la vez en Aristóteles metafísica de todo en todo, y puede inducir á que se tenga conocimiento imperfecto de ella la circunstancia de que Vives no la estudió desde ese punto de vista; mas en el fondo, el mismo defecto en el orden metafísico reconoce también por causa el sobreestimar excesivamente la importancia objetiva de la expresión en el lenguaje.

Repetidas veces insinúa Vives aquí, como en la sección consagrada á la lógica de los modernos, que hemos de examinar en breve, cuán antipedagógico es que siga inmediatamente la dialéctica á la gramática en la exposición, y sobre todo una dialéctica de índole tan metafísica que muchos alumnos se quedarán sin comprender partes enteras, como, v. gr., la doctrina de las categorías, ya de suyo oscura y plagada de contradicciones. Menos adecuadas aún son para los muchachos las sutilezas y sofisterías de los escolásticos, si bien el hueco esquematismo de su enseñanza nació, en buen hora, de la circunstancia de darse á jóvenes que carecen de toda clase de ideas y de conocimientos positivos.

Al final del libro rechaza Vives asimismo la mayor parte de las innovaciones introducidas por Lorenzo Valla, sin dete-

nerse, no obstante, á razonar su censura, dado que no tenían eco alguno las afirmaciones de éste. Si el tono de esta crítica puede aparecer como una ingratitud hasta cierto punto con respecto á tan benemérito precursor en la esfera del pensamiento propio, en realidad no cabe duda de que Vives procedió en este terreno con grandísimo fundamento.

Trata en el cuarto libro de la retórica, y en él se presenta una oposición entre su criterio y el de los antiguos (Aristóteles en particular), semejante á la que hay en la lógica. De igual modo que antes rechazaba la pretensión de que la lógica muestra el camino para el conocimiento objetivo, ahora opónese á la creencia de que la retórica puede y debe enseñarnos á tratar convenientemente cada cuestión propia del arte oratorio. Aquello que antes adjudica á las ciencias particulares, ahora lo atribuye al conocimiento positivo y exacto obtenido, no de las reglas, sino tomado de la experiencia y del ejercicio en el manejo de los diversos objetos. No es posible que el arte oratorio aspire á ciencia universal; todos los esfuerzos por equipar de antemano al futuro orador únicamente conducen al menoscabo de la materia, de infinita abundancia, y á la limitación del horizonte, la cual combate Vives tanto como el conjunto de lugares comunes y de fórmulas que se establecen para todas las partes del discurso. Debe el orador, á más de conocer las reglas generales de la retórica, dominar también la materia de que trata. Sólo como ejemplo pueden tener valor los casos de aplicación de la retórica á la teoría de las artes, y Vives emplea tan copiosamente tales ejemplos en su propia retórica (*De ratione dicendi*, sobre la cual diremos luego algunas palabras), que aporta quizá más materiales de las historia, de la política, etc., que muchos manuales de los que pretenden sistemáticamente formar de la manera aquí combatida una persona ilustrada para todos los casos. Es con todo notorio su propósito de que el alumno halle en las reglas un auxilio, no una farragosa carga, de guiarle hacia la independencia de espíritu, no sujetarle á una mez-

quina elección de modelos, de suerte que la separación de forma y materia, desde luego justa y conveniente, tiene al mismo tiempo una gran importancia didáctica. Por tanto, aunque Vives limita estrictamente la retórica á la doctrina del discurso, de su vigor, belleza y eficacia, colócala en lugar elevado y le atribuye un propio valor político-moral, puesto que es el vínculo entre los Estados sin el cual no es posible la comunidad de la vida, de igual modo que sin leyes no cabe sociedad bien ordenada. Hasta en los animales que viven en agrupaciones se observa que son susceptibles de entenderse entre sí mejor que los demás. La retórica, sin embargo, tiene su origen en los Estados libres, y sólo puede alcanzar su perfeccionamiento en las asambleas donde se debaten y resuelven libremente las cuestiones; así es que no podía ser otra que la caída de la república y el advenimiento de la dictadura la causa de su decadencia.

Termina Vives esta reseña histórica comparando los oradores cristianos con los antiguos, donde aparece clara la desventaja de aquéllos. Modernamente es verdad que se ha vuelto á la imitación de la antigüedad, más con ello cáese también en el defecto de copiarla servil y poco honradamente. Manifiesta Vives con ejemplos cómo han imitado los antiguos, v. gr., Virgilio á Homero ó á Ennio, esto es, conservando la libertad propia y aun la tendencia á sobrepujar el modelo en lo posible. En vez de hacerlo así, ahora se inclina á los alumnos de retórica á cometer un verdadero robo, creyendo que resulta un bello discurso con sólo copiar tal cual fragmento de un escritor clásico, cuando la verdad es que ningún efecto cabe obtener con esas rapsodias de frases vacías. Lo principal en toda elocuencia es manifestar aquello que se lleva dentro del espíritu, cosa posible en cualquiera idioma que hablemos, no sólo en el latín y el griego. ¡Cuánto más elocuente fué Anacarsis que muchos atenienses, bien que se expresase en la lengua escita ó en una especie de griego matizado con modismos de ella! Por más odioso, pues, que sea un len-

guaje impuro é incorrecto, siempre resulta mejor en él un discurso sobre asuntos grandiosos y elevados que otro lleno de ornato y delicadeza sobre cosas baladíes. Reune Vives en el libro V las ciencias naturales, la medicina y las matemáticas. Resalta ya en él una idea sencilla, con más claridad realizado en el libro IV *De disciplinis*: en vez de ceñirse á Aristóteles, debe buscarse la investigación propia; en vez de las disputas, la contemplación callada de la naturaleza, y en lugar de disquisiciones metafísicas, lo que se necesita es observar y reflexionar sobre los fenómenos efectivos naturales. Casi cien años después hizo época Bacon desarrollando este mismo pensamiento, y cuando ya habían entrado por igual camino positivamente muchos hombres importantes, mientras que Vives escribió en un tiempo en que no tenía á la vista, como Bacon, la resonancia de estos nuevos triunfos. Además, parece que no se ocupó mucho en los estudios matemáticos y de ciencias naturales, ni estaba tan quebrantado el prestigio de Aristóteles como en tiempo del pensador inglés. También estuvo muy lejos Vives de hacer de esta cuestión la tarea principal de su vida, por lo cual es más de admirar aún la claridad y firmeza con que desenvolvió sus ideas en este género de saber.

Tras una introducción en que examina la situación del hombre para con la naturaleza, comienza demostrando que debe buscarse en los antiguos, señaladamente en Aristóteles, el núcleo primero de muchos y diversos errores; sus obras, y más todavía las de Plinio, contienen opiniones vacilantes y contradictorias entre sí, habiendo, principalmente, de notarse la tendencia á generalizaciones precipitadas sobre la base de una escasa y desmembrada observación. Agrégase á esto el amor propio y el afán de disputar. Aquel filósofo que para todo exige pruebas suficientes y adecuadas, declara, no obstante, en su *Metafísica*, que nos encontramos ciegos para los más claros fenómenos de la naturaleza como el buho respecto á la luz solar; así es que, en vez de contentarse con in-

vestigar las cosas más sencillas y á nuestro alcance, diríjese á las que exceden del entendimiento humano, ó que al menos están de nosotros tan distantes que no podemos examinarlas. Por esto es Aristóteles tan preferido de los modernos, porque en él hallan materia para las polémicas que ofrecen en vez del conocimiento real y positivo; por esto también dejan á un lado sus obras mejores y se atienen á las que están llenas de sutilezas, que tampoco comprenden, parte por ignorancia propia, y parte porque son ininteligibles. Refuta muy extensamente la opinión de que fuera de Aristóteles no hay que buscar amplio conocimiento de la naturaleza, y se burla de los «ingenia metaphysica» en términos que recuerdan el tono que hoy emplean los naturalistas contra los filósofos. (Vid. tomo VI, pág. 190, ed. Mayans.) Sigue luego un ataque á los comentaristas, fustigando cruelmente, en particular á Averroes, de un modo que hace ver notorio el influjo del odio que lo anima contra la fe mahometana.

Estima Vives que la medicina es ciencia rigurosamente natural, fundada sobre la observación y los experimentos, auxiliados por el sano juicio; si faltan todos estos elementos, tiene que perecer la ciencia. También en ese punto muestra cómo, merced al prurito de disputar y á la codicia del lucro, han sustituido la vanidad y las sutilezas sofísticas á la ciencia verdadera. Provistos de aquellas armas los jóvenes médicos, sin conocer las plantas, los animales, los elementos, ni tener base alguna de experiencias y de observaciones, sin criterio ni golpe de vista ejercitado por la práctica, son admitidos á los grados académicos, y enviados luego por la Universidad á las ciudades y aldeas próximas para ejercer allí su profesión cual turba de crueles verdugos asalariados.

Cuenta Vives entre las ciencias matemáticas, además de las cuatro sabidas que forman el *cuadrivium*, aritmética, geometría, música y astronomía, también la óptica (perspectiva), cuyo esmerado cultivo reclama en varias de sus obras. Cree

posible, al lado de la óptica, una acústica matemática, de la cual se han dado ya los primeros pasos. Es sumamente simpático el rigor filosófico con que persigue y realiza, de igual modo que en la lógica, el punto de vista subjetivo (para usar de una expresión moderna). Son abstraídos de la materia los puntos, líneas y superficies, las cuales nada son, por tanto, en la naturaleza de las cosas, sino meras abstracciones del espíritu. Podemos llamar un «punto» al sol en el cielo (1), á la tierra en el mundo, en cuanto prescindimos de su extensión, ó considerados como si ninguna tuviesen, y con esta abstracción relaciona la absoluta certeza y seguridad de estas ciencias por él defendidas. Declara Vives redondamente no constituir ciencia (ni haber, por tanto, para qué tratar de su decadencia) la astrología, que todavía entonces hallábase muy en boga entre gentes de gran ilustración, Melanchton, por ejemplo; dice que es sencillamente un embuste; y de cualquier modo, no pertenece á los matemáticos, por más que se llame á menudo «matemáticos» á los adivinos. Desde luego se nos han conservado con toda pureza los conocimientos matemáticos de los antiguos, por la sencilla razón de ser de los que menos nos hemos ocupado (de pasada afirma que, por igual motivo, son mejores los manuscritos de Alemania que los de Italia, esto es, porque allí han tenido más sosiego). Entiende que la música está colocada en lugar muy subordinado, aduciendo las mismas razones que tiene para rebajar entre los antiguos el nuevo arte de la versificación.

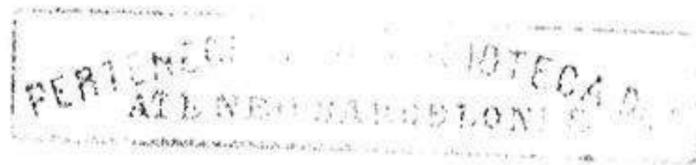
En los libros VI y VII trata de la degeneración de la filosofía moral y del derecho civil; y habremos de examinarlos muy sumariamente, por más que abunden ambos en excelentes observaciones. En la ética impugna Vives la doctrina de la felicidad, de los bienes y las virtudes de Aristóteles, y de-

(1) Título IV, pág. 204, ed. Mayans. Todas las ediciones que conocemos dicen: «*Ut sol in coelo, in terra, in mundo*», en lo cual no hay sentido, debiendo leerse: «*Ut sol in coelo, terra in mundo*».

muestra que son mejores que la de éste y más próximos al Cristianismo tanto la ética socrático-platónica como la misma de los estoicos. Ensalza en Sócrates, padre de la filosofía moral, el haber siempre unido á la explanación de sus ideas el propósito de avivar los ánimos hacia el bien y de guiar la voluntad por el recto camino, al paso que censura en los estoicos el haber introducido en la explicación de las verdades éticas el ergotismo y el afán de disputa. Pero mientras rechaza Vives como anticristiana la moral aristotélica, oponiendo á ella la luz de la revelación, en modo alguno quiere renunciar á una ética puramente filosófica, sino que está, por lo contrario, convencido de que mediante la sola luz natural que en nosotros existe, y á la cual atribuye un *quid divinum* podemos inducir las verdades más esenciales del cristianismo por la pura filosofía, lo cual juzga como misión elevada é importante. De aquí que rechaza decididamente la doctrina escolástica que admite una ética meramente natural, esto es, la aristotélica y otra divina, teniendo ambas sus derechos en cierto modo: «No podemos servir á Jesucristo y á Aristóteles, porque son contradictorias sus doctrinas.» Demuestra luego que los modernos han interpretado mal á Aristóteles en muchos respectos, é impugna como especialmente dañina en este punto la siempre por él combatida manía polemista, porque endurece el alma y embota los sentidos incapacitando al hombre para apreciar la dignidad de la virtud, consideración que aplica especialmente á la esfera pedagógica; los jóvenes, dice, no se hacen mejores, sino peores, discutiendo la moral, y adelantán más en el dominio sobre sus pasiones leyendo tranquilamente algunas páginas de Séneca ó de Plutarco, que con todos los comentarios acerca de la ética que no hacen sino embotar el ánimo tratando con frialdad los asuntos más elevados, no siendo ya posible que después penetre en el endurecido pecho la saludable advertencia de la virtud.

Al criticar el derecho civil, halla Vives en él una causa principal de la muerte de la libertad y del creciente poder

tiránico de los soberanos que convierte la acción entera de la legislación en fautora de que se afirme y aumente aquel poder, menospreciando el bienestar público y produciendo el quebrantamiento de toda ley y todo derecho. Desde luego los romanos, ya en la época de la libertad manejaron el derecho únicamente como medio de afianzar la propiedad, sin hacer caso alguno de las leyes que en Grecia tanta importancia tenían en materia de educación. De tal suerte, no sirvió la legislación para elevar el nivel moral del pueblo, sino que creó únicamente un medio de luchar con palabras, con el cual siempre triunfaba el más fuerte. Las leyes que han de aprovechar realmente al pueblo deben ser tan sencillas que pueda todo el mundo entenderlas y utilizarlas; en cuanto á su aplicación á cada determinado caso, debe ser dirigida con arreglo al derecho natural (*aequitas*), no por una casuística mecanizada y sujeta á toda clase de disquisiciones, ó á la caprichosa alegación de casos anteriores, pues la realidad con su infinito contenido consta de situaciones y circunstancias siempre nuevas. Es muy favorable á la codicia de los abogados tal estado de vaga incertidumbre, pues así pueden promover nuevos litigios y aumentar indefinidamente los procesos.



II

EXPOSICIÓN DE LOS PRINCIPIOS DE LUIS VIVES SOBRE LA REFORMA PEDAGÓGICA

A los siete libros sobre las causas de la decadencia de las ciencias siguen como en simétrico contraste los cinco de la enseñanza científica (*De tradendis disciplinis*), el primero de los cuales contiene una introducción general. Gusta á Vives en el comienzo de sus obras exponer en construcción filosó-

fica la historia primitiva y el desarrollo y progreso de la sociedad, y aquí lo realiza con especial prolijidad tratando de mostrar cómo el hombre no tenía que luchar al principio más que por la mera existencia, y cuando esta necesidad fué haciéndose menos rigurosa, cómo hallaba placer en adquirir conocimientos.

Guiado únicamente por el deseo de los descubrimientos y su orgullo por lo inventado, abismóse del todo su espíritu en esta faena, y empezaba ya á extraviarse cuando le hicieron parar en este camino ciertos hombres privilegiados poniéndole la cuestión de á dónde conducía tal afán, y en lugar de la interminable y fatigosa investigación de lo sensible, trataron de alcanzar verdades más altas, buscando aquello que da al espíritu tranquilidad y satisfacción completa. En esta empresa hubo de venir en auxilio del hombre la revelación que le hizo ver la eternidad como su verdadero fin; aquí está lo único que le es preciso; puede pasar y alcanzar su fin sin ciencia, mas no sin la fe. Toda nuestra actividad científica es para la religión lo que el juego para el trabajo serio de la vida, y así como tiene el juego su importancia en el concepto de ejercitar las fuerzas y de espaciarse, así también la tienen las ciencias para la vida superior del espíritu.

En este punto vuelve otra vez el autor al origen de las ciencias y le describe enteramente al modo de Bacon (1). Se puede tener como inventores en las ciencias—dice en seguida—tanto á los que hicieron las primeras observaciones como á los que de los experimentos sacaron máximas (*qui de experimentis collegerunt dogmata*). Han alcanzado asimismo el nom-

(1) Tomo VI, 249, ed. Mayans: «Initio una atque altera experientia ex admiratione novitatis annotabatur ad usum vitae, ex singularibus aliquos experimentis colligebat mens universalitatem, quae compluribus deinceps adjuncta et confirmata pro certa explorataque haberetur: tradebatur tum posteris, addebant alii, quae ad eundem usum finemque pertinerent. Haec collecta per magni ac precellentis ingenii viros disciplinas sive artes effecerunt...» «Quidquid nunc est in artibus, in natura prius fuit.»

bre de inventores cuantos se consagraron á compilar, ordenar y comentar las doctrinas dispersas, como hizo Aristóteles en la dialéctica: todo ello, en último término, no pasa de ser ensayos arbitrarios y vagos cuando no van dirigidos por un método (*ratio*). Así, como dice Platón, la experiencia provoca y trae la ciencia, pero á su vez es dirigida por ésta. Viene después una extensa disertación sobre la naturaleza de la ciencia, el propósito que en su estudio llevamos y la manera cómo éste debe hacerse, planteando en este punto la cuestión de cuáles móviles son perjudiciales y cuáles beneficiosos para el hombre. Con tal motivo vuelve sobre la religión, que estima como finalidad última y punto de partida de toda cultura, en consideraciones de belleza y de hondo sentido.

Debe la religión enseñarse en dos diversos grados: primero, las ideas más fundamentales y simples relativas á Dios y á nuestro salvador Jesucristo; después, otras más detalladas, no adquiridas de cualquier invención ó genialidad humana, sino únicamente de la Sagrada Escritura, donde se contiene el conocimiento perfecto y completo del temor de Dios. Como un tercer grado sigue el libre estudio teológico de aquellos hombres que más se han elevado en el amor divino y están destinados á apacentar los rebaños cristianos (1). A seguida se muestra que ningún conocimiento puede por sí perjudicar á la fe, pues todos ellos toman su objeto de las cosas que Dios ha creado, y que son buenas por tanto; antes bien, el mismo conocimiento lleva hacia Dios, porque su natural camino es subir de los efectos á las causas, y Dios es la

(1) Tomo VI, 256, ed. Mayans. Es notable todo el pasaje desde las palabras *Nunc illud est a nobis* (comienzo del cap. IV, después de la introducción de Mayans) con respecto al punto de vista religioso de Vives. El referente al estudio teológico, escrito con muy delicado estilo: *Haec sunt ejus cui commisus est grex, qui et a domino audivit: «diligis me plus quam hi?»*, pudiera, quizá, aludir á la autoridad del Papa; mas lo indudable, según todo el contexto es, conforme á la enseñanza de Vives, que son precisamente los verdaderos pastores los que poseen aquel elevado amor.

causa suprema. Filón y San Basilio afirman que Abraham y Moisés llegaron á conocer á Dios por la contemplación de la naturaleza, y en este sentido también canta el Salmista: «Los cielos narran la gloria de Dios», y San Pablo dice que las cosas invisibles de Dios se conocen por las visibles (*invisibilia Dei per visibilia intelligi*, Romanos, 1, 20). De aquí que la ignorancia soberbia es, aun moralmente, más perjudicial que una ciencia discreta y modesta. Son las ciencias en sí todas ellas buenas, mas no siempre lo son para nosotros: así, por ejemplo, puede dañar el estudio si se emprende de modo que con él padezca la piedad. Los libros de polémica son perjudiciales. Después de hacer derivar de la filosofía todas las verdaderas ciencias, viene Vives á la literatura y deduce la necesidad de un guía ante la inmensa cantidad de libros. Dejando para lo futuro el desenvolvimiento de esta idea, en los siguientes libros se propone empezar á mostrar qué es lo que ha de aprenderse en cada ciencia, y termina con varias consideraciones acerca de las medidas de precaución que deben tomarse para utilizar las obras de los adversarios del Cristianismo.

El libro II está consagrado casi por entero á cuestiones pedagógicas, mereciendo por lo mismo que le examinemos aquí con alguna mayor extensión. Se propone explicar primeramente, qué se debe enseñar y cómo; en dónde han de establecerse escuelas y quiénes deben ser los maestros. Comienza tratando del lugar, en el cual se buscará ante todo una situación saludable, pero sin que ofrezca atractivos en su proximidad, que ofrezcan á los alumnos tentaciones de escapatoria. Hay que mirar en seguida si hay alimentos sanos y baratos, para que no tengan que renunciar al estudio, por falta de recursos suficientes, muchos alumnos bien dispuestos. Vives da importancia á la educación de los jóvenes pobres, no sólo por ellos, sino por el beneficio general, pues los ricos se inclinan más que á los estudios serios, á la caza, á cabalgar, á la guerra, al juego y á las diversiones. Tampoco debe

ser un sitio en que haya muchos talleres, sobre todo que produzcan ruido; mas tampoco al contrario, es decir, que no reine gran soledad, pues es conveniente que haya quien pueda observar su conducta y ser testigo de sus vicios. Los habitantes es de desear que en lo posible tengan carácter serio y no sean pervertidos; que no haya tabernas ni seductores, pero tampoco gentes avaras y tacañas que inoculen en los estudiantes un espíritu mezquino opuesto á la sabiduría. Debe asimismo evitarse la vecindad de cortesanos y de doncellas; lo mejor sería un sitio elegido fuera de la ciudad, si era sobre todo marítima ó comercial, aunque no de los destinados á recreo de los habitantes, ni en punto próximo al camino real donde la curiosidad perturbase el recogimiento del estudio. Son desfavorables las comarcas fronterizas, sujetas á los azares de la guerra; en cada distrito debía existir una academia con objeto de que no se alejasen mucho de su país los estudiantes al cerrarse la frontera. Y no causa admiración, agrega Vives, el que se emplee tal esmero para la elección del sitio en que debe nacer y crecer la sabiduría, cuando tantos cuidados se ponen para establecer las colmenas de abejas, que al fin y al cabo sólo han de producir miel.

Los maestros deben no solamente poseer los conocimientos necesarios, sino también habilidad para enseñar. Sus costumbres deben ser puras; será su primer cuidado el de no decir ó hacer cosa alguna que sirva de mal ejemplo al discípulo, ó que no pueda imitar éste sin peligro. Si tienen hábitos inconvenientes, deben, ante todo, esforzarse porque desaparezcan, y siquiera aunque esto sea mucho menos recomendable, abstenerse de practicarlos en presencia de los alumnos, los cuales natural es que tomen por medelo á su maestro. A la pureza de costumbres debe ir unida la prudencia, porque es de la mayor importancia, así en las lecciones como en la reprensión y el castigo, guardar la exacta medida y ejecutarlo todo en su verdadero lugar y tiempo; todo acto inoportuno es ocioso é ineficaz. Debe además ser el maestro persona honrada y

amante de las ciencias para que practique la enseñanza con gusto, como ejercicio y tarea propia y con objeto de que recaiga en beneficio de los demás. Sus propósitos deben ser inspirados en un afecto paternal hacia los discípulos; jamás por el ingreso que la enseñanza produzca.

Dos vicios se deben ante todo evitar en la educación de la juventud: la codicia y la ambición, que no sólo corrompen las ciencias, sino que hacen despreciables á quien las cultiva y aun el estudio mismo; ¿es posible que gobierne á sus discípulos quien de ellos sólo espera gloria y dinero? Debía por esto quitarse en las escuelas toda ocasión de lucro dándose á los maestros un sueldo del Estado, tal como desee la honradez y desdeñe la impudencia; pues si la cantidad es excesiva, puede servir de cebo á gentes indoctas y de ideas insanas que cierran el paso á los verdaderos sabios que no conocen ó no quieren emplear las artes del pretendiente. Nada debe obtener un maestro de sus alumnos, á fin de que no ande buscándolos á todo trance, ó tenga que tratarlos con demasiada indulgencia; tampoco debe venderles provisiones, siendo preferible que entre los compañeros elijan semanalmente una especie de mayordomo (*architriclinus*) que haga comprar los comestibles y dé cuentas á fines de la semana. Los manjares deben ser económicos, sanos y de fácil digestión.

También hay que evitar toda ocasión de envanecimiento y de arrogante ostentación; por lo cual deben ser muy poco frecuentes las discusiones en público, en las que no se busca la verdad, pues los aplausos se dirigen, por lo común, á quien más lejano de ella está; allí no se busca sino el brillo del talento ó de la práctica en la polémica; y de la competencia para buscar el triunfo surgen querellas, enemistades y ofensas, y, lo que es peor, á saber: que el talento esgrime sus armas contra la verdad. Al describir Vives esta lucha y sus deplorables consecuencias, presenta la cuestión de si deberían existir grados académicos; no pretende excluirlos enteramente, pero sí ordenarlos mejor y reducir su número. Para cada

ciencia era menester fijar legalmente un período determinado de estudio, á fin de precaver la vana superficialidad; si bien debe concederse algo más tiempo á las inteligencias tardías. Sin descender al pormenor, tocante á los grados y puestos de honor académicos, pasaremos á examinar un capítulo que se refiere á los muchachos, más que á los adolescentes.

Llevado un niño á la escuela por su padre, debe en seguida hacerse saber á éste que no debe buscarse la educación científica como medio de procurarse una vida regalada, lo cual sería mezquina recompensa para tan noble trabajo. Pero es menester que con esta declaración coincida realmente la personalidad y conducta del maestro; pues, ¿qué esperanzas podrá tener el padre respecto de la futura sabiduría y mérito de su hijo, si ve que el profesor, á quien ha de tomar por modelo, es un necio ó un malvado? Hay que manifestarle que el objeto del estudio es hacer al joven más sabio, y entre tanto más virtuoso. El discípulo permanecerá de uno á dos meses en el colegio (*maneant in poedagogio*; entendiéndose esto mismo aun cuando residan sus padres en la localidad), á fin de que puedan apreciarse sus disposiciones. Los profesores deberán reunirse cuatro veces al año y conferenciar secretamente acerca de la aptitud de sus alumnos, señalando á cada uno los estudios que le sean más adecuados. Aquél que en general carece de disposición para las ciencias debe retirarse á tiempo del estudio para que no pierda su dinero y evite la consiguiente afrenta.

Sólo verificándose así, podrán los ignorantes reverenciar á los doctos como si fuesen divinidades bajadas del cielo, y venerar las academias como lugares sagrados. ¿Hay cosa más indigna que, en oposición á esto, nos veamos mofados y menospreciados por los ignorantes á causa de nuestra conducta, de nuestras torpezas, y, lo que es peor, que lo seamos con justicia? Es en verdad intolerable que los labradores, zapateros y carreteros, que las gentes, en fin, de las últimas capas sociales, contengan mejor sus pasiones que muchos sa-

bios. A una escuela conforme al modelo descrito debían ser enviados, no sólo muchachos, hasta personas ancianas se retirarían del fondo de su ignorancia y sus vicios, refugiándose en este puerto; los maestros se granjearían general respeto por su conducta digna y mesurada, logrando más de sus oyentes, merced á la confianza y veneración que mereciesen, que de los golpes y amenazas. El acicate más vivo para el trabajo y la más poderosa razón para la obediencia á los maestros debe ser la admiración que se tenga á sus dotes de talento y de carácter. Tal es la verdadera academia, á saber, una sociedad de hombres instruidos y virtuosos que se han reunido para hacer iguales suyos á los que á ella acuden para educarse. Ni basta tampoco que haya alguno bueno si hay muchos que no lo son; bien por la mayoría en que estén, por su mutuo auxilio ó su audacia dominarán los malos á los buenos, y los discípulos habrán de inclinarse hacia el que sea más indulgente para ellos.

Ha sido una de las cuestiones de pedagogía, si es ó no mejor lugar para la educación el hogar doméstico; en el caso de haber academias como las antes descritas, sería preferible educar en ellas al muchacho desde la misma infancia para que desde luego abrazase las buenas costumbres y tuviese repugnancia hacia las malas; pero tal como son hoy aquéllas, es muy difícil resolver la cuestión.

Ante todo deben los niños habituarse á complacerse con lo bueno y hallar disgusto en lo malo; mas hay también que arreglarse á medida de su capacidad mental, porque no comprenden todos de igual manera lo que es elevado y perfecto. La costumbre es cosa que penetra dulce é insensiblemente; las ideas recibidas cuando niños nos persiguen hasta muy tarde, sobre todo si hallan su apoyo en la razón á medida que la edad avanza. Además, son por su naturaleza los niños semejantes á los monos (*sunt pueri naturaliter simii*); están continuamente imitando, en particular á las personas que por su respetabilidad ó por la confianza que les dispensan, estiman

ellos dignas de ser imitadas, v. gr., los padres, maestros, ayos, etc. Por esto se echan á perder muchos por culpa de los mismos que debieran hacerlos mejores.

Al padre toca emplear el mayor cuidado tocante á la educación moral de un hijo, más aún que en cuanto á la herencia que pueda dejarle. Es muy natural que Dios le pida cuenta en este punto, y así lo confirman ejemplos y doctrinas de la Sagrada Escritura. Por tanto, debe el padre someterse á sí propio y á toda la familia á un severo examen; si en ella encuentra personas que han de ejercer influjo pernicioso sobre el hijo, está en la obligación de alejarlas del hogar, y cuando esto no sea posible, hacer que se eduque fuera de él. Entre los romanos de la antigüedad, había personas ancianas, de dignidad y distinción, que se encargaban de educar á los jóvenes, por puro amor á la patria; sentimiento éste desconocido en los modernos, donde cada uno vive para sí solo, desdiciendo indebidamente aquella alta función. El padre, pues, debe elegir para educador de su hijo, á ser posible, una persona de carácter religioso y sano que le dé la instrucción, aun cuando se valga también de otras, porque de lo contrario, según muestra Quintiliano, haría muy pocos progresos. Si no puede realizar esto el padre, ó no halla maestro apropiado, ó bien faltan los condiscípulos, enviará desde luego á su hijo á la escuela pública de la localidad, aunque no en la situación de interno, porque no es tan higiénico el trato ni la educación íntima tan saludable como en casa, á menos de suponer á los padres dotados de sentimientos ordinarios ó de conducta viciosa. Más todavía previene Vives contra los colegios de industria particular, que describe como verdaderos focos de corrupción. También disuade Vives, con copiosas razones, de enviar á los jóvenes demasiado pronto á la universidad, donde sabido es que se hallaban entonces en pensión y enseñanza alumnos de todas las edades. Omitimos aquí las observaciones, acertadísimas en su mayor parte, sobre los peligros de la corrupción y sobre la funesta eventualidad de

entrar en las escuelas superiores sin los necesarios conocimientos fundamentales y aun la de obtener por dinero los grados académicos, como asimismo sobre la desgracia que para la familia es recibir á un hijo, enviado á estudiar merced á grandes sacrificios, echado á perder, soberbio é incapaz de todo trabajo serio.

En casa, en cambio, van mejor las cosas; el tierno cuerpo recibe alimentación más sana, es la educación más decorosa y pura entre personas inteligentes y experimentadas; los gastos son también más pequeños. Mediante el contacto diario con los padres, se mantiene vivo el sentimiento de la niñez y es más fácil conservar el respeto paterno, el cual, á modo de un derecho, se renueva con el ejercicio, esto es, «mandando algo todos los días». Crece igualmente el cariño con sólo que el hijo sea de buena índole ó con que observe en su padre señales de honradez y de sabiduría; la piedad se difunde de mismo modo desde los padres á todos aquellos que les están unidos con los vínculos de la sangre. Si el carácter del joven es díscolo y precisa el temor, el más vigoroso y eficaz es el de los padres y los parientes, que se ha inoculado con el primer alimento de la criatura y afirmado luego al pasar de los años. Si es noble su índole, que sea susceptible de guiarse por el cariño, no le hay mayor que el de su familia; sabido es que muchas criaturas se inclinan hacia el bien exclusivamente por consideración á sus padres, y aun lejos de éstos es eficaz su recuerdo. Los parientes pueden asimismo observar hacia dónde se dirigen las disposiciones del niño, siendo de esta suerte posible encaminarlas desde bien temprano á su fin adecuado, y también contrarrestar á tiempo el germen de los vicios, inclinando hacia el bien su alma, tierna y flexible todavía. Tienen menos influjo para la corrupción los compañeros de su misma edad, pues siempre hay quien se preocupe de cada uno de ellos. Llegado el momento de la caída, allí está el amor de los suyos para levantarle con mano benigna; donde esto no baste, se impondrán el temor y el respeto. Así tendrá

siempre el joven ante sus ojos la senda del honor, y á su alcance cuanto sea más conveniente á su edad. Al mismo tiempo que con el diario trato crece el amor paterno, acreciéntase también el de la patria, cuyo bienestar debe siempre hallarse presente á su alma.

Con este motivo vuelve á insistir Vives sobre la necesidad de que haya en todas las ciudades un «gimnasio» (*ludus literarius*), repitiendo sumariamente las condiciones indispensables para su organización y dirección; trata en este punto con toda prolijidad la cuestión del examen de las disposiciones individuales, considerada por Vives como un capítulo de la psicología. Compara el talento (*ingenium*) con la vista, agregando muchas y excelentes observaciones sobre la diversidad de aptitudes; así, por ejemplo, algunos tienen sagaz percepción para lo individual y carecen de facultades sintéticas; hay que notar también el contraste de que todos pueden conocer sus defectos corporales, mientras que los del espíritu ni los conoce ni quiere reconocerlos cuando se les indican. En pocas páginas contiene este pasaje más materia útil acerca de esta cuestión que el libro entero de Huarte sobre el examen de ingenios que apareció treinta y cinco años después, alcanzando tan gran renombre. Vives emplea con mucha moderación la doctrina de los temperamentos, que es la que predomina en Huarte, y se apoya completamente en la observación propia y los testimonios históricos.

De verdadero interés pedagógico son las materias en que debe probarse el talento del joven, señalando principalmente tres grupos: el cálculo, la memoria y el juego. Ya Pitágoras había aplicado la aritmética para apreciar el grado del entendimiento; el que lo tiene penetrante calcula con facilidad y seguridad; el que es torpe, lo hace con lentitud. Quintiliano presentaba la memoria como signo del talento, pero había que distinguir entre la percepción pronta y la conservación fiel del conocimiento. En cuanto á la importancia de los juegos, por último, remítase Vives al proverbio español que

viene á significar: «cargos y juegos aguzan el ingenio». Con efecto, quiere Vives que se practiquen con frecuencia los juegos en que el muchacho se mueve libremente entre sus iguales y desenvuelve las fuerzas á porfía, sobre todo cuando tiene que ordenar y mandar algo según las leyes del juego.

Vuelve á insistir Vives con gran empeño en lo importante que sería conseguir realmente que á cada uno le fuese señalada la esfera de acción para que le destina la naturaleza. Con esto se enlaza el consejo, en él frecuente, de que no se afanen los maestros por aglomerar demasiados alumnos; pues si bien es cierto que el orador se inflama cuando hay un gran auditorio, no es lo mismo el orador que el maestro. Menciona con acres censuras la costumbre que tienen muchos padres de poner á estudiar á los hijos que no revelan aptitud alguna para una profesión práctica, con el fin de que se hagan eclesiásticos. Debe amor el maestro á sus discípulos, como un padre á sus hijos, aunque con cariño menos ciego; no conviene tampoco formar de ninguno un juicio tan pesimista, que lleve á desecharlo desde el principio. Lo primero debe darse la instrucción religiosa á todos, comenzando con ésta la enseñanza escolar para que el espíritu infantil vaya desde luego por el recto camino y tenga en adelante á su favor, no en contra suya, la fuerza del hábito. En seguida debe hacerse la primera selección de los más incapaces; las inteligencias enteramente rudas, simples ó trastornadas, son inhábiles para el estudio, al paso que pueden resultar muy útiles consagrándose á una ocupación mecánica. Lo son igualmente los caracteres dados á la exasperación y al frenesí á causa de algún defecto de su naturaleza; los embusteros y taimados deben mantenerse á distancia, porque no habían de emplear sus conocimientos sino para el daño. No hay que desesperar en igual grado de los soberbios, que se avergüenzan de aprender y creen saber ya bastante; lo mejor es acercarlos á las ciencias en las cuales no es posible mantener oculta la ignorancia, con lo cual se humillará su orgullo á menudo. Hay también

insolentes que desprecian á los maestros y sirven más para manejar el arado que los libros, y para vivir en los montes que en medio de la sociedad humana. A los muchachos afanosos de juego no se los debe rechazar, sino corregir. En general, todos los muchachos de cualquier otra índole sirven al menos para aprender lenguas, pudiendo más tarde dedicarse á una profesión en armonía con sus facultades. Es menester inculcar en el joven el mayor respeto hacia la escuela y los maestros, quienes á su vista deben aparecer como verdaderos ministros de Dios.

Trata, por último, Vives de los principios de los métodos, usando preferentemente un procedimiento inductivo (1). Desde luego, pide en general la marcha de la enseñanza que se guarde la natural sucesión de conocimientos, precediendo lo anterior á lo que va después, para que de este modo los alumnos vayan también insensiblemente progresando. Deja sin explicar más detenidamente la manera cómo se debe satisfacer á la vez á ambas exigencias, la del método inductivo y la de la sucesión (lo cual se explica en muchas materias, porque Vives, para esta última, no tiene en cuenta la vigorosa deducción de los principios). Aun dando al orden toda la importancia que merece, admite como lícitas las digresiones tocantes á la esfera religiosa, para que en medio del estudio recordemos alguna vez que somos cristianos; así, deberá con cualquier motivo darse lugar á las Sagradas Escrituras, como hacían los griegos con Homero, y no contentarse con tomar de ellas ejemplos, sino mencionarlas constantemente como la

(1) «In praeceptione artium multa experimenta colligemus, multorum usum observabimus, ut ex illis universales fiant regulae. De quibus experimentis si sint quae cum norma non congruant signanda est causa cur id fiat; sin ea nesciatur et pauca sint quae non quadrent, annotanda sunt; sin plura sint quam quae congruant, aut pari numero, non statuendum de eo dogma, sed id transmittendum admirationi posterorum, tu ex admiratione, sicut fieri consuevit, philosophia nascatur.» Tomo VI, pág. 296, ed. Mayans.

autoridad suprema. En lo demás procederá el maestro conforme á las disposiciones de cada discípulo, y no siempre según el tenor rígido de la ciencia, considerada como cosa completa y de conjunto, pues quien posee y abarca toda la ciencia es el que puede mirarla como de una vez y comprenderla en reglas para que cada uno luego la vea por su parte según su entendimiento. Mas el que ha de enseñar, aunque nunca se desvíe de la ciencia misma ni pueda presentar como verdadero lo falso, debe, sí, componerse en la elección y modo de tratar las materias, de suerte que proceda en conformidad con las facultades del que aprende. Ambas cosas supo hacer el divino sabio y maestro, según demuestra el Evangelio claramente.

El libro III se ocupa particularmente en la enseñanza de los idiomas, y en él hay también partes de índole por completo pedagógica. Comienza Vives encareciendo en general la importancia del lenguaje, que ya sabemos considera como vínculo de la sociedad humana, y de aquí deduce la necesidad de consagrar cuidado especial á la lengua materna. Así los padres como los maestros, deben poner todo esmero en que los niños lo hablen lo mejor que sea posible y al efecto procurar que las nodrizas, ayos y cuantos tengan mucho contacto con el niño no cometan falta alguna que pueda éste adquirir. Por esta razón exigía Crisipo nodrizas hasta ilustradas, y Cicerón hace resaltar la importancia que para la cultura sucesiva tiene el lenguaje hablado en el hogar doméstico. Sabiendo correctamente nuestro propio idioma, se facilita en gran manera el estudio de los extraños.

Expresa luego Vives su opinión de que sería para la humanidad lo más ventajoso que no hubiese sino una sola lengua; la pluralidad de éstas es un castigo de nuestros pecados. Describe las cualidades que debía tener una lengua universal, hallando que es el latín el que se aproxima más á la perfección deseada; auméntase todavía su valor por la difusión que ha alcanzado y por el hecho de hallarse en él escritas

casi todas las ciencias, por lo cual su pérdida traería una gran perturbación. Laméntase de pasada que no hablemos en lengua común hasta á los pueblos mahometanos, y desea vivamente que se implante en los establecimientos docentes cristianos la enseñanza del árabe y de otros idiomas de aquellos pueblos, cosa que, según su firme creencia, habría de contribuir en gran manera á su conversión. Otra ventaja del uso moderno del latín está en que constituye una especie de lengua secreta de los sabios. Debe cuidarse con todo esmero de la pureza del latín por ser una condición para que se le entienda en todas partes; una vez admitidas en él variantes, en cada lugar recibirán éstas distinta conformación.

Por lo general debe consagrarse al estudio del latín (incluyendo la lectura de ciertos autores) todo el tiempo comprendido entre los siete y los quince años, edad que todavía no estima Vives del todo adecuada para el aprendizaje de otras materias—aparte los primeros rudimentos, leer, escribir, cálculo, el canto, etc.,—y teniendo siempre en cuenta la especial disposición del alumno. Para el perfeccionamiento mismo del latín debe aprenderse el griego enseguida, pues de tal manera se completa la enseñanza de aquél con la gran riqueza de éste, que nadie puede presumir que conoce enteramente á fondo el idioma latino sin haber aprendido el griego, del cual, en sentir de Vives, ha nacido aquél. Por esto la situación de un idioma con respecto al otro es semejante á la del latín con las modernas lenguas románicas que á su entender en este último deben renovarse y refrescarse constantemente si han de llegar á la posible perfección. Además, hay obras importantes de diversas ciencias escritas en griego, que se leen mejor en su idioma original que en las traducciones. Es de importancia especial el dialecto ático, así como el general, pues en ellos se escribió lo que merece estudiarse del griego; los demás dialectos sólo fueron usados por los poetas, y ya sabemos cuán parciales y extravagantes eran las ideas de Vives acerca de la poesía, por lo cual es

consecuente al estimar tanto menos á Homero cuanto que éste es en quien resalta más puro el elemento poético.

El que disponga de suficiente talento y memoria, y á la vez se halle dispuesto á emplear en ello su trabajo y aplicación, puede abarcarlo todo; viceversa, si tiene limitado su tiempo y esfuerzo, es preferible que prescinda del griego en absoluto y se contente con el latín. No hacer cosa alguna por vana ostentación, sino todo para usarlo, según se necesite. Un idioma vivo no necesita enseñarse por reglas gramaticales; se aprende mejor y más pronto hablando con las gentes del país, mientras que en las lenguas muertas son indispensables las reglas de la gramática que nos enseñan á evitar las faltas que estorben la inteligencia de aquéllas, pues al cabo el lenguaje se ha hecho para que entendamos y seamos entendidos. Así, los que hablan mejor el latín son los que mejor se entienden entre sí, al paso que un español, v. gr., que lo hable mal, no se entiende con un alemán que esté en el mismo caso. La instrucción gramatical debe comenzar designando las vocales, luego las consonantes que á ellas van unidas, y después las sílabas. En seguida ha de ejercitarse el discípulo en nombrar y juntar con rapidez y facilidad todas las letras: luego viene el saber las clases de palabras aisladamente, según las estudia la analogía, y una vez aprendidas, la declinación, la reunión de adjetivo y sustantivo, la de nombre y verbo, siguiendo á esto las reglas de la declinación y del género, y, por último, las conjugaciones. Después que el discípulo ha comprendido bien lo que antecede, se le da un librito latino escrito en forma sencilla y agradable; y entonces debe aprender á construir las frases, buscando primero el vocativo, tras él el nominativo y después el verbo, etc., etc., orden que, según Vives, es el más natural y sencillo, porque con él es fácil entender las locuciones complicadas (1). En seguida se comen-

(1) Los gramáticos antiguos no conocían nuestro moderno análisis racional con los términos sujeto, predicado, etc., que introdujo por vez

zará de nuevo la gramática entera con objeto de conocer ya fundamentalmente las «ocho partes de la oración» y agregar después la sintaxis, pudiéndose entonces tomar un autor algo más difícil para traducir. Luego vendrá la prosodia y la lectura de un poeta.

Quiere Vives que se una el griego al latín tan estrechamente, que marchen paralelos el aprendizaje de los rudimentos del primero y el conocimiento completo de la gramática latina. Por eso debe entenderse la exigencia de que el muchacho aprenda latín desde los siete á los quince años, en el sentido de que sea la materia principal de su enseñanza preparatoria para la de otras ciencias. También debe darse lugar al hebreo simultáneamente con el griego, durante el período preparatorio de idiomas, siempre que haya tiempo suficiente, sin perjudicar á la profundidad con que se estudia el latín. Termina la enseñanza gramatical á la vez que la lectura de los escritores difíciles, con la filología, entendiéndose por ella Vives, en lo esencial, el conjunto de conocimientos tomados de diferentes esferas del saber, precisos para explicar los autores antiguos, siendo al efecto necesario, lo primero, comprender perfectamente las palabras, en segundo término, su contenido, ó sea el fondo del asunto, en tercer lugar, el examen de las sentencias, locuciones proverbiales, etc., etc., en cuarto, el aspecto histórico, y por último, la explicación mitológica.

Viene ahora la cuestión de las circunstancias que deben reunir, así el maestro, como los métodos empleados en este grado de enseñanza. Vives cree que el permanente contacto con los muchachos y el hábito de ordenar, censurar y reprenderlos, determina ciertos defectos en la conducta del maestro,

primera Scheller en su gramática latina, cuya primera edición apareció en 1781. En el notable prólogo de ésta menciona el autor los defectos de la antigua forma de construcción, y expone las razones que le movieron á introducir en la gramática de las escuelas los conceptos de sujeto y predicado.

así dentro como fuera de la escuela, contra los cuales deben prevenirse. Aquellas maneras inconvenientes con que suelen mutuamente atacarse los gramáticos con ocasión del menor rozamiento, son fiel trasunto del tono en que suelen hablar á sus alumnos; contra esta costumbre, y para remediar sus efectos, procurará el maestro habituarse á emplear siempre formas estrictamente corteses y aun amistosas; debe moderarse y expresarse con circunspección delante de las gentes; y respecto á sus discípulos, aparecer severo y digno, accesible á ellos como un padre, mas no débil como un camarada suyo. Tiene que dominar la materia que enseña; un profesor que se mueve con holgura en su terreno y no se para como si fuese extraño á considerar penosamente cada punto concreto, si no dispone como un soberano de cuanto en el momento necesita, hace brotar de sí á todas horas é insensiblemente una multitud de conocimientos que se transmiten con incomparable rapidez á los discípulos. Pero ha de cuidar también de no entretenerse con datos superfluos, v. gr., quién fué la nodriza de Anquises, qué nombre tuvo Aquiles entre las jóvenes, etc., los cuales usurpan el lugar de los conocimientos útiles y de valor. El preceptor ha de conocer bien la lengua materna de los educandos, pues de su auxilio tiene que valerse al enseñarles las sabias, siendo muy fácil introducir errores duraderos si emplea mal alguna palabra. Mas debe también poseer toda la literatura antigua de su idioma patrio, pues de no tener á su alcance esos custodios del tesoro de las voces, llegarían á no entenderse los libros escritos cien años antes. A la vez dispondrá de un gran caudal de expresiones latinas para no acostumar á los niños á que usen perífrasis, ni menos indiquen con los dedos lo que quieren decir.

Para la explicación debe el maestro al principio usar la lengua nativa, y luego la glosa en latín, empleando la elocución más clara posible y hasta los gestos en apoyo del entendimiento, con tal de que no lleguen á ser teatrales. Las citas aclaratorias se elegirán en lo posible de suerte que sirvan de

algo, no sólo las palabras, sino el fondo en ellas contenido; la elección de los ejemplos debe hacerse con todo esmero de modo que expongan el sentido de la voz de que se trata, habida también consideración á su contenido. Por lo regular, no hay que emplear en la explicación historias y leyendas desde su principio, sino tomar de ellas lo que sea necesario y conveniente en el caso; habrá también ocasión de hacer digresiones que interrumpen la uniformidad, siendo preferible que el profesor peque algo por exceso á que resulte demasiado razonada y aburrida la lección. Después diserta prolijamente acerca de cómo hay que explicar los nombres históricos y geográficos, ó las materias de historia natural, como asimismo las sentencias, proverbios y conceptos pertenecientes á ciencia más elevada. El discípulo debe escuchar atentamente mirando al maestro—cuando no tenga que dirigir la vista al libro por precisión—cuyas palabras serán para él como de un oráculo, y cuyo respeto debe ser un motivo para imitarle. Cierto que así imitará también sus defectos, pero es peor no imitarle en nada.

En cuanto á la enseñanza de la escritura, en sus elementos, sólo hallamos el precepto de que vaya unido el cuidado de escribir con ortografía á la instrucción en la lectura. Conforme entonces se acostumbraba, da Vives mucha importancia á los cuadernos de notas, en los cuales debe conservar el alumno todo cuanto se ofrece de valor y mérito en la enseñanza. La memoria requiere que se la ejercite desde temprano, pues la estampación de los rudimentos, que de niños resulta hasta agradable, es una tarea fastidiosa más tarde, no habiendo por tanto edad más á propósito que aquella para aprender cosas de memoria.

Al estudiar debe buscarse en torno suyo gran quietud; á veces hay que pronunciar alto para retener lo que se estudia. La asimilación de parte del espíritu exige un cierto tiempo, como el digerir los alimentos, por lo cual sucede que recordamos vivamente por la mañana lo aprendido la noche ante-

rior. Es muy conveniente escribir lo que deseamos conservar en la memoria, pues la atención se fija más tiempo en lo escrito. Luego que han aprendido algo los alumnos, deben recitarlo delante de un compañero de los más adelantados, ó de un auxiliar antes que al profesor, para que no les imponga el temor de éste. Igualmente deben los alumnos más adelantados repetir al principiante la explicación del maestro, poniéndola á su alcance y de modo que sirva á unos de ejercicio, de estímulo á otros, pues los niños entienden mejor á sus iguales en edad que á los maestros.

Al principio deben los escolares hablar su lengua materna, y el profesor corregirles siempre las faltas; después pasar al latín poco á poco, repitiendo lo que han leído ú oído al profesor, de suerte que durante la enseñanza elemental alternen continuamente ambos idiomas; mas, entre tanto, deben fuera de la escuela usar la lengua propia á fin de que no se acostumbren á confundir las dos. El profesor cuidará de que el latín conserve su pureza y de prevenir á los principiantes que se atengan más á las reglas que al uso ó á la propia impresión. Para aprender, sea cualquiera la clase de conocimientos, emplearán siempre el latín, y después tratarán de expresarse también en este idioma, pues nada hace progresar tanto como el ejercicio continuo; aquel que muestra vergüenza ó cortedad para hablar una lengua extraña, debe perder las esperanzas de alcanzar la elocuencia, debe castigarse al que pasado un año en el aprendizaje del latín no puede hablarlo, pero el castigo no debe ser igual por una falta en pasaje difícil que en una frase sencilla. Vienen luego extensas disertaciones acerca del modo de conseguir una elocución pura y fácil de comprender sobre los defectos de pronunciación y manera de corregirlos, pasando luego á los ejercicios escritos. En este punto notaremos la regla pedagógica de que los alumnos deben escribir poco al principio y con sumo cuidado, aumentando su tarea lentamente, pues no se alcanza el dominio en la escritura por el exceso de trabajo,

sino más bien por el ejercicio. Es muy útil conservar los trabajos antiguos, para que puedan notar los alumnos mismos el progreso.

Es natural que Vives combata también en este lugar las discusiones tempranas (1), sin embargo, quiere que después de haber aprendido algo los alumnos, no sólo se les permita, sino que hasta se excite su pundonor con pequeños premios y con aplausos; mas poco á poco debe pasar la discusión á convertirse en una mera comparación de estudios é inculcarse á los muchachos la idea de que todo aquel empeño no es más que infantil entretenimiento. Así cree Vives poder desarraigar el vano afán polemista en los adultos con mayor seguridad, al paso que en la edad en que es aquél inofensivo se utiliza el amor propio de los jóvenes como acicate para ejercitarse en el hablar.

Por lo que hace á la disciplina y conducta de la juventud, es preciso desde luego emplear constantemente, y en todas las edades, la reprensión, la advertencia, sin permitir que arraigue ningún hábito perverso. Hay cosas, sin embargo, que no están al alcance del niño, y en este punto el educador debe diferir para más tarde la corrección, aunque previniendo al interesado que su acto no es de los que se aprueban, sino que se le tolera solamente, y explicándole después el motivo de desagrado. Puede á veces ser ventajoso pasar por alto ciertas cosas aunque sin consentir nunca inmoralidad alguna. En lo tocante á la instrucción, debe guardarse el maestro de exigir frutos maduros allí donde sólo puede haber gérmenes de ellos, así como de montar en cólera cuando los muchachos no alcanzan lo que otros jóvenes ya instruídos, y menos lo que el mis-

(1) *Non est statim puero ad scholam deducto disputandum.* Tit. VI, página 315, ed. Mayans. Como Vives, según nuestras modernas ideas, también hacia discutir demasiado pronto, no parece exagerado, sino exacto literalmente, lo que antes se dijo que muchos profesores hacían tomar parte á los niños en las discusiones así que entraban en la escuela.

mo profesor. Hay, con todo, maestros que así lo exigen con temibles amenazas y aun con golpes que ellos propios merecían por no observar la justa medida, sobre todo al principio, en los primeros ensayos de hablar ó escribir latín; antes bien, deberá evitar toda intimidación y aun pasar por alto algunas faltas que más adelante pueden corregirse; hasta conviene que anime á los discípulos con la aprobación y el encomio para que no desmayen, pues llegarían á un retraimiento absoluto por el temor de que se burlasen de ellos. Pero también tiene que abstenerse el profesor, cuando deja pasar alguna falta, de no declarar expresamente verdadero lo que es falso, cosa que pudiera perjudicar en extremo á su prestigio.

Es, por lo demás, la humana índole tan propensa al mal, que hace menester con frecuencia la severa censura y aun en caso extremo los golpes, para que el dolor físico reduzca al orden, como pasa entre los animales, á quien no basta la razón. Pero este castigo jamás será demasiado fuerte ni denigrante, salvo con aquellos seres que, como los esclavos, son llamados á su deber con el látigo. El maestro debe ser serio, mas no duro; benigno, pero sin debilidad. Jamás debe amenazar si no es preciso; á la amenaza seguirá el castigo si el discípulo no obedece. Debe abstenerse de palabras injuriosas, pero al mismo tiempo acostumbrar á los alumnos á que no menosprecien sus censuras y amenazas. Hay que emplear los castigos muy parcamente, buscando siempre la ocasión oportuna, que es la que da valor y eficacia á todas las cosas; alguna, aunque rara vez, sufrirán los muchachos crecidos castigo corporal; más bien debe ser el procedimiento ordinario para traerlos al orden el temor al profesor y á los demás dignos individuos de la academia, que son á modo de testigos, y, por último, el pensamiento y recuerdo de sus padres y parientes. Debe inculcarse á los alumnos una viva idea del placer elevado y duradero que va anejo al estudio de las ciencias. La instrucción moral se les dará de suerte que no se

tome como cosa exterior, como un relato, sino como sano manjar del alma que debe asimilarse y convertirse en carne y sangre. También es preciso recordarles con frecuencia el tribunal divino y la proximidad de la muerte; además, tendrá el maestro siempre dispuestas breves sentencias contra los defectos comunes á la juventud, que les sepan inspirar aborrecimiento y menosprecio del vicio.

En postrer lugar trata de los recreos que deben permitirse á los niños, punto en que se muestra Vives sumamente liberal. Reclama frecuentes ejercicios corporales indispensables para el desarrollo en la edad juvenil. Dice también que no debe recargarse á los discípulos demasiado, á fin de que no cobren odio al estudio: «el espíritu humano tiene propensión á una libertad admirable; permite que se le imponga trabajo y ejercicio, pero no que se le fuerce; cabe exigir y obtener de él muchas cosas, mas se sacará de él poco y con mediano éxito obligándole (1)».

Sirvenle para fortalecer el cuerpo, á la vez que para espaciar el espíritu, los juegos, de los cuales recomienda preferentemente la pelota y la carrera; y el fin de todos los cuidados que empleamos en conservar la salud, debe ser la salud del alma, según la máxima *mens sana in corpore sano*. Durante el juego hablarán latín los muchachos, lo cual pueden hacer sin gran trabajo, suministrándoles el profesor expresiones adecuadas para todo aquello que en el juego ocurre. En el mal tiempo pueden jugar en patios y pórticos cubiertos; y además de los juegos de movimiento, los habrá también para los que no puedan tomar parte en ellos, de cartas y de ajedrez, recomendando especialmente distraerlos por medio de narraciones, etc.

Ocupa toda la segunda parte de este libro un tratado

(1) «Mirae libertatis est humanum ingenium: exerceri patitur, cogi non patitur; multa ab eo facile impetres, pauca et infeliciter extorqueas.»

acerca de los autores de que ha de sacarse la instrucción gramatical, no indicándose simplemente algunas obras capitales que sirvan de fundamento á la enseñanza escolar, sino entendiéndose en el más amplio sentido la necesidad que el maestro tiene de orientarse bien en este punto; al efecto, tras una introducción general, presenta una breve reseña crítica de toda la literatura latina antigua y moderna, acompañada de observaciones acerca del mérito de los respectivos autores, tanto en la esfera escolar como en general; también hay algo respecto á la griega, aunque no tan completo. Es tan enorme la cantidad de lectura señalada como de texto, que aun para aquel tiempo se ve la imposibilidad de que se llevase á cabo el plan por entero. Hállanse aquí en particular muchas ingeniosas y excelentes observaciones, al paso que los estrechos puntos de vista que ya conocemos, sobre todo en el juicio de los poetas. Quiere Vives que se elimine radicalmente de los textos todo pasaje obsceno; principio que defiende con minuciosidad frente á las tentativas que había para evitar lo perjudicial de tales pasajes. Es casi imposible en esta sumaria exposición dar siquiera un extrato de aquel libro, por lo cual pasamos al siguiente.

Es de la mayor importancia el libro cuarto para apreciar la actitud que Vives adopta en la historia del movimiento científico, señaladamente como precursor de Bacon; en cambio hállase en él muy poco de orden pedagógico, reduciéndose casi siempre á la aplicación de los principios ya conocidos. De notar es la sucesión y orden en el estudio de las ciencias en que este libro se ocupa: viene en primer lugar la «censura veri», es decir, la lógica, excluyendo en lo posible todo lo puramente metafísico, conforme á la tendencia más arriba mencionada de separar la lógica estricta formal de la aristotélico-escolástica. Aparece en seguida el estudio de las ciencias naturales, y sólo entonces la metafísica como un conato de penetrar en la razón última de los fenómenos. Van luego en íntima conexión los tópicos, que Vives separa, por

tanto, de la lógica propiamente dicha y la retórica; luego ya las ciencias matemáticas, esto es, las cuatro sabidas del cuadrivium, mas la óptica, á que trata de dar su valor en todas ocasiones. La realización completa del plan hasta aquí seguido, ocupa seguramente la vida hasta los veinticinco años (tomo VI, pág. 373); y así se explican, en parte, las exigencias, cada vez mayores, que comprende. Carecemos, por desgracia, de suficientes datos para conocer la división de las materias en cada año, ni se halla siquiera indicado el punto en que se pasa á la Universidad, todo lo cual parece reservada á la «Academia ideal» que Vives ha construido en el libro II. La sección principal, que quizá corresponde á nuestros estudios de gimnasio, parece formar el término de la instrucción gramatical cuando el alumno llega á sus quince años, edad en la cual supone Vives ya cierta madurez, puesto que en el cuarto libro no hay capítulo especial dedicado á la educación en este grado, sino únicamente, y de pasada (VI, 354), la observación de que pueden permitirse ejercicios corporales más intensos en aquella edad; largas marchas, carreras y saltos, lucha y disparos. En cambio hállanse intercaladas con frecuencia reglas puramente didácticas, v. gr., sobre el paso de lo más fácil á lo difícil.

Necesita en este punto alguna explicación el puesto peculiarísimo y de [notoria importancia histórica que Vives señala á las ciencias naturales, sin ser, como Bacon, un entusiasta apóstol de éstas; antes bien, creyendo peligroso su estudio para los que no están bastante firmes en la fe, y sin que tampoco conceda el rango de verdadera ciencia á la *contemplatio verum naturae*, según llama á esta esfera de conocimientos.

Por esto no hay que pensar igualmente, tratándose de Vives, en el pretendido y seguro arte de los descubrimientos, tal como Bacon trató de formarle con su teoría de la inducción. Con todo, se ve que se ocupa en este asunto con cariño y en el sentido completamente del método inductivo. La posición

misma de la física (en el amplio sentido) con respecto á la metafísica, es también conforme á las ideas baconianas acerca de la construcción de las ciencias. La metafísica, cuyos problemas se simplifican notablemente en Vives, en oposición á Aristóteles, supone ya el conocimiento de la naturaleza y tiene por objeto demostrar la razón última de todos los fenómenos; ya vimos antes que Vives recomienda, aun para la gramática, un procedimiento inductivo, á saber: que se deriven las reglas de la observación de lo individual, y vemos asimismo ahora que funda toda la metafísica en el conocimiento de lo sensible y particular. Otra cualidad que le da sorprendente parecido con Bacon es la decisión con que Vives remite, en vez de recomendar todo estudio meramente literario, la fe en la autoridad y las teorías *a priori*, á la intuición y al contacto inmediato y directo con la naturaleza como fuente de todo nuestro saber en esta esfera (1). Esto enseñaba Vives casi cien años antes que Bacon, y cuando la verdadera

(1) Vid. los siguientes pasajes (t. VI, 348): « Neque enim est philosophus qui de « instantibus » et de « motu enormi » aut « conformi » nugatur subtiliter, sed qui generationes et naturas norit plantarum atque animalium, qui causas, cur quidque fiat, et quomodo »... « In omni philosophia quae est de natura illud praedicetur juveni, ea illum modo auditurum, quae imaginem habeant veri (lo verosimil), quantum quidem ingenio iudicio, usu et diligentia potuerunt assequi, quibus curae fuit illa indagare: nam quod nos verum esse pro certo possimus confirmare, rarum est. Initio exhibenda sunt facillima, id est, sensibus ipsis pervia. Hi sunt enim ad cognitionem omnem aditus », pág. 349: « nihil est hic opus disputationibus, sed contemplatione naturae tacita », pág. 350; « nihil hic jam opus est altercationibus et rixis, sed aspectu quodam. Itaque contemplabitur verum naturam in coelo et nubilo et sereno, in agris, in silvis: tum es his quaeret et sciscitabitur multa, qui in locis illis sunt frequentes: quod genus sunt hortulani, agricolae, pastores, venatores: quod Plinius et alii harum rerum magni autores indubie fecerunt; ne que enim unus aliquis potest omnia haec adeo tam multa, tum varia intendo obire. Ipse etiam sive contempletur quid, sive narrantem audiat, non oculos modo intentos habeat, vel aures, sed animum quoque, magna enim et accurata animadversione est opus in omni natura contuenda-observatione hac temporum et ingenii ac virium cujusque rei ».

investigación apenas se atrevía á verificar tentativas y ensayos aislados, mientras que Bacon vivió hallándose ya en todo su desenvolvimiento la ciencia de la naturaleza.

Recomienda Vives, para el perfeccionamiento en la cultura enciclopédica, que se adquirieran algunas nociones de agricultura, de arquitectura, navegación, etc., más bien de investigación propia y oyendo á las personas competentes, que con un auxilio sistemático de aquellas materias. Para los que quieran continuar el cultivo de las ciencias, parten en este punto diversas direcciones, pues ya no puede cada cual dominarlo todo en adelante; distingue aquí Vives á los *qui corpora curaturi sunt*, esto es, los médicos, de los que han de curar las almas, y no prosigue determinando más en concreto á causa de su propósito de no tratar la teología, que era la llamada á ocupar el puesto preferente. Consagra el resto del libro IV á la medicina, y el V exclusivamente á las ciencias políticas, como la rama segunda del saber relativo al cultivo del espíritu.

Por más que Vives afirme siempre la superioridad del alma sobre el cuerpo, señala un elevado puesto á la medicina, dando tal importancia á la profesión del médico, que quien á ella se dedica, aparte de un severo estudio de su particular esfera, no puede ocuparse en ninguna otra científica, sino concretar su trabajo á cuanto á dicho arte pertenece (1). Por eso mismo, hasta la tarea del investigador que pretende ensanchar el campo de la medicina y perfeccionar esta ciencia, debe separarse de la profesión del práctico. Los principios que Vives aplica al estudio y el ejercicio de la medicina, son sanos y realmente juiciosos: estudio concienzudo de la anatomía, exa-

(1) «Disciplinis omnibus atque exercitiis literarum aeternum valedicet, in hanc unam intentus et incumbens prorsus. Facilius tulerint cuiusvis artis professorem diversio nonnumquam occupare quam hujus, quae adeo longa, varia, obscura est ut aegre quamlibet felix ingenium cunctum sit ei percipiendae aut rite exercendae par: quanto minus ingenii portio aliqua.»

men de la acción de los medicamentos en las circunstancias más diversas, influjo que son susceptibles de ejercer, curación por la dieta sola, siempre que sea posible, empleo de medicamentos únicamente en caso muy preciso, etc., etc.

El libro v contiene dos partes completamente distintas entre sí; tales son el estudio de las ciencias políticas y un tratado *De vita et moribus eruditi*, que forma la conclusión de toda la obra. La cualidad de la prudencia, que debe ser la capital del estadista, se obtiene y fomenta principalmente, á juicio de Vives, mediante un estudio serio y fundamental de la historia; y sin poseer una totalmente clara idea de la cultura histórica, da todo el valor posible á las *res togatae* y á las conquistas del espíritu frente al movimiento de las pasiones. No se debe atender á las guerras ni á las batallas sino lo indispensable para comprender el curso de la historia, tratándolos más bien como «rapiñas públicas», salvo cuando se emprende una guerra contra los piratas, caso raro, por desgracia, en la cristiandad. Dirige una ojeada hacia la cultura histórica, y luego se pone la cuestión de cuándo es la sazón propia para leer todo esto, contestando que en la edad madura, y aun en la vejez, durante las horas que otros consagran al juego y la ociosidad. Demuéstrase en esta sección que Vives debió de leer los libros acerca del estado, de Platón, como también la *Utopía* de Tomás Moro, pues de estas obras; por más que no sean del todo aplicables á las circunstancias de su tiempo, saca mucha utilidad en lo individual, para el gobierno de las naciones. Por lo que hace á las leyes, establece como exigencia previa é ineludible que sean conocidas de todos y cada uno; al efecto, deben ser sencillas en lo posible, escritos en el idioma nacional y á la manera de las Doce Tablas entre los antiguos romanos, aprenderse de memoria por los niños. Es además característica en Vives la exigencia de que las leyes no se dirijan tan sólo á mantener la concordia entre los ciudadanos de un país, sino de que sean también justas y equitativas para con los extraños.

Constituye el tratado *de vita et moribus eruditi* un final digno de tan importante obra; jamás se han expuesto en breve espacio y con tal fuerza de convicción los principios morales que guían el estudio de las ciencias y han de señalar la conducta del sabio. Tienen allí naturalmente un lugar de preferencia los ataques á la soberbia, el afán de disputa y la vanidad, con las cuales se oscurece el verdadero mérito y se busca más que la verdad, el triunfo sobre el adversario. Aquel que en la *collatio studiorum* (recomendada por Vives para sustituir á la ambiciosa discusión) se rinde á las razones más poderosas del adversario, no debe llamarse vencido, pues si solamente se declara la verdad, no importa por quién lo sea. Cierto que la crítica es cosa necesaria, mas sin que degeneren jamás en rebajamiento de los otros. Hay que soportar con paciencia la envidia y el odio que atacan á todo mérito y trabajo extraordinario; cuando alguien descubre cualquier verdad debe felicitarle sinceramente, pues ésta nunca pertenece á un hombre solo, sino que es patrimonio común de todos.

III

OTROS ESCRITOS PEDAGÓGICOS DE VIVES.—LOS DIÁLOGOS

Las dos cartas *De ratione studii*, escritas en Inglaterra, son unos ocho años posteriores á la obra *De disciplinis*, y aunque improvisadas, por decirlo así, contienen ya en general los principios de las doctrinas sucesivas. Para apreciar debidamente el valor de estas indicaciones tocante á la dirección de los estudios, hay que tener en cuenta cuán pocos eran entonces los maestros, aun entre los mejores, que acertaron á introducir una marcha metódica en la enseñanza. El mismo

Vives parecía vacilar en algunos puntos, v. gr., en el griego, pues en la carta dirigida al joven Montjoie sólo dice en general, que, en opinión de Quintiliano, puede aprenderse á la vez con el latín (esto es, simultanear los rudimentos gramaticales de ambas lenguas), mientras que la costumbre ordinaria de su tiempo era no comenzar el griego hasta que se había dominado el latín completamente. Más tarde adoptó un temperamento intermedio que llegó á regir en general por la práctica de Sturm y otros, sin que á pesar de esto se atendiese su justo precepto de que los primeros pasos en la gramática griega coincidiesen con una revisión fundamental y perfeccionamiento científico del latín. En la instrucción al profesor de la princesa María trata muy extensamente los primeros elementos, y allí se encuentran, á la vez que reglas en alto grado recomendables sobre los cuidados necesarios para una buena pronunciación, el cultivo de la memoria, lo fundamental que debe ser el ejercicio en el manejo de las formas gramaticales, etc., etc., muchas otras cosas superfluas, que por otra parte no introduce Vives en el curso de la enseñanza, sino que las conservó á causa de los procedimientos que entonces se usaban (1).

Está un poco exagerado en lo que se refiere á utilizar el pundonor y la emulación juveniles para vencer el temor que tienen á expresarse en latín, en lo cual hay evidentemente que tener en cuenta que se trata de la educación de una princesa, y que el empleo de tales medios había de hacerse indispensable, aun siendo el maestro persona de relevantes cualidades de seriedad y tacto. Exige Vives que todos los ejemplos y ejercicios usados estén cuidadosamente elegidos hasta con respecto al fondo de ellos, de suerte que contengan algún elemento de índole moral, ó bien sean amenos y propios para

(1) «Stimuletur modo praemiolis modo contentione et aemulatione laudet ipsa, laudet et alia ipsa audiente.» Quiere Vives que la princesa sea enseñada en unión de otras tres ó cuatro condiscípulas escogidas.

mantener el buen humor, á evitar la repugnancia fiel dan estudio. Claro está que igual esmero ha de emplearse en cuanto á la moralidad de los mismos, excluyendo todo cuanto pueda aparecer indecoroso. Maravillase Schwars (1) cómo pudo Vives, á pesar de aquel cuidado, recomendar la *República* de Platón «para la lectura de las jóvenes»; mas no debe olvidarse, en primer lugar, que aquella carta no trata de la educación de las jóvenes en general (el título puesto por Schwars: *Institutio puellarum*, no es de Vives), sino únicamente de la de una princesa que podía ser llamada á ocupar el trono. Por esto recomienda la citada obra en la traducción latina, así como la *Utopía* de Tomás Moro, atendiendo, sin duda, como antes se dijo, á su contenido de índole política. Mas también es indudable que en las indicaciones sobre elección de obras, se rebasa el período de la enseñanza propiamente juvenil y se piensa en edad más madura.

Asimismo parecen escritas para adultos, antes que para escolares, las dos didácticas *De rationi dicendi* (impresa en Lovaina por vez primera el año 1533, después en Basilea y Colonia) y *De conscribendis epistolis* (ed. de Basilea, 1536, y otras varias); siendo la primera, según Miré dice (Mayans, I, pág. 123), resultado del curso que dió su autor en Lovaina. De cualquier modo que sea, ambas han de servirnos para inferir del modo cómo trata Vives el asunto respectivo, los procedimientos que empleaba para la enseñanza. Era esta práctica, en un todo, libre y adecuada á su objeto, conforme es de suponer, dados los principios del que ejercía. Halla la crítica que el trabajo *De ratione dicendi* es ininteligible por la falta de reglas precisas (Mayans, I, 122); pero, si bien se mira, este defecto se convierte en una ventajosa cualidad, pues en todo el tratado se advierte que lo escribió Vives para aquellos que aprendían, no retórica, sino á hablar, y este último es también, á no dudarlo, el fin que en la enseñanza de la retórica

(1) *Historia de la educación*, II, pág. 295, segunda edición.

se propuso; y por esto vemos por todos lados una gran suma de ejemplos, de propia invención los unos, otros clásicos, interpolados en el texto. Allí vemos, como Vives mismo dice, y confirmando la práctica sus teorías, que cuando el maestro domina bien la materia y dispone de numerosas pruebas para cada caso, hace que se transmitan á los alumnos conocimientos múltiples y en cantidad increíble al cabo de muy poco tiempo. Califica el autor su *Ratio dicendi*, en la dedicatoria al cardenal Bobadilla, obispo de Burgos, de método enteramente nuevo y distinto fundamentalmente de todos los antiguos y los usuales; en él se atiende de manera principal, junto con el conocimiento de unas pocas reglas generales, al ejercicio sin el cual serían aquellas tan ineficaces como la teoría de la pintura ó del cosido sin pinceles ni aguja. Hace Vives hincapié en esta intención práctica, lo mismo al principio de la obra, donde reclama á la vez una mayor generalidad en el plan, pues al paso que los escritores antiguos de esta especialidad no miraban, por lo regular, sino algunas clases de ellas, v. gr., los discursos políticos, Vives quiere que se aprenda, en general, para todas sus aplicaciones.

Con más libertad todavía trata Vives el arte de escribir cartas, que sabido es constituía entonces objeto constante de instrucción y de disertaciones teóricas; en este punto rechaza toda clase de reglas, sobre todo acerca de la división de la carta en varias partes, demostrando más bien que debe ser una expresión libre en absoluto, y no sujeta á traba alguna, de lo que tiene uno que decir á otro salvando la distancia del espacio. Así, puede Vives tratar con más razón el punto relativo al influjo que en el conjunto y la forma han de tener la personalidad del que escribe la carta y la del que la recibe, su posición social, cultura, etc., y el objeto mismo de la misiva. Observación significativa es para su punto de vista la de que se ocupa también, aunque de paso, en las cartas escritas en los idiomas modernos; tanto aquí como más aún en su *Ratio dicendi*, su opinión de que, á ser posible, se trate todo

asunto en primer lugar históricamente; así, por ejemplo, podrá buscarse en las rúbricas regias de los diplomas el origen de la costumbre, por necia imitación adquirida, de poner en las cartas la firma únicamente, en vez de escribir el nombre como hacían los antiguos hasta en el encabezamiento. Tampoco se olvida de dar un consejo moral en las ocasiones oportunas, como, v. gr., al expresar la gran indignación que le producen esa clase de cartas necias, embusteras é insulsas, de un carácter tan adulator que hacen imposible conocer el verdadero propósito de quien escribe, y que se llaman cortesanas (*aulicae*) y de urbanidad (*bene educatae*).

De muchísima mayor importancia pedagógica es la *Exercitatio linguae latinae* (publicada primeramente en París el año 1539, vid. Mayans I, pág. 145), libro escolar muy difundido por Alemania, Francia, España é Italia, y del cual no podemos decir con seguridad si todavía hoy se usa en alguna parte, pues al menos en 1836 se hizo en Parma una edición con la versión italiana. Mayans menciona tres distintas del siglo XVIII con traducción española, más una edición del XVI con su comentario, otra con índice hispano-latino, etc., etc. Cita Mayans también varias traducciones francesas, ediciones con vocabulario en latín y francés, del siglo XVI y del XVII, dos italianas igualmente con su versión del XVIII, una traducción alemana y otra polaca (I, páginas 157-158), sin que pretendamos ni con mucho dar una enumeración completa de todas ellas (1).

Entre las alemanas merecen notarse especialmente las de Matías Martinio, Brema 1618, y la de T. Freigio muchas veces repetida desde 1571 (Nürenberg). Encomia Tomás Erenio de la primera de ellas—desconocida para nosotros—en su trata-

(1) Así, por ejemplo, de las ediciones alemanas sólo cita Mayans las de M. Martinio, Brema 1615, y de Tomás Freigio, Nürenberg 1571 (?) 1583 y 1622; nosotros conocemos, además de éstas, las siguientes: Nürenberg, 1582, 1593, 1594; Augsburgo, 1547, 1564, 1574. Tomás Erenio menciona también, en la obra citada en el texto, varias ediciones inglesas.

do *De philologia* (Leyden, 1696, 4, pág. 238) las célebres notas filológicas y las *monita moralia* que Martinio agregó á los diálogos. Otro admirador entusiasta de nuestro Vives fué Tomás Freigio, rector en 1576 del Gimnasio de Nürenberg y de la Academia de Alsof, quien declara en la dedicatoria de los *Diálogos* (1582) que desde muchacho habíale cobrado afición para siempre; que en filosofía le juzgaba de más libertad de criterio y amor á la verdad que todos los demás, reconociéndole como uno de los primeros campeones contra la barbarie y los sofismas de las anteriores centurias. Unese á la independendencia de su juicio un lenguaje puro y elevado. Con todo, en su filosofía es de admirar preferentemente la parte negativa; el complemento positivo lo aportó Ramus explanando aquello á que Vives había dado principio y fundamento. (Era Freigio uno de los partidarios más ardientes del «ramismo», vid. Morhof, *Polihistor*, II, I, 12, 1, quien sin embargo desconoce en absolutola situación de Ramus con respecto á Vives, así como la significación de este último en la crítica de la filosofía aristotélica.)

Por lo que toca especialmente á los diálogos, observa Freigio que no sólo los leyó con avidez ya en su infancia, sino que los empleaba á porfía en casi todas las escuelas, dando por cierto lugar á muchas quejas la dificultad que ofrecían los vocablos de estructura rara usados con demasiada frecuencia. En efecto, Vives se propuso, hasta donde fuese posible, designar con términos latinos propios, no sólo perifrásticos, todo cuanto en sí encerraba entonces la vida moderna, en la escuela como en el hogar doméstico, en los mercados y en los talleres, procediendo á realizarlo con laboriosidad y circunspección seguramente, mas también con gran audacia.

Todas aquellas expresiones que, en los escritos técnicos del clasicismo podía encontrar para los objetos de la vida diaria, trataba de aplicarlos á las cosas y circunstancias de su tiempo; y si no bastaba el latín, acudía al griego, permitiéndose hasta

formar algunas palabras conforme á la analogía, lo cual fué muy censurado por ciertos filólogos, v. gr., por su compatriota Sánchez (el Brocense, autor de la *Minerva*); pero este era el único camino verdadero si había de mantenerse la exigencia de hablar en latín, llevada á todas sus consecuencias. Resulta de aquí que Vives, tanto en el asunto de sus *Diálogos* como en la manera de tratarlos, ocupa próximamente un lugar medio entre Erasmo, que rebosa espíritu y vivacidad, que no sabe pasar sin tocarlo todo, aunque prescindiendo de todo sentido pedagógico, y Cordier, que se movía de manera casi exclusiva en el estrecho círculo de la escuela y de la vida diaria escolar; cualidades éstas que daban á Vives la ventaja tratándose del cultivo del latín al modo de los humanistas (y aun según el sentido modificado de los jesuitas), pero que hacía muy difícil la latinidad de Vives como lenguaje para las escuelas, tanto que las notas de las ediciones que las tienen parecen destinadas á remediar aquella dificultad que se sentía con exceso en todas partes.

Por dos conceptos es de interés pedagógico el contenido de los *Diálogos*; de un lado nos ofrecen un cuadro lleno de vida, y con datos reales de las circunstancias de la escuela en su tiempo, de cómo vivían y trabajaban los alumnos; de otro se revela el fin pedagógico de aquellas conversaciones, en el cual hemos de ocuparnos aquí, examinando, por tanto, sólo los diálogos á él referentes. Tratan en primer término de la antítesis entre la educación cortesana y de las clases elevadas, regida por principios meramente mundanales y según los prejuicios de la nobleza y la realeza, y su opuesta, que es la educación verdadera, moral y cristiana. Es natural que en este punto ocupen lugar preferente las doctrinas éticas y pedagógicas de general valor y aplicación; y con tal motivo no olvidaremos que Vives no sólo recogía sus experiencias y observaciones entre dichas altas clases principalmente, sino que al príncipe D. Felipe, después Felipe II, están dedicados los *Diálogos*, lo cual dió origen al error de que Vives fué

maestro suyo. En el diálogo *princeps puer* aparece el mismo Felipe acompañado de Moróbulo y Sofóbulo, que representa el principio malo y el bueno; el mal consejero sorprende al príncipe leyendo y aprendiendo de memoria, cosa que da lástima, porque debiera, en vez de tomarse tanto trabajo, pasar el tiempo como sus semejantes los príncipes nobles en cabalgatas, en el baile y la esgrima, en conversar con las jóvenes de la corte, jugar á las cartas, á la pelota y otros agradables ejercicios físicos.

Preguntado si el estudio de las ciencias nada vale, contesta al príncipe que ciertamente servía de algo, pero sólo para los que hubiesen de consagrarse al sacerdocio ó para quien tuviese que ganar así la vida como un artesano con su oficio. Resiste el príncipe á la tentación de soltar desde luego los libros, recordando las prescripciones de su ayo Estúñiga y de su profesor el cardenal Silíceo. El seductor emplea sus artes sugestivas contra ellos, que al cabo no son sino vasallos del príncipe, y en esto interviene Sofóbulo, mostrándole que el ayo y el maestro están á su lado por orden de su padre, no para enseñarle á ser esclavo, sino para hacerle verdaderamente libre; si no les obedece, caerá en la servidumbre de los vicios, cuyo dominio es más duro que el de cualquier hombre perverso. No comprende bien Felipe este discurso, al paso que encuentra perfectamente claro lo que Moróbulo ha dicho. Exhórtale el buen consejero á que aplace la decisión hasta que la edad, la cultura y la experiencia hayan madurado su juicio. Le propone después, dejando á un lado los libros, un juego en que Felipe sea el rey y todos los demás le obedezcan; el príncipe desea conocer antes las condiciones del juego, y entonces exclama Sofóbulo: «Y bien, amadísimo Felipe, tratándose de un juego en el cual nada importa que se cometa una falta, ¿no quieres hacer de rey sin conocer las leyes del juego, y pretendes tomar á tu cargo el gobierno de grandes imperios sin saber nada de la situación del pueblo, de las leyes ni de la administración?» En seguida llama á un criado para

que ensille el fogoso corcel napolitano, semisalvaje, para el príncipe; éste prefiere un caballo más dócil, porque todavía no puede manejar aquél. Fácil es la aplicación de esta enseñanza.

Luego le propone un paseo en barca, siendo Felipe quien dirija el timón: la consecuencia es semejante. Así preparada por el procedimiento socrático instructivo, sácuse la conclusión de que para su futuro destino son menester estudios muy serios: tiene que comprender á hombres como Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Livio y Plutarco, y para ello necesita el aprendizaje de los idiomas. Pasado el breve período de fatiga que cuesta el vencer las dificultades, vendrá un placer tal, que no le presienten siquiera los que se amedrentan del estudio. Así continúa lo restante del diálogo, que aquí podemos omitir, y en el cual es de Sofóbulo la última palabra. Los dos últimos de la colección *Educatio* y *Praecepta educationis*, no obstante la riqueza de su fondo, dañan hasta cierto punto con su tendencia didáctica, como casi todos los escritos de este género, á la viveza dramática y á la naturalidad. Aparece en el primero un muchacho de alta posición, á quien da Vives el nombre de Grimferantes, acompañado de otro joven imbuido de todas las preocupaciones de clase, y se presenta al sabio Flexíbulo, preceptor encargado de la instrucción de aquél. Gorgopas, el acompañante, se sulfura ante el desembarazo con que Flexíbulo saluda y trata al futuro discípulo, el cual á su vez declara que en su casa le han enseñado á presentarse como amo y señor delante de todo el mundo, sin tratar á nadie como amigo. Flexíbulo entonces, con la más fina ironía, hablándole de *domine*, y de *excellencia tua*, le invita á explicar los principios que hasta allí le han inculcado. El muchacho lo hace con la mayor despreocupación: «Ante todo, me han enseñado, dice, que desciendo del más noble origen y que mi familia á ninguna otra de esta provincia cede en abolengo; por esto debe ser mi cuidado más grande el de no degenerar en cosa alguna, ni inferir mancha de ningún

género al mérito de mis antepasados que habrían tenido á gran honor el que ninguno les aventajase en rango, dignidad, prestigio y títulos; yo debo, por tanto, obrar lo mismo. Si alguien tratase de menguar mi nobleza, estoy obligado á combatir con él inmediatamente; el dinero debo tratarlo con prodigalidad; el honor con toda economía. Con todo, me parece que hago bien al levantarme cuando cualquiera se acerca, ó dejarle que pase antes que yo; al acompañar á uno quitarme el sombrero y aun doblar la rodilla, no porque pueda persona alguna exigirme estos honores, sino para granjearme así el afecto de las gentes, agradar al pueblo y adquirir aquellas distinciones por las cuales todos suspiramos. En este género de educación se halla la diferencia entre el noble y el plebeyo; aquél está instruído á este fin y acostumbrado á oír y observar todo con despejo y gentileza, pero el último nada sabe de estas cosas.

De modo igualmente inaprensivo confiesa el muchacho que tal educación le parece excelente, y que no sabe qué otra cosa necesite ya saber; que ha venido por mandato expreso de su padre, y le ruega que si posee algún secreto en cuya virtud pueda él recabar aún más honor, se lo comunique. No oculta, por último, que sería esto muy de desear, pues hay recientemente una porción de advenedizos insolentes que, fundados en su riqueza, quieren eclipsar el brillo de las prosapias antiguas y disputarles la primacía del rango. Añade luego que la remuneración por el trabajo de Flexíbulo es que su familia (la del alumno) le concedería especial protección, y tiempo andando puede otorgarle cualquier beneficio, promesa que recuerda varias veces durante la conversación, y de que toma acta Vives, para que resulte bien caracterizada la rudeza interna de esta educación «distinguida». Flexíbulo recibe con frialdad irónica estas promesas, y para conducir al joven al verdadero camino, fijase en sus mismas expresiones de cortesía, y trata de mostrar que todas ellas no son sino signos ó testimonios exteriores de una cosa interior que es la que

importa aquí; pero en este punto no logra ser entendido. Cree Grimferantes inútil para él la educación científica, porque le han dejado suficiente fortuna; pero aunque así no fuese, guardaríase de buscar su porvenir por este camino; se lo ofrecerían más bien su espada y su lanza. Ninguna otra noción tiene el noble mancebo de la honradez, discreción y dominio de sí propio, más que el haber oído á veces predicar acerca de estas virtudes. De nuevo tráele el maestro, con auxilio también de la inducción socrática y con no pocos esfuerzos, al punto primero de que las señales de cortesía que se le han enseñado traducen un espíritu discreto y moderado, y que con ellas no se alcanza honor alguno verdadero si no procura uno ser como aparenta exteriormente. Otra violenta caída ocurre cuando Flexíbulo quiere tratar acerca de qué se entiende por «bueno»; el muchacho tiene una firme opinión en esto: el proceder de buenos padres, y considera como duda ofensiva el que se pregunte cómo se sabe si eran ó no buenos.

Luego adopta Flexíbulo otra táctica; echa en cara al discípulo su ignorancia completa, y en breves y enérgicas frases le hace ver la diferencia entre el realmente bueno y la vana apariencia del mundo, distinguido de manera tan patente, que el muchacho se ruboriza y llena de confusión. Rómperse al fin el hielo. El acompañante Gorgopas nada entiende de este largo coloquio; pero aquél, no teniendo tan arraigada en sí la maldad, presiente que está sufriendo una transformación absoluta. Por esta vez no va más adelante Flexíbulo, y le despide encareciéndole que medite sobre lo que ha oído y que, ante todo, comience su nueva vida con el pensamiento de que no es mejor que todos los demás, sino al contrario. Si así empieza, adquirirá la verdadera ilustración que le haga querido de los hombres; después, ya no tiene mucho que preguntar; su cuidado único será el de agradar á Dios.

En el siguiente diálogo refiere el joven Grimferantes á un amigo, á quien llama Vives Budeo, la historia de su conversión y le da cuenta de las demás enseñanzas que ha recibido

de Flexíbulo, lo cual da lugar á trazar un plan sumario, aunque completo, de las reglas éticas más importantes para los escolares, en el cual es el diálogo un mero detalle. Indudablemente ha querido Vives enlazar este final de su libro con un fin pedagógico; y por eso hemos de hacer una buena reseña de estas doctrinas, prescindiendo ya del diálogo. Aunque sean ellos sencillos y corrientes de suyo, constituyen por la trabazón, orden y manera de insistir en ciertos puntos que el autor presenta, una pedagogía llena de carácter.

La cualidad primitiva para obtener una ilustración legítima, es que cada cual no tenga ideas orgullosas acerca de sí propio, sino sea modesto y humilde. En seguida debe tratar de formar su espíritu por medio de los conocimientos y de la práctica de la virtud; asistirá el escolar al servicio divino con gran atención y respeto; todo cuanto allí presencia debe tenerlo como grandioso, magnífico, divino y superior á sus facultades comprensivas. En la oración debe recomendarse frecuentemente á Jesucristo y colocar en él todas sus esperanzas y confianza; debe ser obediente para con sus padres, servirles y auxiliarles según sus facultades. Debe respetar y amar al maestro como á un padre, no del cuerpo, sino, lo que vale más, del espíritu. Ha de venerar á los eclesiásticos y escuchar sus doctrinas, levantarse delante de los ancianos, descubrirse y oír con atención sus palabras que encierran grandes enseñanzas, respetar á las autoridades y obedecer sus mandatos. Sentirá admiración y respeto hacia las personas que descuellan por su talento, saber y excelencia, buscando su amistad, de la cual han de surgir ricos frutos, el primero, que nos hagamos semejantes á ellas. En una palabra, debe honrar á todo aquello que represente dignidad y mérito; si llega el joven á saber que no todos merecen la consideración de que gozan, que hay clérigos indignos, funcionarios malvados y ancianos necios, no debe, sin embargo, permitirse juicio alguno en particular sobre este punto. No demostrará pereza en las manifestaciones de cortesía y res-

peto, ni hablará demasiado delante de las personas de edad, sino que debe escuchar en silencio y sacar provechosa enseñanza de sus conversaciones. Es insoportable en un mancebo el tono autoritario; aun en las cosas sencillas debe reservar su opinión pensando en su ignorancia; mucho más en los asuntos graves é importantes. Si se trata de asuntos científicos, de las leyes, de costumbres y usos tradicionales, de las instituciones que nuestros padres tuvieron, no sólo debe abstenerse de dar opinión alguna, sino de discutir, de poner en duda lo que afirman los demás, de burlarse ó exigir razones; oír y callar es su obligación. Aunque sepa que hay leyes é instituciones defectuosas, no debe atribuirse la capacidad de distinguirlas de las buenas; dejará, por tanto, que investiguen y resuelvan sobre esto las personas que tienen conocimientos y experiencia suficientes. El más bello adorno de un joven es un temor prudente; nada más repugnante en él que el descaro. Otro especial peligro en la juventud es la cólera que arrastra muchas veces á actos de que más tarde hay que arrepentirse; debemos, pues, combatir con rigor este vicio para dominarlo y evitar así que nos domine. El hombre ocioso es semejante á una piedra; el mal ocupado, á un animal; únicamente la recta actividad es la que constituye un hombre verdadero; la ociosidad enseña las malas acciones; la comida y bebida deben acomodarse á las necesidades del cuerpo, no al dinero que en ellas puede gastarse, ni menos seguir los impulsos de la glotonería y el desenfreno.

¿Hay cosa más repugnante que llenar un hombre su cuerpo de cosas que le convierten en una bestia ó un zoquete? La expresión del rostro y la actitud del cuerpo acusan el interior; los ojos, especialmente, son un espejo del alma. La mirada debe, por tanto, ser tranquila y serena, ni altanera ni abatida; ni demasiado movable ni rígida. Los ademanes han de manifestar alegría y amabilidad; en el vestido, manera de portarse, en las compañías y conversaciones debe huirse la suciedad y deformidad. Nuestro modo de hablar será ni arro-

gante ni tardo, sino sencillo é ingenuo, no dado á ambigüedades, pues en caso contrario no es posible decir cosa alguna con seguridad, y se tuerce con necias é insulsas sutilezas la noble índole del lenguaje. También debe al hablar evitarse todo gesto violento é indecoroso. Nada tan odioso y execrable como la mentira; la falta de moderación nos convierte en bestias, la mentira en demonios, mientras que la verdad nos eleva á semidioses, puesto que ésta procede de Dios y aquélla del diablo, no habiendo cosa más letal para la humanidad. ¿Cómo es posible que exista comercio y cambio de ideas con un hombre que dice cosa diferente de la que piensa? Con otros vicios, cabe todavía que haya relación; con éste no. Es de preferente importancia la elección de nuestras compañías porque influyen mucho en nosotros, al modo de contagio, los hábitos de nuestros camaradas; así es que no deben elegir los jóvenes á sus amigos, sino dejar este encargo á sus padres, maestros y ayos, los cuales procederán en este punto, no al capricho, sino guiados por la razón. Si por azar traba el muchacho un conocimiento que no le trae utilidad, sino más bien perjuicio, debe romperlo cuanto antes le sea posible ante la advertencia de sus superiores.

Como se ve, no han penetrado estas reglas de educación en el lenguaje escolar por un descuido, como pasa en Erasmo, sino que están calculadas en todo su alcance para ser leídas y tomadas en cuenta por los discípulos para cooperar, observándolas, á los propósitos del educador.

Réstanos decir algo sobre el *De institutione foeminae christiana*, tocante á su contenido pedagógico, puesto que ya antes se indicó, si bien de soslayo, su carácter general. Exige Vives de la madre que, al modo de Cornelia, considere á sus hijos como el más preciado tesoro que pueda poseer; debe si es posible amamantarlos por sí misma, cosa no sólo la más saludable para ella y para el niño, sino que á la vez es fuente de los más puros goces, y arraiga desde temprano y profundamente el amor materno y filial. La lactancia influye hasta

sobre el carácter, tanto que de una nodriza ignorante puede temerse que resulte perjuicio para el lenguaje del niño.

Así, cuando sea indispensable servirse de ella, debe ponerse el mayor cuidado en su elección (1). Si la madre sabe leer y escribir, debe por sí misma instruir á sus hijas en esta materia, siendo de tal modo madre, nodriza y maestra juntamente, lo cual aumentará el cariño de sus hijos hacia ella, siendo también más rápidos los progresos en el aprendizaje; las niñas recibirán de su madre la enseñanza en las labores manuales y en las faenas domésticas. Por consideración á sus hijos debe poner todo su empeño en hablar siempre con pureza y exactitud, pues ellos han de asimilarse por imitación cuanto de ella proceda. No referirán, además, á sus hijos, fábulas que carezcan de fondo útil, sino pequeñas historias amenas y los apólogos que sirvan para hacer recomendable la virtud y aborrecible el vicio, de suerte que las primeras impresiones del niño sean saludables antes de saber en qué consiste lo bueno y lo malo. Igualmente tendrá de continuo en sus labios, ciertas máximas favoritas y reglas de vida de que en fuerza de repetición se impregne la tierna memoria de los pequeños; éstos para cualquier cosa acuden á su madre, todo lo preguntan á ella y creen ciegamente cuanto les dice. ¡Inmejorable circunstancia para inclinarlos hacia lo bueno ó hacia lo malo! De sus labios oyen que las riquezas, poder, honores, la gloria, la nobleza y la hermosura son cosas que deben estimarse en poco; que, por lo contrario, la justicia, la piedad, el valor, la continencia, la cultura, la benevolencia y benignidad, la compasión y el amor, son los bienes verdaderos á que hemos de aspirar. Todo el mundo mira las riquezas como la cosa más alta, se inclina ante los nobles, busca las posiciones elevadas, el poderío, adula la belleza, contempla la gloria con admiración, y persigue los placeres; se pisotea

(1) Vid. los dos pasajes que de esto tratan, al principio del cap. 1 y del XI, libro II, tom. IV páginas 70 y 257.

la pobreza, nada se considera tan deshonoroso como la penuria; tiénese á befa la sencillez de alma; inspira recelo la religión, odio la cultura científica, y se califica de demencia ó embuste la honradez. Por eso es tan crecido el número de los malvados y tan escaso el de los hombres vistuosos y sabios, siendo así que la humana naturaleza se inclina más que al vicio á la virtud. Una buena madre de familia debe combatir estas creencias absurdas, y merced á las sanas doctrinas y consejos que en sus hijos inculque, despertar en ellos el destello de la justicia y equidad divinas.

Tiene además que cuidar de no enervar las fuerzas de su espíritu y su cuerpo con una educación demasiado femenina; hay madres, en efecto, para quienes sus hijos nunca comen, beben ni duermen bastante, ni están suficientemente vestidos y cuidados. Este esmero debían emplearlo más bien en la cultura de su espíritu; raro es el hombre excepcional que haya sido educado con esa nimiedad femenil. A la vez censura Vives, no sin parcialidad y exageración, el falso cariño de las madres hacia sus hijos; afirma la necesidad de un trato riguroso y de frecuentes golpes, exigiendo que oculten el cariño maternal para no debilitar la seriedad de la crianza. Con menos blandura todavía deben ser educadas las niñas, pues si se perjudica á los varones con la indulgencia, ellas se pierden por completo: la falta de disciplina hace malo al hombre; á la mujer, criminal. Coincide este criterio con la opinión de que la hembra se inclina por su naturaleza, más que el hombre, á la frivolidad y los placeres (1). Claro es que estas mis-

(1) Compárese con este criterio del escritor español de la época de la Reforma, las ideas que dominaban en la antigua Atenas respecto al sexo femenino, y los principios educativos que de ellas cabe inducir. (Vide Schömann, *Antigüedades griegas*, 3.^a edic., I, pág. 543), donde se trata de probar que era quizá necesaria esta manera de educar en aquel pueblo y aquel clima. Difícil es que en conjunto tenga razón; pero considerado en particular y en los detalles, fácil es pensar que tal divergencia de las costumbres nacionales produjo los temidos males que robustecieron el general prejuicio en este punto.

mas ideas dominan en las reglas particulares que Vives establece en el libro primero acerca de la educación de las jóvenes; así, por ejemplo, ya en los primeros juegos infantiles se mantiene una rigurosa separación de ambos sexos. Prohíbese á las niñas jugar con muñecas que fomentan en ellas la vanidad y afán por engalanarse; son en cambio recomendables los juguetes que representan los objetos diversos del menaje doméstico. Razona extensamente la necesidad del trabajo manual para todas las jóvenes, aunque sean hijas de príncipes, y recomienda en especial la habilidad culinaria, atribuyendo principalmente la vida de taberna, usual, v. gr., entre los belgas, al descuido de las mujeres en la preparación de las comidas. Cree que debe emplearse mucho mayor esmero que hasta entonces en la instrucción de las muchachas, y hasta que no se ponga límite alguno á la de aquellas que están en disposición de progresar como los hombres, con la diferencia de que toda la cultura femenina debe encaminarse á fines exclusivamente morales y ceñirse, por tanto, á manejar los autores que cultiven y fomenten las verdades de carácter ético. Además, debe la mujer aprender para sí misma, no como el hombre, para el bien general, pues es impropio del ser débil acometer la tarea de la enseñanza, excepto, en todo caso, la de los propios hijos y de las hermanas menores; en público, y donde haya hombres, toca á la mujer callar.

V



EXAMEN GENERAL DE LAS DOCTRINAS DE VIVES SOBRE LA EDUCACIÓN. — SU INFLUENCIA EN LOS PEDAGOGOS POSTERIORES

Pasando ya á examinar en general la pedagogía de Vives, hay que reconocer en ella, ante todo, aparte ya el valor é in-

fluencia de sus ideas y consejos en particular, el carácter de un sistema meditado y que se apoya con gran constancia en la ética y la psicología. Sus doctrinas didácticas, aunque diseminadas en muchos y distintos escritos, cuyo contenido casi siempre sirve á otros fines, aparecen, sin embargo, con tal conexión y siendo tan completamente el resultado de su amplio concepto universal del mundo, que nos facilita abarcar en una ojeada su conjunto, por más que la acción capital de sus doctrinas en el tiempo sucesivo haya partido menos del sistema mismo que de individuales y determinadas reglas en él contenidas.

Constituye la base de toda su concepción un cristianismo depurado por el influjo de la escolástica y de la superstición medioeval, aunque con matices platónicos, y más aún estoicos: las virtudes cardinales en que se apoya la bienandanza temporal y eterna del hombre son la veracidad, la justicia, un espíritu pacífico y puro. El mal engendrado por la caída de Adán desenvuélvese en la sociedad, produciendo las consecuencias más perniciosas: el egoísmo halla cebo inacabable en el afán de poderío y de riquezas; la grandeza mundanal es objeto de admiración, y se la busca por todos los medios; de la misma fuente proceden la soberbia y la bajeza, la ambición desmedida y la ruin sumisión. Hombres hay que quizá, llevados de su buena índole, se preñarían de la virtud, y son arrastrados por la opinión pública á sumarse en la opinión general, creciendo así la niñez bajo el influjo de los criterios é ideas más letales. Debe combatirse el mal en el Estado, en la familia y en el propio corazón de cada uno; lo primero toca principalmente al hombre, mientras que la jurisdicción doméstica es la propia de la mujer; el examen de sí mismo es por igual necesario á todas las edades y á uno como á otro sexo. El lazo y el vínculo más importante de la sociedad humana, y el medio indispensable de influir en el Estado, es el lenguaje; prospera éste en las naciones libres preferentemente, al paso que es objeto de persecución y odio de parte de los

tiranos. La educación ha de formar hombres dispuestos, no sólo á reconocer y enseñar el bien, sino también á recomendar enérgicamente su práctica y hacer que prevalezca. Por esto, lo que ante todo conviene á los que están llamados á dirigir la marcha del Estado, es darles un buen fundamento para sus propias ideas; pero al mismo tiempo tienen que desenvolver sus facultades intelectuales hasta la posible perfección y ejercitarse en el arte de la oratoria. Los príncipes, y, en general, los magnates civiles y eclesiásticos están casi todos ellos dañados por el propio egoísmo y las adulaciones de los demás.

Las leyes de la paz y de la obediencia impiden que los combatamos con otras armas que las intelectuales; éstas deben emplearse por el hombre ilustrado y amante del bien con todo celo, á fin de colocar la verdad en el puesto de la hipocresía y de la lisonja, y para despertar la conciencia de los prepotentes. Lo que en primer lugar debe desearse es que los hijos de los grandes adquieran ideas exactas acerca de la vida y de los verdaderos bienes; mas no hay por esto que olvidar al pueblo, el cual muchas veces recibe con mayor gratitud que los príncipes nuestras enseñanzas. El derecho que, según está hoy conformado, sirve con exceso á la maldad y á las intrigas, necesita una fundamental reforma encaminada á tener leyes sencillas, populares, accesibles á todos, que se apoyen inquebrantablemente sobre la base del derecho natural. Infírese de aquí que en la educación, tanto doméstica como escolar no sólo hay que oponerse con severo rigor á las falsas ideas de grandeza y de soberanía, sustituyéndolas por el conocimiento de lo que constituye el bien verdadero, sino que deben habituarse á éste, los mismos alumnos, merced al buen régimen y orden de la escuela y el trato de subordinación entre ellos y los profesores; en otros términos, debe la escuela ser, á modo de pequeño estado, un modelo, una especie de taller para acostumbrarse á la vida ulterior. Así, no habrá entre los alumnos deferencia personal de ninguna clase hacia la

riqueza ó la posición de los padres respectivos; todos deben amarse cual hermanos, distinguiéndose únicamente por su propio mérito, aunque sin hacer esta distinción asunto de vanagloria. Confiéranse cargos pequeños á los alumnos para que se ejerciten en el cumplimiento de sus deberes para con la totalidad; evítense las ocasiones de discusión, de necio ergotismo: nada quede tan por bajo como la soberbia de la ignorancia y de la vanidad.

Iguales males que á la sociedad corrompen á las ciencias. A la ambición política corresponden los pujos de autoridad científica; á la ignominiosa adoración del poder, el ciego repetir y jurar en las palabras del maestro. Los conocimientos, la habilidad dialéctica, son origen de la gloria personal y de la satisfacción de sobrepujar á los demás; esto es causa de que por cima de los fines del saber, se coloque la mera apariencia y el éxito exterior. La inquina opositora que desgarrá las naciones ó provoca feroces y devastadoras guerras, no causa menores destrozos en las ciencias.

Todo degenera en vacía fórmula donde desaparece el fondo, y el espíritu investigador se apaga ante la presunción y el afán de gloria. El odio de los partidos perturba las aulas con su estrépito; la obra común del progreso científico queda esterilizada por el prurito de las disputas. Es, pues, indispensable, que la educación prevenga estos males con razones de índole moral y por los mismos medios que desde ella misma han de emplearse para la reforma del Estado. El triunfar de otros, el renombre, el prestigio que ciega, no son objetos dignos del esfuerzo humano; debe ser indiferente quién es el que fomenta la verdad, con tal que se fomente; el amor á la realidad tiene que rechazar de su lado aquellos odiosos personalismos; el puro goce del estudio y de nuestro progreso en los conocimientos será siempre considerado como un bien muy por cima de la apariencia del saber y de la vana disputa de los escolares.

También precisan las ciencias cada día más corrompidas,

una reforma de carácter positivo y real. Por muy subordinado que sea el valor del saber, comparado con una vida religiosa y moral, y bien que haya de quedar siempre imperfecto por la natural debilidad del entendimiento humano, es con todo una esfera de grandísima importancia, porque su debido cultivo conduce á Dios y procura al espíritu los más elevados y puros goces. Todo cuanto Dios ha hecho es bueno en sí y merece que nosotros lo estudiemos; pero el afán por disputar, la vanidad y la pereza de los hombres, han creado ramas enteras de una inútil ciencia, si ya no peligrosa, mientras que otras de grande utilidad como son las matemáticas y las ciencias naturales, han caído en olvido porque ningún pábulo ni materia, dan á la polémica entre las escuelas, ni se prestan á la ostentación de palabras sonoras. En otras esferas, v. gr., en la tradición histórica, hase acumulado tal masa de cosas inexactas y superfluas, que es difícil volver á un terreno firme y puro. Lo que se precisa, por tanto, es abandonar la vía de la imitación mezquina y de la disputa, y encaminarse hacia la realidad de las cosas con juicio libre y no adulterado, y á este efecto pueden servir de auxiliares la crítica histórica, la propia intuición y experiencia y una lógica simplificada, exenta de toda sutileza y de puntos cuestionables.

A este fin tiene que servir también la educación: mas si su obra ha de prosperar en medio de tanta corrupción, menester es que haya establecimientos de un género especial consagrados á tranquilo y santo hogar de los estudios, lejos del barullo y las distracciones de los diarios afanes. La Academia ideal que Vives acariciaba en su mente, comprendía todas las fases de la edad humana, desde el recién ingresado niño, hasta la más provecta vejez; allí habían de encontrar sosegado asilo los investigadores y los pacíficos amantes de la ciencia; allí recibir su preparación los hombres destinados á desempeñar importante papel en la vida y á influir de un modo dignificador sobre la sociedad humana. La potencia educadora de tal institución fúndase, ante todo, en la importante acción de sus

organismos y de sus personas; los castigos son raros y humanos, pero serios á la vez y justos; la salud del cuerpo merece especial cuidado, como condición que es de una actividad desembarazada del espíritu. A cada edad se le permite dentro de su medida, ocuparse en ejercicios corporales y en juegos. Cada cual, según las disposiciones que muestra, previo un detenido exámen, es destinado al estudio para el cual presenta más especial aptitud. Todas las medidas de carácter pedagógico se regulan por la psicología y acomodan en lo posible á los diversos temperamentos y edades; el adelanto es garantido por una buena, progresiva y metódica enseñanza, que á la vez procura y aumenta el placer del estudio y de la adquisición de conocimientos. De esta suerte obra la Academia, á manera de árbol, que surgiendo del suelo común, parece llevar una vida aislada, pero que devuelve á la totalidad sus frutos sazonados y provechosos. El conjunto está impregnado de un espíritu de verdadera piedad, que luego difunden por todas partes las personas allí educadas.

En este lugar sólo exponemos lo más esencial de la obra: las múltiples doctrinas sobre la parte didáctica, sobre la importancia y modo de tratar cada asunto en particular, la elección de autores, método, etc., etc., que tanto han influido sobre muchos pedagogos sucesivos, dándoles su primer impulso, son fácilmente inferibles ya de las máximas por Vives mantenidas, ya porque de suyo se fundan en el sano juicio, en la tradición respetada, ajustándose sin violencia alguna á las pautas del sistema.

Muchas de las ideas y planes de pedagogos célebres, que á menudo se tienen por originales, hay que remontarlas á Vives y no pocas de ellas más atrás, á los escritores italianos del Renacimiento, aun al mismo Quintiliano, que tuvo gran influjo en la didáctica de los humanistas. Por lo que hace al sistema pedagógico de Vives, no ha formado escuela alguna ni hallado partidarios fervientes; mas el poderoso influjo que evidentemente ha ejercido, débese en parte á la acción de

aquel espíritu vigoroso é independiente que al lector se presenta en tan determinada forma y en rasgos de tal firmeza. Sus sucesores sólo se apropiaron su obra parcialmente, pero fueron arrastrados quizá y prendados por el conjunto de ella.

Consiste principalmente la importancia de Vives para la historia de la pedagogía, en que en él se suma y representa la reacción de la nueva era, en sus albores, contra los inconvenientes de la Edad Media en sus últimos tiempos, y en él se reúnen y hallan como fundidos en un todo, los núcleos de las más capitales reformas, desde Sturm á Rousseau. Tocante á la relación entre los jesuitas y Vives, no omitiremos la circunstancia de que el fundador de aquella orden, Ignacio de Loyola, debió de conocerle personalmente, como se infiere de un pasaje del P. Genelli, también de la misma Sociedad (*Vida de San Ignacio de Loyola*, Innsbruck, 1848, pág. 98), donde dice: «Tenía Ignacio en Brujas un protector llamado Luis Vives, persona de mucha instrucción, con quien tuvo diversas conversaciones íntimas en las cuales algo quizá hubo de comunicarle acerca de su propósito, pues Vives dijo cierta vez á un conocido suyo: Ese hombre es un santo, y de seguro fundará una orden.» Lo mismo, poco más ó menos, refiere el biógrafo italiano Mariani (Roma, 1842), observando además que Ignacio había también oído á Vives estas palabras proféticas, habiendo más tarde referido por sí propio el caso á Juan Polanco. Aparte la verdad de tal revelación, no parece inverosímil que se tratasen ambos españoles, y Rivadeneyra cuenta en su *Vida de Loyola*, que éste, durante su época de estudiante en París (1528-1534), iba todos los años á Brujas para pedir socorros á sus compatriotas; añade García, que en una de estas ocasiones le había invitado Vives á almorzar (Vid. Mayans, I, pág. 70).

Bien que se hallen entre sí tan distantes como el cielo de la tierra el empeño absorbente y opresor de los jesuitas y la tolerancia, el amor á la paz de nuestro Vives; el uno alucinado y visionario, semi demente, y el otro hombre de tan sereno juicio

y crítica tan ajustada, no faltan con todo puntos de contacto entre ambos. Suspiraba Vives como Loyola, por el restablecimiento de la unidad en la fe; éste último tenía ya seguramente como un propósito, el de conseguirlo por medios puramente espirituales. Su menosprecio del mundo, la concentración de todas sus fuerzas para un fin religioso tuvieron por necesidad que impresionar á Vives; además, Loyola dirigía entonces todos sus esfuerzos á poseer las ciencias para emplearlas en servicio de su empresa; y, por tanto, hállabase desde el principio en terreno muy distinto de aquel partido monacal, tan combatido un día por Erasmo y Vives. Del último pudo Loyola por su parte recibir poderoso impulso en este sentido; la época de su trato con él (no podemos fijar si fué muy larga), coincide próximamente con la tarea de Vives en sus libros *De disciplinis*, siendo por lo mismo natural que conociese Loyola obra tan importante, como igualmente sus colaboradores y sucesores. Comparando la orden de los jesuitas con cualquier otra, en el conjunto de sus estatutos, no cabe desconocer en ella como uno de sus rasgos esenciales y característicos la importancia capital que dió á la educación; fué no solamente fundadora de escuelas, sino que todo su organismo estaba en parte sobre ellas basado. Nada tiene, pues, de inverosímil que influyese en este punto el plan de Vives acerca de la academia, tal como lo acabamos de exponer, con la diferencia de que los jesuitas convertían en coacción lo que en Vives hállase fundado sobre la libertad; pero aquéllos y éste comulgaban del todo en el pensamiento de una reforma religioso-moral de la sociedad, mediante la educación, llevada á cabo por una comunidad de personas consagradas á educar las clases directoras é influyentes de un país, estampando en ellas sus propios principios.

Nacen de aquí los rasgos particulares que parece haber tomado de Vives la pedagogía de los jesuitas: 1.º, colocar la base de la disciplina en el prestigio de la institución y en la dignidad de las personas, para lo cual detrás de los profesos-

res estaban además aquellos ancianos respetados por todos y que ejercían su influjo como meros espectadores; colocarla igualmente en ganarse el afecto de los alumnos é inculcarles el más elevado concepto posible de la orden y de sus fines; 2.º, las reprensiones y penas, además de ser sumamente raras, están calculadas con gran prudencia y conforme á los principios psicológicos (llevado esto entre los jesuitas hasta el punto de que cuando había absoluta precisión de castigo corporal, era ejecutado por individuos de fuera de la orden); 3.º, el cuidado por la salud física, concesión amplia de recreos empleado en juegos diversos y ejercicios corporales; 4.º, el cultivo general del latín con la posible pureza, aunque acomodados á las recientes exigencias de un idioma para los sabios; en cambio distaban mucho los jesuitas de conceder la importancia que Vives daba á la lengua materna; 5.º, el sentimiento de la dignidad y el amor propio que Vives permitía se avivase únicamente en los pequeños para ayudarlos así á vencer las primeras dificultades del latín, pasó á ser entre los jesuitas un medio didáctico corriente; 6.º, también hay que referir á Vives la limitación de enseñanzas (latín y griego, además de los conocimientos positivos adquiridos en los escritores de estos idiomas), pues aquél sólo para los que seguían estudiando, exigía más tarde extensos conocimientos positivos, en vez de la teología de los jesuitas, cuya «erudición» en este punto no pasa de ser una caricatura de la sólida y real instrucción que Vives exige al gramático; 7.º, la elección de las composiciones para lectura y ejercicios, teniendo en cuenta su contenido que debe, de un lado, ser moral, y de otro instructivo para romper la monotonía de los rudimentos.

Fácil es todavía aumentar notablemente la enumeración de los puntos comunes, citando, v. gr., los temas compuestos con frases sencillas, el ejercicio fundamentado de los primeros elementos el esmerado cultivo de la memoria, etc., etc., más con lo dicho basta para mostrar que los jesuitas tomaron de Vives en su mayor parte aquello precisamente que

parece haber dado preferencia á sus escuelas sobre las demás, y que les ha servido para obtener el favor del público.

Sin embargo, todo su espíritu pedagógico era bien distinto y aun opuesto al de Vives, como lo prueba el hecho capital de haberse vuelto en contra de éste el sentido religioso-ético que le impulsaba para la reforma de la sociedad; pues mientras Vives destinaba su academia á desarraigar el espíritu de dominación, la demanda del poder externo, el afán polemista y la ambición para llegar sin luchas ni revoluciones á constituir la sociedad en una forma más libre, buscaban los jesuitas todo lo contrario; la escuela se dirigía á los fines temporales que se proponía su ambición, apoyándose en las pasiones mundanas de los ricos y de los grandes, siendo precisamente la característica de su falaz y torcida moral, el buscar compendias con aquellos fundamentales vicios que trataba Vives de extirpar. Todo lo ulterior no es sino consecuencia de este principio.

Claro está que los jesuitas estaban muy lejos de citar á Vives, pues, aparte de que ponían empeño en sostener que todas las reglas de su sistema educador eran creaciones de la Orden, eran además adversarios enconados del sentido teológico iniciado por Vives. Opusieron por todos medios á la propagación de sus escritos, hasta llevar al Índice el comentario sobre San Agustín; pero no faltan vestigios positivos de la manera cómo fué por ellos utilizado nuestro escritor, como, v. gr., en las *Institutiones Scholasticae*, de Simón Verripe (Amberes, 1573), quien, si no era jesuita, fué por lo menos ardiente partidario é impulsor de las escuelas del sistema establecido por la Orden; allí vemos numerosos pasajes, citando unos, otros sin citar, el original, que literalmente, ó poco menos, están tomados de Vives, siendo todo el espíritu de las *Institutiones* como algo intermedio entre él y los jesuitas.

Entre los pedagogos eminentes de Alemania en el siglo XVI, Miguel Neandro y Jerónimo Wolf conocieron y estimaron los escritos de Vives; ambos, por fortuna, de gusto más escogido

y de un sentido en sus estudios, que los libraba de caer, como Vives, en el frío manejo del griego y el menosprecio de la poesía, y en este respecto forman la antítesis del filósofo español, lo cual no impide que tomasen muchas de sus ideas y proyectos; tal es, por ejemplo, el «notable juicio de Wolf sobre el estudio de las lenguas antiguas y de los clásicos» que trae Raumer (5.^a ed., I, pág. 355), diciendo que fué para los latinos una fortuna el no haber tenido que aprender más que un idioma, y los griegos ninguno, y que nosotros debemos consolarnos del fatigoso estudio de las lenguas, porque al mismo tiempo aprendemos lo contenido en ellas, cosa enteramente conforme con las ideas expuestas por Vives al comienzo del libro II *De tradendis disciplinis*.

El sistema empleado por Wolf en Mühlhausen, y que considera Thilo (1) como «una especie de método de Ruthard», es en un todo, á juzgar por los escasos datos que sobre él tenemos, el que Vives señala al final del libro primero como método general para todas las ciencias. El hecho de que Vives á la vez que tomaba las reglas del asunto mismo hiciese aprender la gramática en sus formas y aun sintéticamente, no era un obstáculo para que sus sucesores, con alguna meditación, trataran los rudimentos gramaticales según el método inductivo, precediendo de esta suerte á Ratich ó Ratiquio (no á Ruthard). Pero lo probable es que Wolf enseñase á sus discípulos la gramática del modo usual, con sus ejercicios, al mismo tiempo que tomaba las reglas de la lectura de los autores.

Por último, creemos indudable el influjo de Vives en las ideas de Wolf acerca de la disciplina, de la importancia de la doctrina contenida en los escritores, y sobre todo en el respecto moral y en muchas de las particularidades de su método (por ejemplo en la construcción; véase Raumer, loc. citado, pág. 253). También Neandro, que cita frecuentemente

(1) *Vida y poesías de Luis Helmbold*. Berlín, 1856, pág. 33.

y con encomio á Vives, pudo de él recibir capital impulso para la formación de su peculiar realismo; y si bien Neandro en este punto alude á Pedro Ramus, á quien es muy afecto, lo mismo que Freigio y Jerónimo Wolf, es lo cierto que Ramus mismo, tanto en esto como en sus novaciones filosóficas toma su punto de partida en Vives, al que trataba de sobrepujar, no siempre con éxito. El propio Vives, según antes vimos, imprimió una marcha muy ideal á la cultura enciclopédica, por más que debía quedar muy restringida en la práctica en razón á que abarcaba gran número de años. Llevaron esto á cabo los jesuítas de la manera más sencilla, haciendo del plan entero de estudios de Vives el objeto único de su segunda enseñanza, la gramatical, como primera parte, que sólo debía ser una introducción de los estudios nuevos, mientras que Ramus sigue el opuesto camino, afirmando, según el decir de Neandro, que un muchacho podía aprender hasta los quince años «universam philosophiam, lingua graecam, latinam» y todas las «artes»; y después dedicarse á enseñar á otros ó pasar á los estudios de facultad.

Luego enmienda el mismo Neandro tal exageración extendiendo el período de la preparación enciclopédica hasta los diez y ocho años, y, como Vives, sin comenzar el estudio real y de la filosofía hasta después de terminado el de la gramática. Pero en esta última fase todavía pide un año más que Vives, ó sea hasta los diez y seis, de suerte que no quedan ya más que dos para terminar la cultura enciclopédica.

No podremos afirmar si Vives influyó asimismo en Trotzen-dorf. Sea lo que quiera, la estructura peculiar de la escuela de Godelberg, conformada según el *Dictator perpetuus* de aquel pedagogo, no apareció hasta después de los libros *De tradendis disciplinis*, y desenvolviéndose luego con bastante lentitud. Ya vimos antes que Vives recomienda confiar diversos cargos á los alumnos, y constituir en general la vida escolar interna como una preparación á la pública. Desde luego, y sin necesidad de apelar á la coincidencia y relación de

ideas (quedando siempre en su punto la originalidad creadora de Trotzendorf tocante á la realización de su pensamiento), maravilla ver cómo en Vives se hallan ya todos los importantes principios pedagógicos de la época, apareciendo su figura, por tanto, como centro de aquel movimiento.

De alto y especial significado es para nosotros la relación entre Sturm y Vives, sobre todo después de las noticias de la pedagogía de aquel que debemos á Kückelhahn. Sorprende, en verdad, cuántas son las ideas que aparecen como propias de Sturm, y que se hallan ya en Vives (1). El propósito capital de Sturm: no formar, tanto teólogos como estadistas (Kückelhahn, pág. 30), recuérdanos desde luego á Vives quien sin dejar de acentuar en todo la base religiosa, quiere que termine el período de los estudios con la medicina y las ciencias políticas, resultando éstas notoriamente en el lugar preferido.

Igualmente resulta en él clara y precisa la idea de estudiar el latín, no como si se fuese á resucitar el Lacio, sino en virtud de las exigencias de la época tal como entonces se comprendía, siendo el mismo, á lo que parece, el punto de vista de Sturin, debiendo en esto rectificarse el criterio opuesto de Baumer. Ambos pedagogos reconocen también el puesto de los idiomas modernos junto al latín, y que puede en éstos mostrarse asimismo la elocuencia; no hay al efecto sino comparar el pasaje de Sturm, que cita Kückelhaln en la pág. 69 con el final del libro cuarto *De causis corruptarum artium: ¡Non refert, quo sermone, nam et in Scythico, et Gallico, et Germanico, et Hispanico multi sunt eloquentes!* Poco valor tiene para nuestro fin la preferencia que da á la piedad y su

(1) En la crítica misma de los tradicionales defectos de la educación tiene Sturm pasajes que recuerdan á Vives de un modo singular. Compárese, por ejemplo, en la obra de Kückelhahn, *Juan Sturm*, Leipzig, 1872, pág. 52, el pasaje de *Academ. epist.* (pág. 285, Hallbana), con el lib. 1, c. 8, *De disciplinis* (IV, pág. 58, ed. Mayans), donde se trata el mismo asunto, á veces hasta con idénticos ejemplos, si bien con mayor extensión; de suerte que si no es su imitación completa, hay al menos gran parecido.

constante relación con la cultura, porque era éste un principio general en la pedagogía de aquel tiempo. Son decisivas en este punto las exigencias relativas á la persona del maestro; así, cuando Sturm quiere que no le mueva la adquisición de bienes temporales, sino que sean sus móviles el amor á la patria y á la humanidad, también son estas ideas las que expresa Vives con la mayor decisión en varios pasajes del libro segundo *De disciplinis tradendis*. Igualmente son comunes á ambos los demás requisitos, á saber: Ilustración sin arrogancia ni carácter malhumorado, espíritu conciliador respecto de sus colegas; no excesivo rigor para los alumnos, examen cuidadoso de las facultades de éstos, trato individual, etc., etc.

Por lo que se refiere á la marcha metódica de la enseñanza, pertenece á Sturm, sin disputa. el mérito de haber realizado de manera original y digna de servir de modelo los más sanos principios en la organización práctica de su escuela. Vives expuso ya con suficiente claridad la necesidad de continuas repeticiones, de la firmeza en los rudimentos como condición de todo progreso ulterior, adelantándose mucho á su tiempo, como por ejemplo, en la exigencia de conferencias jurídicas entre los maestros; quizá también debe atribuirse al influjo de Vives el que estime como necesaria Sturm la unidad entre la 2.^a enseñanza, y los estudios de Facultad, cosa que resultaba perjudicial en la práctica, dadas las circunstancias de aquel tiempo, cosa que comunicaba un cierto ambiente estudiantil á la institución entera, sin que por esto llenase realmente la Academia los servicios de una Universidad.

Tal género de unidad va en Vives ligada á ciertas condiciones que presentan á priori todo el conjunto como un ideal que si bien influye en la realidad no puede convertirse en ella inmediatamente. Quería Sturm además que no se obligase á trabajar á los niños, salvo en ocasiones excepcionales, debiendo ser la capital condición para el estudio la buena voluntad, el gusto y el amor á las ciencias. Enteramente lo

mismo es Vives, pero este á la vez encomienda por lo general á la escuela la tarea de despertar aquel sentimiento, y se ocupa muchas veces en la cuestión de cómo es posibles conseguirlo.

Todas estas doctrinas tienen en Vives la frescura completa de la originalidad y ofrecen vestigios de haber sido maduramente apoyados en principios psicológicos como v. gr. cuando exclama: *miræ libertatis est humanum ingenium*. Está de acuerdo con él Sturm en la concesión de recreos, juegos y ejercicios corporales; y al menos en teoría parece verse también esta conformidad tocante al empleo de los elogios y utilización del pundonor juvenil (vid. Kückelhalm, pág. 80 y los pasajes allí citados); como maestro práctico, es indudable que se extravió algún tanto por la fertilidad de este importante medio educador rebasando mucho los límites fijados por Vives, según también hicieron los jesuitas en mayor grado; de suerte que en este respecto la escuela de Sturm ocupa un lugar intermedio entre uno y otros. Tres puntos hay principalmente relativos á la metodología adecuada de la instrucción gramatical y retórica en los cuales coincide Sturm con Vives de un modo sorprendente, el esmero con que debe procurarse en primer lugar una pronunciación del latín pura y romana genuinamente; las notas diarias ó apuntes y la doctrina de la imitación, entendida ésta en Sturm no según Raumer la expone, sino más bien en sentido el más favorable posible.

Por lo que hace á la pronunciación, no haremos sino remitir al pasaje. «De trad. discipl.», III, (tomo VI, pág. 312, ed. Mayans), con el cual puede confrontarse á Kückelhan. Los cuadernos ó libros diarios que tiene este último como parte importantísima y original del método Sturm, hállanse en Vives (2) descritos tan circunstanciadamente que es fácil con-

(1) «De trad. disciplinis», III, vid arriba en el texto.

(2) «De causis corrupt. artium», IV, cap. 4, t. VI, pág. 171, ed. Mayans.

vencerse no sólo de la coincidencia en lo esencial de la idea sino de que la practicada por el primero no contiene más que una insignificante modificación de la propuesta por el segundo. Podía caber duda, tocante á la *imitatio*, de si el reciente tratadista de la pedagogía de Sturm fué demasiado lejos al rechazar la censura que Raumer la infligió; mas tratándose de la doctrina no falseada de la imitación, tal como se encuentra en Vives, todos aquellos cargos podían fácilmente desvanecerse. Vives impugna resueltamente «las trampas del grajo», (conocida expresión de Raumer) y muestra al *servum pecus* de los nuevos imitadores el ejemplo de los antiguos, como imitó v. gr., Virgilio á Homero, á Ennio: es en ellos la imitación un perpetuo acicate que los impulsa, sin esforzarse por ocultar la coincidencia con el giro y palabras del predecesor á expresar un concepto dado, en ocasión análoga, de un modo propio, nuevo, y si es posible más adecuado que aquel, ateniéndose siempre á las exigencias de cada caso y apropiándose más el espíritu y tecnicismo del modelo que la materia invierte. En consonancia con esto, agrega Vives en la parte positiva de sus obras (1) instrucciones muy detalladas acerca de la imitación legítima, con gran caudal de observaciones delicadas y llenas de tacto pedagógico, y cuya comparación con las de Sturm nos mostraría cuanto más íntimamente que él y con mayor derivación del verdadero principio comprendió Vives el asunto.

No podía Sturm seguir á lo último sin abandonar el exclusivismo ciceroniano que domina toda su escuela; así que habla también de la verdadera imitación frente á la falsa, no quiere pertenecer, naturalmente al *servum pecus* y establece algunas condiciones que en realidad hacen distinguir esencialmente su fervor de las rapiñas de grajos, sobre todo cuando exige que el imitador posea á su vez conocimientos positivos que le permitan crear por sí propio; que exista armonía entre

(1) «De trad. discipl.», IV, cap. 4, t. VI, pág. 361, ed. Mayans.

la forma y el fondo, que se eviten las frases vacías de significado, y por último, que no se trata de reproducir en líneas enteramente iguales la forma del modelo, sino de presentar su estilo estético en objetos distintos.

No es, con todo, exacto Kückelhalm al indicar esta alta exigencia precisamente como lo esencial de lo que entiende Sturm por «ocultación» de la *imitatio*; cuando menos, se aviene muy mal con lo que dice éste al principio del capítulo subsiguiente: *Occultandi vero modus in tribus consistit; additione, oblatione, imitatione*, viniendo después una explicación técnica donde aparece que al emplear tales artificios se partía evidentemente del texto del pasaje que se había de imitar. Fué sin duda este el procedimiento usado en su escuela (vid. las quejas que expresa Kückelhalm, pág. 124); y si los maestros hubiesen preferido un sistema más libre y digno, no hay que dudar que los alumnos recibían una especie de dirección hacia el procedimiento mecánico, que comprendían mejor, al paso que las exigencias más elevadas quedaban para ellos como sonidos vacíos. Aparece, por tanto, una ambigüedad en la doctrina de Sturm sobre la imitación; siguiendo á Vives, establece altos requisitos á que no corresponde su método propio de enseñanza al ser llevado á la práctica, ni puede corresponder por su tendencia ciceroniana, y es hasta cierto punto análogo al realismo de Sturm, aunque menos malo; también es enteramente la misma teoría de Vives la que saca Kückelhalm de los escritos de Sturm; los autores se leen por su contenido; el ornato oratorio sin fondo de conocimiento positivo es cosa quimérica. Mas en la práctica, el inevitable afán de Sturm por la elegancia ciceroniana hubo de inclinarle necesariamente al predominio del aspecto formalista y verbal.

No ha sido perdida, sin embargo, para la escuela alemana, la tendencia de Sturm hacia la belleza de la expresión, pues al desaparecer con los idiomas modernos el lenguaje latino de la política y de la ciencia, del cual partieron así Sturm

como Vives, los estudios de la antigüedad mantuvieron su eficacia y su lozanía merced á su lado estético, no siendo, por tanto, un hecho casual el que los gimnasios alemanes del siglo XVIII se atuviesen otra vez á los principios de Sturm mientras se preparaba la gran época de nuestra literatura.

Mayor importancia tiene aún en este respecto su preferencia hacia el griego, simultaneado con el latín, y en particular hacia Homero, siendo la gran estimación de éste y el enérgico desenvolvimiento del método socrático interrogativo dos puntos en que la pedagogía de Sturm se halla muy por cima de Vives y de sus teorías, bien que aquel tuviese menos conciencia que éste tocante á las verdaderas razones de la conveniencia de su obra. En cambio Vives lleva mucha ventaja á Sturm en cuanto á su realismo, sobre todo en su doctrina de las ciencias naturales, de la matemática y la medicina, siendo enteramente desconocida por el escritor alemán su genial idea y pensamiento propio de la repetida investigación inductiva. Por lo que hace principalmente al criterio sobre Aristóteles, no nos detendremos á exponer si Sturm y Melancthon prestaron sus servicios á las escuelas alemanas haciendo resucitar, frente á la recusación exclusivista de aquel filósofo por los humanistas platónicos, las ventajas del método aristotélico, llevándolo de nuevo á las escuelas purificado de su deformación en la Edad Media. Vives, según ya vimos, se hallaba en mucho más alto punto de vista tocante á su relación con Aristóteles, adelantándose tanto á su siglo en su juicio sobre los medios verdaderos de impulsar las ciencias naturales, que asombrará la diferencia al ver que lo mismo que Sturm su «físico», no sabe Juan Bruno recomendar más que la esmerada interpretación de Aristóteles con todas las inútiles sutilezas de su método, ó al considerar que todo el estudio de la medicina en la Academia de Estrasburgo consistió en las lecciones de un solo profesor sobre el *Ars parva Galeni* y los *Parva naturalia Aristotelis*. (Vid. Raumer, I, pág. 291, tercera edic.) Habrá razón para preguntar por qué no cita

Sturm á Vives en parte alguna de sus obras, pues aunque se quiera atribuir á mera coincidencia todas las concordancias notadas, que son susceptibles de aumentarse en número y cualidad, no es posible admitir que no conoció al autor español.

Cuando estudiaba en Lovaina Sturm, hacía poco que Vives había salido de esta ciudad, y casi todos los humanistas distinguidos á quienes aquél tuvo que tratar, conocían también á Vives; y tampoco es admisible que un hombre como Sturm no leyese más tarde la obra *De Disciplinis*, que tanta celebridad gozó. Verdad es que ha cabido igual suerte á casi todos los escritores enciclopédicos (por ejemplo, Alsted, maestro de comercio, que trabajó y produjo de un modo extraordinario, á pesar de lo cual casi nadie le conoce): la de ser más saqueados que citados. Además, cuando aparecieron las obras didácticas de Sturm, estábanse en en el apogeo de la lucha confesional, hasta el punto de que tuviese que sincerarse el rector Freigio de su entusiasmo por el catolicismo, alegando la ferviente y verdadera piedad que le adornaba; el mismo Sturm, por más que sintiese el influjo de Vives, en general estaba muy predispuesto contra él; no comprendió sus méritos más esenciales, y en cuanto al estilo creíase, no sólo muy superior á él, sino que hasta calificaba de absurdo y perjudicial el punto de vista seguido por Vives tocante al manejo del latín. Tenía Sturm además, con perfecto derecho, la conciencia de su actividad creadora en cuanto al organismo escolar, y en esa labor práctica es menos usual citar los maestros, que en el terreno propiamente científico; y hasta puede suceder que, engolfado en su propia creación, ni siquiera se diese cuenta exacta de los datos é impresiones que anteriormente hubiese recibido.

Poco nos resta que decir acerca de la relación entre Vives y los pedagogos posteriores. Ya quedó antes indicado que el método de Raticch puede considerarse como una aplicación del principio inductivo, expuesto por Vives, á la gramática; y por más que en aquél influyese Bacon, directamente, como pre-

tende Raumer, no pierde su fuerza, antes bien, se confirma la observación de que aun para tal novedad hay que buscar en Vives el germen primero. De Comenio sabemos con certeza que tuvo sobre él Bacon gran influjo; pero justamente aquél también se refiere á un impulso recibido de Vives y digamos de pasada que no solamente le debe Comenio su realismo, sino que le copia y le cita en muchas ocassiones, sobre todo en lo relativo á ética, mereciendo especial mención un pasaje del cap. 5.º de su *Didáctica magna* (1), en que se propone aquél demostrar que el hombre, por su naturaleza, está dispuesto á la sabiduría, á la virtud y la piedad, añadiendo que entiende por naturaleza aquella primera original aptitud anterior al pecado, á la cual debemos volver.

Alude aquí á un pasaje de Vives *de concordia et discordia* (2), donde se dice que Cristo no es otra cosa que el hombre vuelto á su propia naturaleza. Con efecto, Vives y Comenio después, hablan á menudo en este sentido de la natural disposición del hombre hacia el bien y aunque en ambos se ve la reserva mental de la doctrina sobre la caída y la redención, hay con todo algo del punto de vista que después adoptó Rousseau, el cual supone también una especie de pecado original, á saber, la falsa dirección tomada por la sociedad humana para su desenvolvimiento. Pretende él que sea la educación la que nos salve de este mal camino, empezando por el individuo; Vives en su obra educadora da como supuesta la redención mediante Cristo y la fe en él; pero en lo demás domina tan notoriamente la idea misma de una reforma de la sociedad, de apartar los males que esta práctica al divorciarse de Dios: la soberbia, la codicia, la ambición, el afán de disputas, etc. etc., merced á una educación pura, separada en lo posible del influjo de la seducción y de los prejuicios que no cabe desconocer su analogía con Rousseau,

(1) Vid. Leutbecher, *El arte de enseñanza de Comenio*.

(2) Tomo v, pág. 201, edc. Mayans.

aparte la diferencia de tiempo. Une á Vives con Locke la realización completa del «principio de la utilidad»; este último quiere además que se aprenda el francés sin gramática, de viva voz y por el uso continuo; ya Vives había dicho esto mismo para las lenguas modernas; pero después de Locke se pretende igual método para el latín siempre que sea posible, ó sirviéndose de libros con traducciones interlineares, cosa que no podía Vives hacer, pues afirmaba que con este procedimiento perdería el latín su carácter de idioma universal. La gramática y una esmerada pronunciación, tomada como norma, debían precisamente asegurar la universalidad del latín é impedir que fuese distinto para los ingleses que para los españoles, etc., como es sabido que sucedió con la pronunciación.

Pues quitando ahora este principio de la lengua universal y las máximas que el mismo Vives de él tomó, se verá lo que los modernos han sacado realmente como consecuencia en el transcurso de los siglos. Cuando el latín perdió su importancia como lengua hablada, afirmando á la vez su valor como idioma general de los libros, apareció Ratiquio con su método que empezaba por la lectura de un autor, y el cual, bien practicado, es indudable que puede servir de mucho á su modo. Comenio puso como núcleo de la enseñanza las antologías ordenadas por materias y que abrazaron todos los asuntos posibles, desarrollando así su *Janua linguarum* y su *Orbis pictus*. Cuando el latín siguió quedando á la zaga de las lenguas modernas y en particular todas las ciencias rebasaron en extremo el punto hasta el cual podía la lectura de los antiguos impulsar el estudio de los conocimientos positivos, tuvo que perder mucha de su importancia el latín, aun conforme á los mismos principios de Vives y ó retirarse modestamente á un lugar postergado (Locke) ó desaparecer completamente de la educación usual (Rousseau).

Claro está que en la mayor parte de estas fases no se trata de una adhesión inmediata y consciente de los sucesores de

Vives á las teorías de éste, ni es cosa absolutamente precisa que así sea para caracterizar desde luego su puesto céntrico en la historia de la pedagogía, como punto y momento crítico entre la Edad Media y la época moderna. Sólo por la acción «mediata» que las ideas de Bacon difundieron en la pedagogía actual, le señaló Raumer un lugar importante en la historia de la misma; pero en Vives está el génesis de la concepción cosmológica de Bacon, y además del influjo, también indirecto, de sus ideas sobre la educación, agrégase el impulso que ésta recibió de él mediante su sistema, uno de los más meditados que se nos ofrecen en la historia pedagógica. Aunque humanista y retórico, merced al gran poder de sus insinuantes doctrinas y á la gran penetración de su crítica, abre paso á la propagación de las ciencias entre los pueblos de la cristiandad y á la exigencia de los conocimientos positivos merced á la investigación exenta de prejuicios y no deslumbrada por autoridad alguna.

Lo que le falta es precisamente aquel profundo conocimiento de la antigüedad clásica que llegó en Alemania á completa madurez en el siglo XVIII, cuando ya el presentimiento de lo verdadero había llegado á los mejores pedagogos alemanes, y á los ingleses principalmente en el XVI, á preferir las obras de los poetas de Grecia, y, sobre todo, de Homero. Lo que en cambio le distingue es la que podemos llamar afinidad electiva de su espíritu para la nueva transformación de la pedagogía y del modo de ser de los estudios. La notable perspicacia de su entendimiento crítico, la valentía de su juicio, tienen su base en un espíritu jamás obcecado por la autoridad ni por tradición alguna; siempre consideró toda grandeza terrena, todo prestigio humano como de escaso valor ante lo divino y eternal que se nos aparecerán en las creaciones de Dios como en la revelación. De esta suerte aun en la más alta perfección de la inteligencia y de sus producciones lleva consigo un relativo menosprecio de todo este orden de cosas frente á la esfera moral; igualmente opone á todas las

instituciones y circunstancias de la vida civil la vida eterna en Dios como lo único verdaderamente digno, y con esto libra el alma de toda sobreestima de lo existente, y con la sencilla aplicación de los más llanos principios del derecho de la verdad provoca una multitud de sanas reformas.

Cuanto más se aparta de esta vida el ideal y se pone en la ulterior, tanto mayor es el régimen del sencillo principio de la utilidad para todas las cosas humanas, en la vida como en la escuela; él es el que coloca á Vives á la cabeza de todos los modernos en el campo de la pedagogía hasta Pestalozzi, introduciéndose en éste, frente á todos ellos, un principio esencialmente distinto, novísimo: el de la educación primaria general. No hay que caer por esto en el error de pensar que el principio utilitarista de Locke y Rousseau va separado del factor trascendental, del religioso, arraigado en la idea de la vida futura; lo útil por sí no se ha impuesto sino á los hombres de una época de transición que precisamente han olvidado para qué debe servir lo que es á todos útil. La rígida separación de lo perteneciente á esta vida y á la otra, peculiar de la época de la reforma como legado recibido de la Edad Media no se adaptaba ya al modo de pensar de la gente ilustrada, que, sin embargo, tampoco tenía vigor intelectual suficiente y sentido ideal para crear uno nuevo en la esfera más íntima de la vida espiritual.

Distinta era la situación de las cosas en Alemania, donde á partir de la segunda mitad del siglo XVIII, así en nuestra literatura clásica como en nuestra filosofía, dominaba un sentido que se esforzaba por aproximarse á la concepción inmanente que del mundo tuvo la antigüedad clásica, sin abandonar por eso el campo del cristianismo. Por más que en la lucha de las varias corrientes del tiempo haya predominado, ya el uno ya el otro de estos aspectos, bien el helénico, bien el genuinamente cristiano, hase mostrado siempre al cabo que el espíritu alemán, tal como se ha formado bajo el influjo de la gran época, desde Lessing hasta la guerra de la Independencia, no

puede prescindir ya de uno ni de otro de estos factores, al paso que va perdiendo terreno lentamente, pero con toda constancia, el frío raciocinio, desprovisto de poesía.

Entre la razón y la moralidad aparecerá ocupando lugar intermedio el sentimiento de lo bello y lo elevado; en vez de lo útil, con su vaguedad peculiar, recaba su puesto de nuevo el ideal. Ya sea que termine la evolución en este ondulante y continuo movimiento que hemos visto empezar con el antagonismo del período clásico y el romántico, ó bien que hayan de fundirse ambos en una superior unidad, de cualquier modo creemos cerrado el ciclo de tiempos en los cuales se busque el núcleo y como la fuente de todos los nuevos progresos en aquella esfera de pensamiento que Vives dominó con tanta precocidad como vigor. Ya no había de inclinarse á Vives directamente la época presente, mas con tanta mayor razón le pertenece el alto puesto que ocupa en la historia de la pedagogía, como también en la de las ciencias y de la cultura moderna.

A. LANGE

Autor de la «Historia del Materialismo».

OBRAS NUEVAS

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA DE
ATENCIÓN AL CLIENTE

- Alda y Sancho (V.)—Catecismo católico sobre la llamada cuestión social. En 12.º, 159 páginas.—0,75 pesetas.
- Ansorena (L. de).—Tratado de la propiedad intelectual en España. En 4.º, 318 páginas.—3 pesetas.
- Apiani (R). — Los guardias de corps, zarzuela en dos actos. En 8.º, 51 páginas.—1,50 pesetas.
- Arenal (C.)—Obras completas de doña Concepción Arenal.—Tomo III.—Cartas á los delincuentes. En 8.º, 443 páginas.—3,50 pesetas.
- Aza (V.)—Teatro moderno.—Volumen II.—San Sebastián, mártir.—Llovido del cielo.—Aprobados y suspensos. En 8.º, XLIV-282 páginas y un retrato. En tela.—4 pesetas.
- Basterra (M. de).—Vizcaya minera; su historia, legislación foral y derecho vigente. En 4.º, XXXII 365 páginas.—5 pesetas.
- Benito y Varela (P. de). — La inviolabilidad parlamentaria. En 4.º, XI-39 páginas.—1,50 pesetas.
- Bentabol y Ureta (H.)—Presente y porvenir de Ceuta y Gibraltar. En 4.º, 36 páginas.—1 peseta.
- Biblioteca colombina. Catálogo de sus libros impresos, publicado por primera vez en virtud de acuerdo del Excmo é Ilmo. Señor Deán y Cabildo de la Santa Metropolitana y patriarcal Iglesia de Sevilla.—Tomo III.—En 4.º, VIII-338 páginas.—10 pesetas.
- Blasco (E.)—Recuerdos. Notas íntimas de Francia y España. En 8.º, 243 páginas y un retrato.—3 pesetas.
- Canalejas (F.)—Idilio; conato de parodia del de D. Gaspar Núñez de Arce. En 12.º, 32 páginas.—0,50 pesetas.
- Cánovas (L.)—Escenas de niños.—En 12.º, 50 páginas.—1 peseta.
- Casanova (J. M. de).—Armas, defensas y organización.—En 8.º, VIII-271 páginas.—3 pesetas.
- Castilla (M.)—Historia de la Junta de defensa de Galicia.—En 8.º, 535 páginas.—3,50 pesetas.
- Catálogo ilustrado de la IV Exposición bienal del Circulo de Bellas Artes, inaugurada el día 18 de Mayo de 1894. En 8.º, 32 páginas y 43 hojas con 63 fotografados.—1,50 pesetas.
- Colección (Nueva) de documentos inéditos para la Historia de España y de sus Indias.—Tomo IV.—En 4.º, 378 páginas. En papel de hilo.—12 pesetas. Contiene: Continuación de la correspondencia de D. Luis de Requesens y D. Juan de Zúñiga con Felipe II y con el Cardenal de Granvela, D. Diego de Zúñiga, el Conde de Monteagudo, etc., de 16 de Agosto á 7 de Octubre de 1574.
- Degetau y González. — Cuentos

- para el viaje.—En 8.º, 239 páginas.—2,50 pesetas.
- Didon (R. P.)—La fe en la divinidad de Jesucristo.—En 4.º menor, xxvi-194 páginas.—3 pesetas.
- Fernández Arias (E.)—Paralelo entre la conquista y dominación de América, y el descubrimiento y pacificación de Filipinas.—En 8.º, 65 páginas. (Tirada de 100 ejemplares. No se ha puesto á la venta.)
- Gumplowicz (L.)—La lucha de razas, por Luis Gumplowicz, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).—En 4.º, 500 páginas.—8 pesetas. (Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.)
- Heredia (R.)—Nada.—En 8.º, 95 páginas.—11 pesetas.
- Ismer (C.)—Impresiones de viaje.—En 8.º, 200 páginas.—2 pesetas.
- Las Heras (D. de) y Oria (S.)—Besugos y percebes (pescados con pluma).—En 12.º, 62 páginas.—1 peseta.
- Luceño (T.)—Los lunes de «El Imparcial», pasillo cómico-lirico en un acto y en verso.—En 8.º, 31 páginas.—1 peseta.
- Manresa y Navarro (J. M.)—Repertorio doctrinal y legal por orden alfabético de la Jurisprudencia civil española, establecida por el Tribunal Supremo.—En 4.º, 606 páginas.—8 pesetas.
- Manzano (F.)—El mismo demonio, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa.—En 8.º, 55 páginas.—1 peseta.
- Medina (J. T.)—Doctrina cristiana y catecismo, con un confesonario, arte y vocabulario breves en lengua Allentiac. En 8.º, x-78 páginas.—10 pesetas. (Tirada de 200 ejemplares, papel de hilo.)
- Medina (J. T.)—Nota bibliográfica sobre un libro impreso en Macao en 1590. En 4.º, 15 páginas.—3 pesetas.—Tirada de 100 ejemplares, papel de hilo.
- Meléndez Valdés (J.)—Los besos de amor, odas inéditas de D. Juan Meléndez Valdés, publicadas por R. Foulché-Delbosc. En 4.º, 13 páginas á dos columnas.—2 pesetas.
- Monmeneu (J.)—Las enfermedades infecciosas en Madrid. En 8.º, xvi-335 páginas.—4 pesetas.
- Mota González (J.)—El joven de las Trinitarias, juguete cómico-lirico en un acto. En 8.º, 27 páginas.—1 peseta.
- Curro el malagueño; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 24 páginas.—1 peseta.
- Mover (G.)—Religión y patria: relatos históricos, cuentos y leyendas. En 4.º, xx-267 páginas.—3 pesetas.
- Navas Ramirez (J. de).—Vaquería suiza ó la ronda de consumos, zarzuela en un acto y en prosa. En 8.º, 36 páginas.—1 peseta.
- Oficios divinos á que asiste la corte en la Real capilla: dos tomos. En 8.º prolongado, 455 y 305 páginas.—25 pesetas.—Lujosa edición costeada por las damas de palacio, hecha en papel Japón y tirada de 300 ejemplares. Impresa en rojo y negro, en latin y castellano, con filetes rojos. (Sólo se ponen á la venta 10 ejemplares.)
- Olmedilla y Puig (J.)—Leonardo de Vinci, pintor y químico de los siglos xv y xvi: conferencia dada en el Circulo de Bellas Artes. En 4.º, 33 páginas.—1 peseta.
- Olóriz (F.)—Distribución geográfica del índice cefálico en España, deducida del examen de 8.368 varones adultos. En 4.º, 292 páginas y dos mapas en colores.—8 pesetas.
- Osorio y Bernard (M.)—Poemas infantiles. En 8.º, 70 páginas.—1 peseta.
- Palacio (M. del).—Chispas. En 8.º, 274 páginas.—4 pesetas.
- Parrado (G.)—Los padres de la patria; semblanzas rápidas. En 8.º, 133 páginas.—2 pesetas.
- Pinto y Rogel (J.)—Conjugador hispano-francés puramente práctico. En 4.º, 207 páginas á dos columnas.—2,50 pesetas.
- Pirala (A.)—Guipúzcoa pintoresca; San Sebastián y sus cercanías. En 8.º, 79 páginas y un mapa.—1,50 pesetas.

- Ram de Viu (L.)—Horas de luz. En 8.º, XVIII-158 páginas.—3 pesetas.
- Ramos Carrión (M.)—Teatro moderno: vol. I, La Marsellesa; La mamá política; Doce retratos seis reales. En 8.º, XXVII-251 páginas y un retrato.—4 pesetas.
- Ricci (F.)—Tratado de las pruebas. Traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la jurisprudencia española, y con un prólogo por Adolfo Buylla, profesor de la Universidad de Oviedo, y Adolfo Posada, profesor de la misma Universidad. En 4.º, dos grandes y gruesos tomos.—20 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Rivodó (B.)—Entretenimientos gramaticales. Tomo VII. En 8.º, 171 páginas.—4 pesetas.
- Rodrigo Necedal (R. G.)—La campaña de Melilla. En 4.º, XI-215 páginas.—2 pesetas.
- Rodríguez de Ureta (A.)—El difamador. En 8.º, 340 páginas.—2 pesetas.
- Salvá (A.)—Remembranzas burgalesas. En 8.º, 167 páginas.—2 pesetas.
- Sánchez Moguel (A.)—Las conferencias americanistas. En 4.º, 21 páginas.—1 peseta.
- Sánchez Pérez (A.)—Entre vivos y muertos. En 8.º, 461 páginas.—3 pesetas.
- Santoval (D. de).—Ciruelas pasas, juguete cómico en dos actos y en prosa. En 8.º, 50 páginas.—1,50 pesetas.
- Sauri (M.)—Grandes cacerías (caza menor). En 4.º, 121 páginas con grabados.—3,50 pesetas.
- Selgas (J.)—Dos rivales; novelas. Tomo VI. En 8.º, 420 páginas.—4 pesetas.
- Sierra (E.)—La noche de San Juan, zarzuela de costumbres montañesas, en un acto y tres cuadros. En 8.º, 46 páginas.—1 peseta.
- Sumner Maine (H.)—El antiguo derecho y la costumbre primitiva, por sir H. Sumner Maine, profesor en la Universidad de Cambridge. En 4.º, un volumen grande.—7 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Thorold Rogers (J. E.)—Sentido económico de la historia, por James E. Thorold Rogers, profesor de economía política en la Universidad de Oxford, etc. En 4.º, 618 páginas.—10 pesetas.
- Ulloa (T.)—Arlequinada, artículos cómicos. En 8.º, 219 páginas.—2,50 pesetas.
- Velázquez Bosco (R.) y Rada y Delgado (J. de D.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º, 75 páginas.—Tema: Consideraciones sobre el arte monumental correspondiente á los siglos medios.
- Vidart (L.) y Fernández Duro (C.)—Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia. En 4.º, 62 páginas.
- Yarza (V.)—El diablo en el convento, novela fantástica. En 8.º, 93 páginas.—1 peseta.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La Enseñanza en París</i> , por Adolfo Posada, Profesor en la Universidad de Oviedo.....	5
<i>Humoradas</i> , por Ramón de Campoamor.....	33
<i>El Congreso de los diputados</i> , por R. Becerro de Bengoa.....	4
<i>Hamlet y Don Quijote</i> , por Iván Turguenef.....	52
<i>España fuera de España</i> , por V. Barrantes.....	69
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	84
<i>Crónica científica</i> , por Luis de Hoyos Sainz.....	105
<i>Luis Vives</i> (conclusión), por A. Lange.....	148
<i>Obras nuevas</i>	203



OBRAS DE DERECHO

- Derecho administrativo, por Meyer, 5 pesetas.
Derecho administrativo, 2.º t., por Posada, 5 pesetas.
La Pena de muerte, por Carnevale, 3 pesetas.
El Visitador del preso, por C. Arenal, 3 pesetas.
El Derecho de gracia, por C. Arenal, 3 pesetas.
El Delito colectivo, por C. Arenal, 1,50 pesetas.
El Duelo y el delito político, por Tarde, 3 pesetas.
La Criminalidad comparada, por Tarde, 3 pesetas.
Las Transformaciones del Derecho, por Tarde, 6 pesetas.
La Nueva Ciencia Jurídica, dos grandes volúmenes, 15 pesetas.
La Criminología, por R. Garofalo, 10 pesetas.
Las Víctimas del delito, por Garofalo, 4 pesetas.
La Génesis y la evolución del Derecho civil, por D'Aguanno, 15 pesetas.
La Justicia, por Spencer, 7 pesetas.
La Moral, por Spencer, 7 pesetas.
La Beneficencia, por Spencer, 6 pesetas.
Las Instituciones eclesiásticas, por Spencer, 6 pesetas.
Derecho internacional público, por el B. de Neumann, 6 pesetas.
Derecho internacional privado, por Asser y Rivier, 6 pesetas.
La Casa de los muertos (*La cárcel*), por Dostoyusky, 3 pesetas.
La Novela del presidio, por Dostoyusky, 3 pesetas.
Estudios jurídicos, (dos tomos), por Macaulay, 6 pesetas.
Antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.
Antropología y psiquiatría, por Lombroso, 3 pesetas.
El Suicidio y la civilización, por Caro, 3 pesetas.
El Hipnotismo, por Lombroso, 3 pesetas.
Nuevos estudios de Antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.
Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal, por Lombroso, 3 pesetas.
Estudios penales y sociales, por Tarde, 3 pesetas.
Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, por Federico Engels, 6 pesetas.
Derecho penal, por A. Merkel.
Derecho político filosófico, por Luis Gumplowicz.
Tratado de las pruebas, por Francisco Ricci.
El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, por Sumner Maine, pesetas.
La Lucha de razas, por Gumplowicz, 8 pesetas.
Problemas jurídicos contemporáneos, por P. Dorado Montero, 8 pesetas.
Teoría sobre los cambios extranjeros, por G. J. Goschen, 7 pesetas.
La Ciencia social cortemporánea, por Alfredo Fouillé, 8 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFÍA É HISTORIA

- Tratado de las pruebas*, por Ricci, dos grandes volúmenes, 20 pesetas.
La Nueva Ciencia Jurídica, por varios autores, dos grandes volúmenes con grabados, 15 pesetas.
La Génesis y la evolución del Derecho civil, por D'Aguanno, 15 pesetas.
La Reforma integral de la legislación civil, por José D'Aguanno, 4 pesetas.
La Criminología, por Garofalo, 10 pesetas.
Indemnización á las víctimas del delito, por Garofalo, 4 pesetas.
Derecho administrativo, por Meyer y Posada, dos volúmenes, 10 pesetas.
Derecho político filosófico, por Gumplowicz, 10 pesetas.
La Lucha de razas, por Gumplowicz, 8 pesetas.
La Justicia, por Spencer, 7 pesetas.
La Moral, por Spencer, 7 pesetas.
La Beneficencia, por Spencer, 6 pesetas.
Las Instituciones eclesiásticas, por Spencer, 6 pesetas.
El Organismo social, por Spencer, 7 pts.
Derecho internacional público, por Neumann, 6 pesetas.
Derecho internacional privado, por Asser y Rivier, 6 pesetas.
Origen de la familia, de la propiedad y del Estado, por Federico Engels, 6 pesetas.
Novísimo concepto del Derecho, por Alfredo Fouillée, 7 pesetas.
Crítica penal. Estudio de Filosofía jurídica, por Carnevale, 5 pesetas.
Las Transformaciones del Derecho, por Tarde, 6 pesetas.
El Duelo y el delito político, por Tarde, 3 pesetas.
La Criminalidad comparada, por Tarde, 3 pesetas.
Estudios penales y sociales, por Tarde, 3 pts.
Teoría sobre los cambios extranjeros, por Goschen, 7 pesetas.
Antropología y psiquiatría, por Lombroso, 3 pesetas.
El Hipnotismo, por Lombroso, 3 pesetas.
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por Lombroso, 3 ptas.
- La Escuela criminológica positivista*, por Lombroso, 7 pesetas.
Antropología criminal, por Ferry, 3 ptas.
Nuevos estudios de antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.
El Visitador del preso, por C. Arenal, 3 pesetas.
El Derecho de gracia, por C. Arenal, 3 ptas.
El Delito colectivo, por C. Arenal, 1,50 ptas.
Estudios jurídicos, por Macaulay, dos tomos, 6 pesetas.
La Pena de muerte, por Carnevale, 3 ptas.
La Casa de los muertos (La cárcel), por Dostoyusky, 3 pesetas.
La Novela del presidio (La vida penal), por Dostoyusky, 3 pesetas.
El Suicidio y la civilización, por Caro, 3 pesetas.
Estudios de historia religiosa, por Renán, 6 pesetas.
Mi infancia y mi juventud, por Renán, pesetas.
Memorias íntimas, por Renán, dos tomos, pesetas.
Mis memorias, por Stuart Mill, 3 pesetas.
El Pesimismo en el siglo XIX: Leopardi Schopenhauer, Hartman, por Caro, pesetas.
Litré y el positivismo, por Caro, 3 pesetas.
Filosofía del arte, por Taine, 3 pesetas.
La Pintura en los Países Bajos, por Taine, 3 pesetas.
El Arte en Grecia, por Taine, 3 pesetas.
El Ideal en el arte, por Taine, 3 pesetas.
Viaje á Italia, por Taine, seis tomos, 18 pts.
Historia de América, por Campe, dos tomos, 6 pesetas.
Pinzón, por Asensio, 3 pesetas.
Estudios escogidos, por Schopenhauer, 3 pts.
La Conquista del pan, por Kropotkin, 3 pts.
La Vida dichosa, por Lubbock, 3 pesetas.
Placeres viciosos, por Tolstoy, 3 pesetas.
El Dinero y el trabajo, por Tolstoy, 3 pts.
El Trabajo, por Tolstoy, 3 pesetas.
Mi confesión, por Tolstoy, 3 pesetas.
Los Hambrientos, por Tolstoy, 3 pesetas.
¿Qué hacer?, por Tolstoy, 3 pesetas.
Lo que debe hacerse, por Tolstoy, 3 pesetas.

TRATADO DE LAS PRUEBAS

POR

FRANCISCO RICCI

TRADUCCIÓN AUMENTADA CON NOTAS Y APÉNDICES RELATIVOS

Á LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA, Y CON UN

ESTUDIO PRELIMINAR

POR

ADOLFO BUYLLA

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, EX-DECANO DEL
ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

Y

ADOLFO POSADA

Profesor en la misma Universidad.

Dos grandes volúmenes: 20 pesetas.